

Libros de **Cátedra**

Problemáticas del psicoanálisis 3

A cien años de “Más allá del principio de placer”

Claudia Elena de Casas, Lucía Soria
y Marcelo Weretilneck (coordinadores)

FACULTAD DE
PSICOLOGÍA

S
sociales

**Eduulp**
EDITORIAL DE LA UNLP



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA

PROBLEMÁTICAS DEL PSICOANÁLISIS 3

A CIEN AÑOS DE “MÁS ALLÁ DEL PRINCIPIO DE PLACER”

Claudia Elena de Casas

Lucía Soria

Marcelo Weretilneck

(coordinadores)

Facultad de Psicología



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA


EduLP
EDITORIAL DE LA UNLP

Índice

Introducción _____	5
---------------------------	---

Claudia Elena de Casas

PRIMERA PARTE

Lecturas en torno a “Más allá del principio de placer”

Capítulo 1

Cien años _____	10
-----------------	----

Marcelo Weretilneck

Capítulo 2

Consideraciones sobre la noción de lo “no ligado” _____	17
---	----

Javier Pérez

Capítulo 3

Acicatea, indomeñado, siempre hacia adelante _____	25
--	----

Christian Birch, Marcelo Weretilneck

Capítulo 4

Sueño, trauma y pulsión: actualidad de la letra freudiana en épocas de pandemia _____	33
---	----

Fabián Miranda y Juliana Urban

Capítulo 5

Textura clínica de lo no ligado: la cuestión sexual _____	42
---	----

Natalia Cejas

Capítulo 6

Lo <i>Unheimlich</i> : un referente de “Más allá del principio de placer” _____	48
---	----

Marisa Badr

Capítulo 7

Reacción terapéutica negativa y la ética freudiana _____ 57

Luis Volta

SEGUNDA PARTE

Otras lecturas

Capítulo 8

La formulación del ello: De Georg Groddeck a Sigmund Freud _____ 68

Camila Garritano y Rocío Mayorga

Capítulo 9

La transmisión del psicoanálisis en la universidad _____ 78

Amalia de la Merced Passerini

Capítulo 10

Profanar la ilusión: resonancia libidinal en la estructura adolescente _____ 86

Paula Tarodo

Autores _____ 94

Introducción

La elaboración de este libro se inició en el año 2020 y su temática principal pretendió ser un homenaje al centésimo aniversario del texto freudiano “Más allá del principio de placer”. La marca del tiempo nos convocó a ello, sin embargo, la pandemia que nos azotó mundialmente pareciera haber detenido o postergado esa producción. Nada ni nadie quedaron indemnes, transitamos tiempos de desconcierto, de duelo y de elaboración; a consecuencia de ello se produjo, en parte, una reformulación de la propuesta original de la presente obra.

Las lecturas ofrecidas en algunos capítulos que componen el libro tomarán al “Más allá del principio de placer” como texto vigente en su tesis central, la postulación de la pulsión de muerte, con inevitables referencias a lo vivido. En otros casos los lectores podrán recorrer lecturas sobre las derivaciones clínicas y teóricas de sus postulados y puntuaciones sobre sus antecedentes.

Con el fin de acercar a los alumnos herramientas para una mejor comprensión de la complejidad que presenta la teoría y la clínica psicoanalíticas a partir del denominado giro del 20, resulta muy propicio rendir esta especie de homenaje que invita a revisar conceptos psicoanalíticos. En particular esta obra produjo revulsión entre los discípulos y seguidores de Freud, ahora podemos decir con algo más de claridad que obviamente no podría resultar grato a quien viene estudiando y practicando el psicoanálisis tal como se lo entendía hasta ese momento, encontrarse con que su maestro en primer lugar, cuestiona el principio ordenador de la vida psíquica, el principio de placer, y esto es lo que engendra el escrito que nos interesa. Al mismo tiempo, reconoce los límites de la interpretación que ya no basta para lograr el objetivo primero del análisis, es decir, volver conciente lo inconsciente, objetivo que también queda agujereado, como meta inalcanzable. Pero además en la argumentación sobre la caída del principio de placer plantea a la compulsión de repetición –*Wiederholungszwang*– fenómeno clínico ya descrito en “Lo ominoso” (1919), como expresión de la pulsión de muerte – *Todestrieb*-. Sin dudas esta última es la novedad verdaderamente revulsiva del escrito de 1920. Esto deja a cualquier lector pensando, ¿es posible que el ser humano no quiera su propio bien? ¿Cómo se entiende en psicoanálisis esta energía mortífera para la cual Freud no encontró un nombre que contraponer a la libido?¹ Eso que permanece mudo y que bajo los mandatos del superyó vigilante puede tornarse autodestructivo (1940[1938]/1986, p. 147-148), Freud también lo tematiza en torno al porqué de la guerra, notas

¹ Energía de la pulsión sexual en su primer dualismo pulsional, energía de Eros en su segundo dualismo pulsional.

que nunca dejan de tener vigencia en el malestar en la cultura. Muchos de estos desarrollos podrán encontrarse referidos en las diferentes propuestas de lectura que este libro presenta.

La primera parte de este libro comprende capítulos con diferentes desarrollos, pero afines en su temática referida al “Más allá del principio de placer”. En una segunda parte se brindan otras lecturas no referidas a la obra homenajeada, pero que consideramos valiosos aportes para nuestros principales lectores, los estudiantes de nuestra Facultad y para cualquier lector que se interese en lo que el psicoanálisis tenga para decir.

Todos los autores son docentes de la cátedra de Teoría Psicoanalítica de la Facultad de Psicología de la Universidad de La Plata.

A modo de presentación explicitaremos de manera sintética el contenido del libro.

Organización del libro

El **capítulo 1** denominado, *Cien años*, elaborado por Marcelo Weretilneck, trabaja las nociones de cantidad y exceso planteadas por Freud en el desarrollo del texto homenajeado. Asimismo, aborda la cuestión del trauma y la pulsión en este momento de su obra. En su desarrollo incorpora algunos señalamientos sobre dos textos previos a la obra en cuestión, que son “La transitoriedad” y “De guerra y muerte”, temas que espejan la actualidad a pesar de haber sido escritos en 1915.

El **capítulo 2**, titulado *Consideraciones sobre la noción de lo “no ligado”*, escrito por Javier Pérez, propone como recurso privilegiado, para captar la compleja noción de pulsión de muerte en la obra que nos ocupa, trabajar sobre la apelación a lo “no ligado” que el mismo autor realiza, pero que según nos advierte Pérez, esta apelación carece de precisión en cuanto a su definición conceptual. Por lo que la principal tarea que se refleja en este capítulo es clarificar los distintos usos de lo “no ligado” en la obra freudiana.

A cargo del **capítulo 3**, Christian Birch y Marcelo Weretilneck toman una afirmación freudiana como punto de partida, que eligen como título de su trabajo, *Acicatea, indomeñado, siempre hacia adelante*. Los autores argumentan esta elección con señalamientos sobre pasajes del “Fausto” cuyo autor, Johann Wolfgang von Goethe, ha sido uno de los preferidos de Freud. De esta obra Freud extrae la afirmación que encontramos en “Más allá del principio de placer”. El capítulo comienza con una indagación sobre la noción de pulsión de perfeccionamiento, que parece no estar claramente delimitada dentro de la teoría de las pulsiones freudianas. Desde allí los autores transitan las argumentaciones de Freud que desestiman la existencia de dicha pulsión, quizás quede a la cuenta de una ilusión del ser humano.

En el **capítulo 4**, *Sueño, trauma y pulsión: actualidad de la letra freudiana en épocas de pandemia*, Fabián Miranda y Juliana Urban se proponen indagar más sobre los sueños traumáticos que amenazan el dormir. Se detienen a precisar las reformulaciones de Freud sobre el vínculo del sueño con la pulsión y sobre la tesis del cumplimiento de deseo que ocupó a Freud

en 1900. Asimismo, aportan una selección de comentarios extraídos de la clínica en tiempos de pandemia que resultan propicios para pensar la relación entre lo traumático, el sueño y la pulsión.

Natalia Cejas, en el **capítulo 5**, denominado *Textura clínica de lo no ligado: la cuestión sexual*, nos propone líneas de lectura sobre la conceptualización de la dimensión sexual a la luz de la formulación del segundo dualismo pulsional. Su argumentación apunta a complejizar el lugar de lo sexual dentro del campo de las pulsiones de vida en contraposición con lo no ligado de la pulsión que queda definiendo el ámbito de la pulsión de muerte. Mediante la localización de algunos elementos clínicos y conceptuales pone en cuestión esta clasificación y el lugar de la sexualidad como “no toda” *Eros*, o dicho de otro modo, no reductible al campo de lo ligado.

En el **capítulo 6**, *Lo Unheimlich: un referente de Más allá del principio de placer*, Marisa Badr, aborda el escrito de 1919 “Lo siniestro”, localizando las referencias freudianas que anticipan las novedades producidas en “Más allá del principio de placer”. Su argumentación resaltarán los vínculos entre lo siniestro, la compulsión de repetición y la pulsión de muerte. Indagará en el texto las referencias propuestas por Freud, esto es, experiencias propias, de su clínica y de la literatura para dar cuenta de este más allá del principio del placer, de un más allá del retorno de lo reprimido.

Por su parte Luis Volta, en el **capítulo 7** denominado *Reacción terapéutica negativa y la ética freudiana*, propone seguir a Freud en los dilemas clínicos planteados a partir del giro del 20 presentados como obstáculos mayores al tratamiento analítico, postulando la vigencia de la denominada reacción terapéutica negativa en los debates actuales del psicoanálisis. A lo largo del capítulo, el autor se servirá del historial clínico freudiano “De la historia de una neurosis infantil” (1918 [1914]) conocido como “el hombre de los lobos”, para ubicar algunos interrogantes que vinculan dicho historial al “Más allá del principio de placer” y otros relativos al manejo de la transferencia por parte de Freud con este célebre paciente.

Con el capítulo 8 damos comienzo a la Segunda Parte que comprende otras lecturas también elaboradas por integrantes de la cátedra de Teoría Psicoanalítica.

El **capítulo 8** denominado *La formulación del ello: De Georg Groddeck a Sigmund Freud*, escrito por Camila Garritano y Rocío Mayorga, presenta un interesante contrapunto entre la formulación del ello como instancia psíquica de su segunda tópic y el planteo que hiciera inicialmente Groddeck, por el cual Freud se muestra relativamente agradecido. Las autoras realizan un trabajo con la correspondencia entre ambos autores con la intención de relevar puntos de convergencia y divergencias entre la concepción del ello en Freud y en Groddeck.

En el **capítulo 9** titulado *La trasmisión del psicoanálisis en la universidad*, Amalia Passerini reflexiona sobre la apuesta que llevamos a cabo, en tanto docentes universitarios, de transmitir algo del psicoanálisis en el contexto de la universidad. Rescata la idea propuesta por Jacques Lacan “deseo de enseñante” para pensar que, en el mejor de los casos, logremos que aquello que transmitimos no se trate sólo de un contenido. La lectura de este capítulo invita a redoblar la apuesta, no sin obstáculos, de sostener la transferencia con el texto, soportando los impasses y las contradicciones que nos presenta la lectura de la letra freudiana.

Por último, el **capítulo 10**, a cargo de Paula Tarodo, que lleva por título *Profanar la ilusión: resonancia libidinal en la estructura adolescente*, es un ensayo que conjuga una experiencia de investigación interdisciplinar con una exploración sobre la noción de ilusión que fuera presentada por Freud en su texto de 1927 “El porvenir de una ilusión”. De este texto se recuperan ideas de fuerza en torno a la noción de ilusión y otras referencias pertinentes para el estudio de la adolescencia. Las nociones de ilusión, ideal, fantaseo diurno, entre otras, resultan propicias para el estudio del campo que atañe a los lazos sociales.

Para finalizar, quisiéramos señalar que para facilitar la lectura se hace uso del masculino genérico, lo cual no significa un desconocimiento o intento de invisibilizar las diversidades en materia de género.

Referencias

Freud S. (1940 [1938]). Esquema del psicoanálisis. *Obras completas de Sigmund Freud, Vol. XXIII* (pp. 139-209). Amorrortu, 1986.

PRIMERA PARTE

**Lecturas en torno a “Más allá
del principio de placer”**

CAPÍTULO 1

Cien años

Marcelo Weretilneck

Soy tan feliz,
Que la dicha invade
Mi felicidad

Virus, Dicha Feliz, Locura

En el año 2020 se cumplieron cien años de la publicación del trabajo de Freud llamado “Más allá del principio de placer”. No deja de ser tentador intentar articular lo que el texto argumenta y señala, con la pandemia que, en simultáneo a esa fecha, se hizo presente en todo el planeta, no quedando nadie sin vivir semejante acontecimiento. “Más allá del principio de placer” implica en la obra de Freud, un cambio y un cuestionamiento de lo que hasta ese entonces podíamos definir como el andamiaje conceptual desarrollado por Freud.

Es cierto que una época, un momento ó acontecimiento histórico, no se encuentra al margen de las grandes obras literarias, musicales, ó de desarrollos conceptuales y teóricos. Muchos son los libros que dan cuenta de esa imbricación entre una cosa y otra, entre el momento histórico y la influencia en nociones, conceptos ó teorías que llegaron para abordar algo hasta ese entonces no trabajado. En aquel entonces, era el fin de la Primer Guerra Mundial, momento en el cual Freud escribe el texto mencionado y que funciona como eje de esta publicación.

Este trabajo, intentará desarrollar, con la ayuda de algunos textos anteriores a aquella fecha, el recorrido argumental que lleva adelante, para dar cuenta que el principio rector del aparato psíquico, me refiero al principio de placer, ya no regula, al menos en determinado momento y en circunstancias determinadas (es justamente eso lo que Freud va a argumentar) los decursos, las cantidades, presentes en el aparato psíquico.

En el inicio del año 2020, más precisamente el día 8 de enero, el presidente de la Federación Rusa brindó un reportaje en el canal de televisión *Russia Today*. Allí detalló una serie de argumentos, ó mejor dicho un único argumento, para dar cuenta de lo que él considera el por qué de que estemos viviendo un mundo “relativamente pacífico” (las comillas fueron utilizadas por él).

Comenzó señalando: “Podemos recordar a Einstein, quien dijo: ‘No sé con qué armas se combatirá la tercera guerra mundial, pero la cuarta guerra mundial se peleará con palos y piedras’. La asunción de que una tercera guerra mundial puede ser el fin de la civilización. Debemos contenernos a la hora de llevar a cabo acciones extremas o peligrosas en las relaciones internacionales”.

En la continuidad del reportaje televisivo agrega lo siguiente: “Por cierto, después de la Segunda Guerra Mundial hemos vivido en un mundo relativamente pacífico. Constantemente estallan guerras regionales. Basta recordar la guerra de Vietnam o el conflicto en la Península Coreana, o el que se desarrolla ahora en Oriente Medio, desde Irak hasta Libia. Hay otros conflictos. Pero no hubo conflictos globales. ¿Y por qué? Porque a nivel mundial entre las principales potencias militares se ha entablado una paridad estratégica y, aunque lo que voy a decir puede sonar desagradable, es verdad. El miedo al exterminio mutuo siempre ha contenido a los actores internacionales y ha frenado las principales potencias militares a la hora de llevar a cabo movimientos bruscos. Eso ha obligado a tenerse respeto mutuo”.²

“Más allá del principio de placer” es un texto que lleva la impronta de un exceso, de la ruptura, de “una brecha que se abre”. Permanentemente su lectura trae en esa época, y también en estas, las marcas de otro texto. No me refiero sino al “Proyecto de una psicología para neurólogos” ó “Proyecto de psicología” (1850 [1895]), germen, para muchos, de lo que luego llegó, almárgico fecundo podríamos decir, no sólo en Freud sino en Lacan y en todos aquellos que se sienten deudores ó agraciados lectores de aquellos textos. Siete potentes capítulos, que en una ordenada sucesión discurren avanzando sobre las referencias ásperas de la clínica, su oficio cotidiano, y cuestiones de su época.

La indicación, el señalamiento, la referencia, ese “más allá” que se anuncia en el título, implica un golpe fuerte. ¡Cómo seguir pensado ese principio si de lo que nos estamos anoticiando es justamente de algo que se puede situar más allá de dicho principio! Todos los años de trabajo son puestos en cuestión. Se los revisa bajo la lupa del exceso, de la repetición de aquello falto de escritura ó inscripción. El principio de placer, principio rector del funcionamiento del aparato psíquico, ya no es el único ocupándose de eso. Si el principio de placer da cuenta de la pretensión de mantener lo más estable y baja posible la cantidad de energía presente en el aparato, la existencia de un “más allá”, “echa por tierra” con esto.³

Palabras que van a intentar decir algo sobre esto no faltan, aunque se podría afirmar que tampoco es que abunden: exceso, repetición, compulsión de repetición, ruptura y hasta una brecha abierta en la última de las protecciones posibles. Otras dan cuenta de lo que no fue posible ó de lo que habría sido de ser posible: angustia, señal de angustia, inscripción, sutura y con eso siempre, solo el dolor, la represión ausente.

² <https://www.youtube.com/watch?v=xhPBmOgatq0>

³ “Además de las series de las cualidades sensibles, muestra otra serie, muy diferente de aquellas: la de las sensaciones de *placer* y *displacer*, que ahora demanda interpretación. En efecto, siendo consabida para nosotros una tendencia de la vida psíquica, la de *evitar displacer*, estamos tentados a identificarla con la tendencia primaria a la inercia. Entonces, *displacer* se coordinaría con una elevación del nivel de Qn o un acrecentamiento cuantitativo de presión; sería la sensación ω frente a un acrecentamiento en Qn en ψ . Placer sería la sensación de descarga. Puesto que el sistema ω debe ser llenado por ψ , resultaría el que con un nivel ψ más elevado aumentaría la investidura en ω , y con en cambio un nivel decreciente la disminuiría. Placer y *displacer* serían las sensaciones de la investidura propia, del nivel propio en ω , respecto de ω y ψ constituyen en cierto modo unos vasos comunicantes. De tal manera, también los procesos cuantitativos en ψ llegarían a la conciencia, de nuevo como cualidades” (Freud, 1950 [1895]/1992, p. 356).

Por los años mil novecientos quince, mil novecientos dieciséis, Freud escribe una serie de textos que se encuentran, por así decir, en otro espacio que el de la metapsicología. Si tenemos en cuenta que en esos años Freud escribe, edita y publica gran parte de los textos que dan cuenta del andamiaje metapsicológico y conceptual de su obra y de su manera de argumentar, elabora a su vez una serie de textos, que en breve señalaremos, que podríamos pensar que se sirven de la metapsicología para dar un paso más en el punto que le permiten abordar una serie de cuestiones de “aquella época”.

Pensemos que escribe: “Introducción del narcisismo” (1914), “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915), “La represión” (1915), “Lo inconciente” (1915), “Duelo y melancolía” (1915).

Nos vamos a ocupar de dos textos que comparten la época de escritura de los textos de la metapsicología: “La transitoriedad” (1916 [1915]) y “De guerra y de muerte. Temas de actualidad” (1915)⁴, justamente son textos, sobre todo el primero de ellos, en los cuales Freud nos cuenta una historia, pone por escrito sus dotes de buen narrador, de “contador de historias”. Y en esta figura literaria, el cuento presenta a tres personajes: el mismo Freud, “un amigo taciturno”, es decir alguien ó callado y silencioso ó triste y medio melancólico, y a su vez un joven poeta. Ninguno de estos compañeros de paseo, parecen estar de acuerdo con la postura que Freud sostiene, mientras caminan por un bosque que se supone que sería una región de los Dolomitas⁵, en agosto del año 1913:

La conversación que tuvimos con el poeta tuvo lugar en el verano anterior a la guerra. Un año después estalló esta y robó al mundo sus bellezas. No sólo destruyó la hermosura de las comarcas que la tuvieron por teatro y las obras de arte que rozó en su camino; quebrantó también el orgullo que sentíamos por los logros de nuestra cultura, nuestro respeto hacia tantos pensadores y artistas, nuestra esperanza en que finalmente superaríamos las diferencias entre pueblos y razas. Ensució la majestuosa imparcialidad de nuestra ciencia, puso al descubierto nuestra vida pulsional en su desnudez, desencadenó en nuestro interior los malos espíritus que creíamos sojuzgados duraderamente por la educación que durante siglos nos impartieron los más nobles de nosotros. Empequeñeció de nuevo nuestra patria e hizo que el resto de la Tierra fuera otra vez ancho y ajeno. Nos arrebató hartos de lo que habíamos amado y nos mostró la caducidad de muchas cosas que habíamos juzgado permanentes. (Freud, 1915/1992, p. 311)

La charla que mantienen, mientras caminan por la montaña, transcurre principalmente sobre una cuestión muy puntual que podríamos ubicar con relación a la belleza. Pero el punto

⁴ En esta línea podemos ubicar un texto llamado “Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo analítico” (1915) en el cual Freud aborda una serie de cuestiones justamente “dilucidadas en un análisis”. Trabaja sobre las excepciones, el fracasar cuando se triunfa y el hecho de delinquir a causa de la conciencia de culpa.

⁵ Conjunto de macizos montañosos en los Alpes orientales italianos.

a tener en cuenta es que la diferencia entre los personajes radica, en la perdurabilidad de esta. ¿Cómo apreciar la belleza de una flor sabiendo que tiempo después no será más que descomposición y tristeza? Un contrapunto entre la eternidad ó duración de lo bello y aquello que puede perecer. Por el hecho de que lo bello podría perecer ó perecería, carece de valor, se le quita su valor. Nuevamente: ¿qué valor tendría apreciar un ramo de marimónas si días más tarde no estarían más que para tener por destino un tacho de basura ó un compost para abonar la tierra más tarde? En este punto: ¿La cuestión es la belleza ó el tiempo, la duración ó su caducidad?

Sabemos que de esa caducidad de lo bello y perfecto pueden derivarse dos diversas mociones del alma. Una lleva al dolorido hastío del mundo, como en el caso de nuestro joven poeta, y la otra a la revuelta contra esa facticidad aseverada. ¡No, es imposible que todas esas excelencias de la naturaleza y del arte, el mundo de nuestras sensaciones y el mundo exterior, estén destinados a perderse realmente en la nada! Sería demasiado disparatado e impío creerlo. Tienen que poder perdurar de alguna manera, sustraerse de todas las influencias destructoras. (Freud, 1915/1992, p. 309)

A la hora de leer el texto, a la manera de un cuento, como decía con anterioridad, podríamos conjeturar que a partir de este párrafo comienza a desgranarse ó desarrollarse el argumento de lo que nos puede interesar en ese “diálogo”.

Freud sostiene: “El valor de la transitoriedad es el de la escasez en el tiempo”. Desde allí se pueden trabajar esos dos términos, la belleza por un lado, el tiempo por otro. A partir de este punto entran en juego las ideas de cada uno de los integrantes del paseo, que como ya sabemos, por más que paseen juntos, los tres piensan de manera diferente, ó al menos nos encontramos con dos posiciones ante “eso bello”: sostener y apreciar su valor más allá del tiempo que esté implicado en su duración ó el destrato ó desinterés por lo bello por el simple hecho de su caducidad. Creo entender que este es el punto que le permite a Freud argumentar lo que él entiende como “**un fuerte factor afectivo que les enturbiaba el juicio**”. Sabemos por el desarrollo que realiza en el texto, que Freud argumenta que se trata del duelo y de lo que entiende por trabajo del duelo, “sólo vemos que la libido se aferra a sus objetos y no quiere abandonar a los perdidos aunque el sustituto ya esté aguardando. Eso, entonces, es el duelo” (1915/1992, p. 311).

Breve tiempo después de ese paseo, Freud nos relata que estallaba la primer guerra, la Gran Guerra, para muchos, y junto con esta una gran parte de aquellas bellezas que el hombre ó la naturaleza nos habían permitido apreciar, caían destrozadas a causa de esa guerra y más allá de ese punto, lo cual pone en cuestión la acusación de pesimista que suele caer sobre la persona de Freud, este, escribió hacia el final del texto:

Cabe esperar que con las pérdidas de esta guerra no suceda de otro modo. Con sólo que se supere el duelo, se probará que nuestro alto aprecio por los bienes de la cultura no ha sufrido menoscabo por la experiencia de su

fragilidad. Lo construiremos todo de nuevo, todo lo que la guerra ha destruido, y quizá sobre un fundamento más sólido y más duraderamente que antes. (1915/1992, p. 311)

El otro texto contemporáneo a “La transitoriedad” es justamente “De guerra y de muerte. Temas de actualidad”, del año mil novecientos quince. Al momento de su redacción ya habían transcurrido, seis meses del inicio de la guerra. El trabajo consta de dos capítulos ó apartados, uno de ellos se llama “La desilusión provocada por la guerra”, el siguiente “Nuestra actitud hacia la muerte”. Es un texto que permite ubicar una serie de cuestiones, pero un punto a resaltar es la postura que Freud define ante la muerte. Resuena aquella afirmación de que sí se quiere soportar la vida hay que prepararse para la muerte (Cf., Freud, 1915/1992, p. 290).

Desde acá, y teniendo presente las referencias mencionadas, podemos avanzar unos años hacia adelante y llegar al texto en cuestión. Texto del cual, como señalábamos en el inicio de este trabajo, en el dos mil veinte se cumplieron justamente, cien años de su publicación. Hablamos de “Más allá del principio de placer”, escrito sobre el final de aquella Gran Guerra.

Son varios los puntos que se pueden abordar sobre este escrito de Freud y sobre aquellos textos que tienen el lugar de cierto antecedente lógico ó argumental de este. Como todos podemos tener presente, el punto crucial del texto en cuestión estriba en el hecho a partir del cual Freud puede sostener que lo que hasta ese entonces se consideraba el principio rector del funcionamiento del aparato psíquico parece ya no serlo. Es decir que en gran medida el texto se ocupa de dar cuenta de cómo el principio de placer deja de ser aquel principio que regulaba, sin discusión, los decursos presentes en el aparato psíquico por Freud perfeñado.

Podemos señalar un simple esquema del desarrollo del texto, Freud comienza ubicando el lugar y la función del principio de placer con la ayuda de dos situaciones ó circunstancias, que implican un desprendimiento de displacer pero que no contradicen al mismo. Luego introduce una serie de situaciones, que se desprenden de su oficio cotidiano de analista con dos largas décadas de trabajo, hablo de su trabajo cotidiano en su consultorio escuchando pacientes, estudiando y siempre escribiendo. La guerra, el trauma, el exceso, el sueño y la repetición se adueñan del escrito, sin embargo, lo que articula ó une a estas nociones, se ubica justamente en la cuestión que estas situaciones, me refiero a lo que Freud escucha en su consultorio y aquello que también ubica por fuera de ese espacio, van a poner en cuestión el imperio del principio de placer. En el tercer y cuarto capítulo se ocupa de argumentar esto. Ubica el “más allá” en esta ausencia de satisfacción originaria para la pulsión y plantea, con su modelo de aparato, una lógica de tratamiento del exceso pulsional y de las consecuencias de estos en la economía de dicho aparato psíquico.

Transcurrieron cien años, y algún que otro más, desde aquel entonces. Sin embargo, el punto crucial del texto, que podemos nombrarlo como el exceso, sigue vigente hoy. Desde sus inicios la obra de Freud mantiene una especie de diálogo permanente con la cuestión de la cantidad y la forma o manera cómo ésta, la *Qn*, se inscribe, se representa, se ligue ó no. “La transposición acontece más bien al servicio del principio de placer; la ligazón es un acto preparatorio que introduce y asegura el imperio del principio de placer” (Freud, 1920/1992, p. 60).

En el capítulo siete de “La interpretación de los sueños”, Freud escribe:

No tenemos dudas de que este aparato ha alcanzado su perfección actual sólo por el camino de un largo desarrollo. Intentemos trasladarnos retrospectivamente a una etapa más temprana de su capacidad de operación. Supuestos que han de fundamentarse de alguna otra manera nos dicen que el aparato obedeció primero al afán de mantenerse en lo posible exento de estímulos, y por eso en su primera construcción adoptó el esquema del aparato reflejo que le permitía descargar enseguida, por vías motrices, una excitación sensible que llegaba desde fuera. Pero el apremio de la vida perturba esta simple función; a él debe el aparato también el envión para su constitución ulterior. (Freud, 1900/1992, p. 557)⁶

Siguiendo estas citas, no quedan muchas dudas de que en ambos casos Freud se refiere al imperio del principio de placer, del mismo modo que plantea en el primer capítulo de “Más allá del principio de placer” diversas sensaciones que implican un desprendimiento de displacer, como lo sería el relevo del principio de placer por el de realidad que lleva a que la pulsión deba realizar un rodeo para alcanzar la satisfacción, como la cuestión del síntoma a partir del retorno de lo reprimido, dan cuenta de la existencia del imperio del principio de placer. Nada, en esas situaciones, contradice ni su imperio, ni su operatoria. Justamente será por la vía del exceso de cantidad, por la vía de aquello que escapa de alguna manera al orden del lenguaje, aquello que da cuenta de un exceso imposible de tramitar por la vía del principio de placer, lo que pondrá en marcha el giro del año 1920. Giro que implica un cambio sumamente importante en la economía del aparato psíquico pensado por Freud. En ese punto podemos ubicar lo que ante ese exceso acontece, Freud señala justamente que todo el aparato psíquico se pondrá en funciones para ligar aquel exceso, de darle cierto decurso a semejante cantidad. Una de las formas de pensar esto, sería por la vía de la inscripción ó escritura de aquello innombrable que justamente da cuenta de los límites con los que se encuentra el principio de placer, a los efectos de cumplir con su cometido.

Referencias

Freud S. (1915). La transitoriedad. *Obras completas de Sigmund Freud, Vol. XIV* (pp. 307-311). Amorrortu, 1992.

⁶ “Y si después hallamos que la actividad del aparato psíquico, aun del más desarrollado, está sometida al *principio de placer*, es decir, es regulada de manera automática por sensaciones de la serie placer-displacer, difícilmente podremos rechazar otra premisa, a saber, que esas sensaciones reflejan el modo en que se cumple el dominio de los estímulos. Y ello con seguridad en este sentido: el sentimiento de displacer tiene que ver con un incremento del estímulo, y el placer con su disminución” (Freud, 1914/1992, p 116).

Freud S. (1915). De guerra y de muerte. Temas de actualidad. *Obras completas de Sigmund Freud, Vol. XIV* (pp. 275-301). Amorrortu, 1992.

Freud S. (1920). Más allá del principio de placer. *Obras completas de Sigmund Freud, Vol. XVIII* (pp. 3-62). Amorrortu, 1992.

Freud S. (1950 [1895]). Proyecto de psicología. *Obras completas de Sigmund Freud, Vol. I* (pp.323-436). Amorrortu, 1992.

CAPÍTULO 2

Consideraciones sobre la noción de lo no ligado

Javier Pérez

En 1920 Freud produjo un cambio crucial en la teoría psicoanalítica al introducir el concepto de pulsión de muerte. Esto permitió poner en primer plano los límites de la eficacia de la interpretación y la asociación libre, y conllevó inevitablemente un replanteo sobre la dirección y finalización de los análisis.

Desde el punto de vista clínico, la pulsión de muerte incluye distintos fenómenos que, aunque sean considerablemente diferentes en muchos aspectos, hacen serie en tanto constituyen manifestaciones de esta pulsión. Entre ellos podemos incluir los fenómenos que se presentan bajo la compulsión de repetición, tales como los sueños de las neurosis traumáticas o los que presentan traumas de la infancia, algunos juegos en la infancia, la repetición de experiencias que no podrían conllevar placer en la transferencia, y la compulsión de destino. En textos posteriores a 1920 incluye la necesidad de castigo, los fenómenos del masoquismo y sadismo, y los actos de agresión, cuyo exponente mayor es la guerra. En resumen, se trata de toda una gama de fenómenos que apuntan al *padecimiento* y la *destrucción*, ya sean propios o del otro.

Desde el punto de vista teórico Freud apela a distintos desarrollos para intentar dar cuenta de esta pulsión particular. La definición que más desarrolla es aquella que considera a la pulsión de muerte como el afán de retorno a lo inanimado propio de la materia orgánica que, como expresión de una vertiente inercial, busca alcanzar lo que estuvo antes que lo vivo (Freud, 1920/2012; 1923/2012; 1924/2012; 1930/2012; 1932/2012; 1937/2012; 1940/2012). Uno de los problemas que comporta esta definición es su raigambre en la biología, lo que conlleva el riesgo de reducir la fundamentación teórica a este marco conceptual, cuando se trata de cuestiones que lo trascienden.

Otro de los recursos que Freud utiliza a la hora de dar un sustento teórico a esta pulsión es la referencia a los estímulos no tramitables por el aparato psíquico; la apelación a lo no ligado que caracteriza este planteo se nos presenta como un modo muy fructífero para captar algo de la pulsión de muerte. Sin embargo, esta noción aparece sin una definición clara y se presta a confusión con otros modos en que Freud recurre a la dicotomía “ligado/no ligado”. Podríamos suponer que –intencionalmente o no– Freud otorga sentidos diversos a estas nociones, por lo que en este escrito nos proponemos clarificar algunos de los usos que adquiere este binomio.

La cuestión de la cantidad

Para introducirnos en esta temática, es necesario considerar qué es aquello que puede ser ligado o no ligado: la dimensión de la cantidad. El factor cuantitativo que interviene en los procesos psíquicos reviste una importancia fundamental en la teoría psicoanalítica. Tal es así, que una de las tres vertientes que constituyen la metapsicología es el punto de vista económico, considerado como aquel que contempla las magnitudes que afectan al aparato psíquico. A lo largo de la obra freudiana nos encontramos con diferentes nominaciones que se refieren a este aspecto, tales como energía nerviosa, energía psíquica, monto de afecto, suma de excitación, investidura energética, estímulos, o el empuje de la pulsión.

Una de las primeras consideraciones que realiza Freud sobre las magnitudes y sus efectos en lo psíquico data del año 1893 a partir del planteo del principio de constancia, según el cual existe una suma de excitación cuyo acrecentamiento tiene efectos patológicos, en caso de que no exista una reacción por parte del sujeto que produzca una disminución de esa cantidad. En este principio se fundamenta la concepción de un trauma psíquico como causa de los síntomas histéricos y la efectividad del método catártico en tanto permite una descarga por medio de la expresión verbal (1893/2012, pp. 37-40).

Un año después explicita esta dimensión de forma más clara a partir de incluirla en su concepción de la operatoria de la defensa, que separa de la conciencia las representaciones inconciliables para el yo, efectuando un divorcio del afecto que comporta esa representación. Sostiene entonces que en el psiquismo “cabe distinguir algo (monto de afecto, suma de excitación) que tiene todas las propiedades de una cantidad –aunque no poseamos medio alguno para medirla–; algo que es susceptible de aumento, disminución, desplazamiento y descarga” (Freud, 1894/2012, p. 61). Es decir que según esta concepción, en el aparato psíquico no hay solamente representaciones –recuerdos, pensamientos– sino que además sobre estos contenidos se adosan o circulan excitaciones que tendrán una gran relevancia para conceptualizar los procesos psíquicos. Así, la concepción de un aparato psíquico cuya función consiste en tramitar las excitaciones que lo perturban se presenta como una constante en los textos freudianos, a tal punto que en uno de sus últimos textos se define a las pulsiones como a las fuerzas que provienen del cuerpo y representan una demanda de trabajo a la vida anímica (Freud, 1940/2012, p. 145).

Ahora bien, cuando surge la pregunta sobre los diversos estados en que se presentaría este factor cuantitativo, Freud recurre a la distinción entre energía psíquica ligada y no ligada, que en varios textos atribuye a Josef Breuer (1915/2012, p. 183; 1920/2012, p. 26), pero no en el modo en que lo toma este último, sino que realiza un desarrollo propio sobre este par conceptual, otorgándole un sentido marcadamente diferente. Uno de los lugares en donde Freud desarrolla este planteo aparece en “La interpretación de los sueños” (1900/2012), cuestión que retomaremos en el próximo apartado.

Lo no ligado como fundamento de las leyes del inconciente

La publicación de “La interpretación de los sueños” se constituyó en la piedra fundacional del psicoanálisis. El inconciente a partir de allí queda conceptualizado como un sistema, diferenciándose del preconciente y la conciencia por leyes y modos de funcionamiento que le son propios. En el capítulo VII del texto mencionado, Freud procede a formular la concepción de su metapsicología. En este contexto ubica a la condensación y al desplazamiento como las dos leyes fundamentales del funcionamiento del inconciente. Por más que podamos encontrar diferencias en sus distintas producciones -sueños, chistes, lapsus, y síntomas-, podemos encontrar la intervención de ambas.

Para dar cuenta de las características de cada sistema, Freud toma como modelo al sueño y a partir de él describe los distintos modos de funcionamiento. Parte de la consideración de que en el inconciente rige el proceso primario, mientras que en el preconciente y en la conciencia opera el proceso secundario. Esta división es realizada a partir de la forma en que se comporta la investidura energética de los contenidos psíquicos de uno u otro sistema. Es en este punto que entra en juego la diferenciación ligado/no ligado, a la que Freud en años posteriores le dará el estatuto de “la intelección más profunda en la esencia de la energía nerviosa” (1915/2012, p. 185).

En el caso del proceso primario la excitación posee una tendencia a fluir y no quedar retenida en un lugar en particular, apuntando a una descarga inmediata. A partir de la condensación y del desplazamiento, las investiduras energéticas pueden pasar de una representación a otra y justamente por esto, una representación puede también concentrar la investidura de muchas otras. Existe entonces una transferibilidad nombrada como “libre”, lo que permite que en el sueño (pero también en las otras formaciones del inconciente) los personajes y elementos que aparecen en la conciencia subroguen a otros y encubran otras significaciones. Al no necesitar que los enlaces entre representaciones sean ordenados de forma coherente según la lógica de la conciencia, las investiduras se mueven libremente –aunque no sin determinismos que las condicionan–.

A diferencia de lo que sucede en el proceso primario, las investiduras en el proceso secundario no comportan una propensión a la descarga y no se presentan –o lo hacen de forma extremadamente limitada– los mecanismos de condensación y desplazamiento. Para Freud el mayor exponente de este tipo de funcionamiento es el pensar. Para que éste tenga lugar es necesario que las cantidades no tengan un alto nivel de desplazamiento. Si así fuese, tal como en el sueño, se producirían fusiones entre representaciones distintas, dislocación del nivel de importancia que tiene cada elemento o desórdenes cronológicos. Como el inconciente está gobernado por el principio de placer no puede hacer otra cosa que desear, no incluyendo en las cadenas de pensamiento aquellos elementos desagradables. Para pensar, en cambio, sería necesario disponer de todos los recuerdos, incluso los desagradables, y para eso debe producirse una ausencia o disminución de la movilidad a partir de una inhibición de los desprendimientos y desplazamientos de las cantidades. Esto daría como resultado la consideración de que en el preconciente y la conciencia la energía en cuestión es quiescente, es decir, ligada (1900/2012, p. 590).

Tomemos la vivencia de satisfacción para ilustrar estos dos procesos. Regulado sólo por el proceso primario, el aparato psíquico en sus orígenes tenderá a buscar el reencuentro con la primera vivencia de satisfacción, perdida irremediamente ya que siempre existe una diferencia entre lo experimentado y las nuevas vivencias. Ante la imposibilidad de este reencuentro se produce su alucinación, dado que la investidura, gracias a su libre movilidad puede alcanzar las huellas mnémicas dotándolas de una fuerte vivacidad sensorial. Para abandonar el movimiento alucinatorio de lo que se anhela es necesario que se produzca un funcionamiento diferente centrado en el pensamiento que permita obtener algo de lo anhelado por un rodeo que incida en el mundo externo. Es así que plantea que debe existir una inhibición del proceso primario que abra la posibilidad de encontrar algunas respuestas al deseo que no sean alucinatorias.

En resumen, para fundar el inconsciente como sistema Freud le confiere leyes propias: la condensación y el desplazamiento. Como vimos, estos pueden operar sólo en el proceso primario, ya que las cantidades de excitación no están inhibidas y pueden fluir libremente. Es así que en este momento de la obra de Freud, lo no ligado considerado como la *libre movilidad* de las excitaciones, se constituye en lo que posibilita la condensación y el desplazamiento, y por lo tanto, lo que posibilita la existencia misma del inconsciente.

Lo no ligado como fundamento de la pulsión de muerte

La consideración de fenómenos que muestran la existencia de una compulsión en la cual se repite algo que no tiene posibilidad de ser placentero, lleva a Freud a postular un más allá del principio de placer. Esto hace que en 1920 dé un giro en su teoría proponiendo un nuevo dualismo pulsional: por un lado reúne las pulsiones sexuales y de autoconservación dentro de las pulsiones de vida –cuyo funcionamiento se aviene al principio de placer y la lógica del deseo– y pulsiones de muerte –como aquello que pone en cuestión y va más allá de dicho principio–.

A partir de la comparación del aparato psíquico con una vesícula de sustancia estimulable, Freud postula al trauma como lo que está en la base de la compulsión de repetición, ya que ésta aparecería como resultado del intento del aparato de recobrar un dominio sobre los estímulos. El trauma, definido como una inundación de estímulos, desborda las posibilidades del aparato para tramitar lo que se le presenta como exceso y en este punto aparece la repetición de lo traumático como testimonio de su fallida e imposible elaboración. Si bien esto puede suceder a partir de un evento externo –como en el caso de las neurosis traumáticas–, el planteo central es que la pulsión también puede ser traumática, en la medida que se constituye como un empuje constante del que no se puede escapar.

Si bien se destaca por momentos el aspecto cuantitativo, lo interesante es que el exceso pulsional que pone en jaque al aparato psíquico no necesariamente se constituye en tal por tratarse de grandes magnitudes. Aquí Freud apela nuevamente a la distinción entre lo ligado y lo no ligado, ubicando a los estímulos no ligados como lo verdaderamente traumático. La lógica que propone es que el aparato puede dominar los estímulos en tanto se pueden ligar, mientras

que aquello que se presenta sólo como empuje sin ningún tipo de representación, hace fracasar los recursos existentes. Así, es la ausencia de ligazón la que da cuenta del exceso y el trauma. De esto podemos desprender que *lo no ligado se opone al funcionamiento del principio de placer*, constituyendo el “más allá”, aquello de lo que deriva la compulsión de repetición.

En este punto cabe aclarar que la forma en que Freud introduce la cuestión de lo ligado y lo no ligado, podría hacer suponer que aplica este binomio con el mismo sentido que en sus textos anteriores, sin embargo podemos ver que estas categorías conceptuales son utilizadas de un modo radicalmente diferente.

Para ello, nos resulta necesario plantearnos la pregunta de a qué se refiere Freud con la expresión “ligar”. En distintos textos considera a la ligazón como un proceso de *inhibición del fluir de la suma de excitación* (Freud, 1985/2012; 1900/2012; 1915/2012). A grandes rasgos podemos decir que el yo, o los estratos superiores pueden inhibir el fluir de las cantidades con el fin de evitar grandes desprendimientos de displacer. Como vimos en el apartado anterior, esto es lo que caracteriza al proceso secundario que tiene lugar en el preconciente y en la conciencia. Las representaciones retienen su investidura, haciendo que prácticamente no tengan lugar los desplazamientos y condensaciones.

En cambio, podemos plantear que cuando Freud utiliza estas nociones para referirse a la dicotomía de las pulsiones de vida y las de muerte, aunque no lo diga explícitamente, la noción de ligazón es diferente. En este sentido, lo que implica el pasaje de lo no ligado a lo ligado podría caracterizarse como la *unión de los estímulos con las representaciones*. Lo ligado, así, quedará del lado de lo que puede representarse e inscribirse en el aparato psíquico, permitiendo un cierto dominio de las cantidades que lo afectan para eventualmente poder tramitarlas.

En resumen, la lectura que puede hacerse es que lo que puede ligarse de los estímulos pulsionales quedaría del lado de la pulsión de vida, y lo que no puede ligarse, siempre insistente y silencioso, del lado de la pulsión de muerte. Si bien Freud no lo postula abiertamente de esta forma, esta lectura puede desprenderse de su concepción del trauma y la compulsión de repetición que despliega en 1920. Asimismo podemos encontrar varios autores que transmiten esta concepción. Es el caso de Isidoro Vegh (2010), quien postula que los sueños de las neurosis de guerra muestran la presencia de que la energía necesita ser ligada a las representaciones, a las palabras (p. 55). También el de Juan Carlos Cosentino (1999), quien plantea que lo no ligado escapa a ser capturado por la función de la palabra y no puede ser significado, por lo que tampoco puede ser atemperado por el principio de placer (p. 109, p. 144). A su vez, para Osvaldo Delgado (2005) la ausencia de significación funda a la perturbación económica como fuera del lenguaje y de la cadena de representantes psíquicos (p. 88).

Es importante aclarar que podemos encontrar desde el principio de la obra freudiana la referencia a la unión de un quantum de excitación a las representaciones –al punto de afirmar que no sabríamos nada de la pulsión si no se adhiriera a una representación– (Freud, 1915/2012, p. 173). No obstante, es a partir de 1920 en donde este postulado adquiere una función novedosa, en tanto es lo que distingue los dos tipos de pulsiones, constituyéndose en uno de los fundamentos teóricos del nuevo dualismo pulsional.

Lo no ligado y la escena psíquica

Para profundizar sobre la concepción de lo no ligado y su relación con la pulsión de muerte, nos parece útil recurrir a la noción de escena psíquica. Según la lectura que realiza Jacques Lacan (1957/2007, pp. 110-111), Freud elabora una definición del inconciente que está atravesada por su concepción sobre el funcionamiento de los sueños. De esta manera, el inconciente se define como una escena psíquica, y, en tanto se diferencia radicalmente de la conciencia, se la considera más precisamente como *la otra escena*.

Ahora bien, si consideramos al inconciente como una escena, esto se debe a que a partir de la condensación y el desplazamiento se constituye una trama –de representaciones– que posibilitan el surgimiento de una significación. Esta trama, entonces, permite que el deseo circule y que *algo* de lo pulsional se inscriba y quede enmarcado por la palabra. Podemos tomar a modo de ejemplo la concepción freudiana sobre la relación entre fantasía y pulsión: encontramos en un plano la práctica autoerótica como puro ejercicio pulsional desregulado que representa un exceso problemático, y otro plano donde parte de esa pulsión queda enmarcada en el guión de la fantasía y a partir de esas escenas puede encontrar una satisfacción limitada a algunas condiciones particulares. En otras palabras, la articulación de las representaciones produce significaciones que pueden atemperar el desborde anárquico y siempre inminente de la pulsión.

Otra referencia que podemos ubicar para pensar esta cuestión, es el caso de los sueños de la neurosis traumática, en los cuales falla la función del sueño. Freud los caracteriza como presentando una situación traumática que se repite una y otra vez de forma inmodificada, evidenciando la presencia de lo no ligado. Este aspecto inalterado y de repetición idéntica da cuenta de que ahí no están operando los mecanismos del inconciente, dado que si en el sueño actuaran la condensación y el desplazamiento, su contenido estaría desfigurado. Por el contrario, en los sueños como cumplimiento de deseo, algo de la otra escena del sueño funciona como ligazón del exceso pulsional, es decir, incluyendo la irrupción traumática de la pulsión en una trama de representaciones, entre las cuales circula el deseo que se engarza con la pulsión.

Es interesante retomar el desarrollo de la vesícula que postula Freud a la luz de estas referencias. Tal como lo plantea Delgado, la barrera antiestímulos podría pensarse como la cadena de representaciones (2005, p. 88). Es decir, si existe algo que funciona como barrera que impide quedar a merced de la hiperpotencia pulsional, se trata del encadenamiento de las representaciones que permiten inscribir parte de lo pulsional, y de esta forma lograr cierta elaboración. Sin ir más lejos, podemos decir que la acción y la existencia misma del psicoanálisis se basa en esta misma lógica: es a partir de la palabra que se puede incidir sobre la pulsión –que en definitiva forma parte de aquello de lo que los sujetos padecen–.

En función de esto, podemos decir que si bien Freud atribuye en varios pasajes de su obra la capacidad de ligar al yo o al sistema preconciente (1895/2012; 1900/2012), desde esta nueva

perspectiva quien interviene en la ligazón es el inconciente⁷. La capacidad ligadora de los "estratos superiores" parece adecuarse más bien a la primera acepción de la ligazón que se ha desarrollado en el apartado anterior, mientras que en la segunda acepción –ligar estímulos a representaciones– el sistema inconciente lejos de encarnar lo no ligado, se vuelve agente de ligazón. De esta forma, podemos plantear que allí donde no opera la otra escena del inconciente y su trama de representaciones, encontramos la pulsión de muerte.

Comentarios finales

Como decíamos en el inicio de este escrito, el sustento teórico del concepto de pulsión de muerte que se encuentra en "Más allá del principio de placer" conlleva algunas dificultades, principalmente el recurso a la especulación en el terreno de la biología. Por eso, pensamos que una vía más ventajosa a la hora de caracterizar a la pulsión de muerte es la apelación al concepto de lo no ligado que Freud también realiza en ese texto, ya que se separa más claramente de la consideración de lo pulsional como algo referente a lo biológico, y sostiene la dimensión de concepto límite entre lo psíquico y lo somático con la que caracterizó a la pulsión desde su formulación inicial. No obstante, esta vía conlleva una cierta confusión al utilizar una categoría conceptual que –como vimos– fue aplicada también para definir el funcionamiento del sistema inconciente.

Así, antes de la introducción del concepto de pulsión de muerte, lo no ligado como caracterización de los procesos del inconciente aparece nombrado indistintamente como móvil o libre. Aunque la equiparación de estas nociones no comporta dificultades en ese momento de la teoría, a partir de los desarrollos introducidos en 1920 consideramos que es esencial diferenciarlas. Las investiduras del inconciente se constituyen como móviles y, a la vez, ligadas a representaciones, si bien pueden desasirse de ellas con gran facilidad para luego investir a otras. Por otro lado, el preconciente operará con investiduras energéticas también ligadas, pero que no comportan el carácter de lo móvil, sino que están firmemente aferradas a las representaciones. La pulsión de muerte, por su parte, aparece como aquel costado de la excitación que no puede ser representado por algún contenido del aparato psíquico, es decir, libre.

Entonces, en función del recorrido realizado, creemos que si bien Freud no desconoce la diferencia entre el funcionamiento del sistema inconciente y el de la pulsión de muerte, por momentos esa distinción se le desdibuja al subsumir a ambos bajo la categoría de lo no ligado. Por eso es importante hacer énfasis en esta distinción para sostener la especificidad de la concepción de la pulsión de muerte y sus consecuencias en la clínica.

⁷ En aras de clarificar una ambigüedad, destaquemos que cuando utilizamos la expresión "el inconciente", nos referimos al inconciente en tanto sistema, que Freud formula a partir de 1900, referido fundamentalmente a las representaciones reprimidas. Es importante diferenciarlo de otro sentido que adquiere el término "inconciente" a partir de la segunda tópica freudiana, en tanto designa la parte pulsional del ello, no reprimida, pero asimismo inconciente.

Referencias

- Cosentino, J. C. (1999). *Construcción de los conceptos freudianos II*. Manantial.
- Delgado, O. (2005). Angustia y trauma. En Belaga, G. (Comp.) *La urgencia generalizada 2* (pp. 75-91). Grama.
- Freud, S. (1893). Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos. *Obras completas de Sigmund Freud, Vol. III* (pp. 25-40). Amorrortu, 2012.
- Freud, S. (1894). Las neuropsicosis de defensa. *Obras completas de Sigmund Freud, Vol. III* (pp. 41-68). Amorrortu, 2012.
- Freud, S. (1900). La interpretación de los sueños. *Obras completas de Sigmund Freud, Vol. VI y V*. Amorrortu, 2012.
- Freud, S. (1915). Lo inconciente. *Obras completas de Sigmund Freud, Vol. XIV* (pp. 153-215). Amorrortu, 2012.
- Freud, S. (1920). Más allá del principio de placer. *Obras completas de Sigmund Freud, Vol. XVIII* (pp. 1-62). Amorrortu, 2012.
- Freud, S. (1923). El yo y el ello. *Obras completas de Sigmund Freud, Vol. XIX* (pp. 1-66). Amorrortu, 2012.
- Freud, S. (1924). El problema económico del masoquismo. *Obras completas de Sigmund Freud, Vol. XIX* (pp. 161-176). Amorrortu, 2012.
- Freud, S. (1930). El malestar en la cultura. *Obras completas de Sigmund Freud, Vol. XXI* (pp. 57-140). Amorrortu, 2012.
- Freud, S. (1932). 32° Conferencia. Angustia y vida pulsional. *Obras completas de Sigmund Freud, Vol. XXII* (pp. 75-103). Amorrortu, 2012.
- Freud, S. (1937). Análisis terminable e interminable. *Obras completas de Sigmund Freud, Vol. XXIII* (pp. 211-254). Amorrortu, 2012.
- Freud, S. (1940). Esquema del psicoanálisis. *Obras completas de Sigmund Freud, Vol. XXIII* (pp. 133-210). Amorrortu, 2012.
- Freud, S. (1950 [1895]). Proyecto de psicología. *Obras completas de Sigmund Freud, Vol. I* (pp. 323-446). Amorrortu, 2012.
- Lacan, J. (1957). *El seminario. Libro 5: Las formaciones del inconciente*. Paidós, 2007.
- Vegh, I. (2010). *El abanico de los goces*. Letra viva.

CAPÍTULO 3

Acicatea, indomeñado, siempre hacia adelante

Christian R. Birch y Marcelo Weretilneck

En el año 1924, es decir cuando Freud ya había desarrollado prácticamente todo lo que sus concepciones de la pulsión le permitían, agrega la siguiente nota a los “Tres ensayos de teoría sexual”: “La doctrina de las pulsiones es la pieza más importante, pero también la más inconclusa de la teoría psicoanalítica” (Freud, 1905/1992, p. 153).⁸ Que sea una pieza importante de la teoría psicoanalítica, incluso la más importante, puede comprenderse sin esfuerzo porque esta doctrina articula, de modo fundamental, dos grandes perspectivas desde las que se la puede estudiar: por un lado, la del sentido o de los efectos de significación (y sus límites) y, por otro lado, la de la satisfacción, ambas implicadas en toda formación del inconsciente. Ahora bien, lo que resulta más difícil de aceptar sin otros comentarios es que la doctrina de las pulsiones se trate de la pieza más inconclusa de la teoría psicoanalítica.

En efecto, hay muchas otras nociones y desarrollos que parecen notablemente más inconclusos que la doctrina de las pulsiones. Esta doctrina parece bastante acabada a la luz de textos como “Tres ensayos de teoría sexual”, “Pulsiones y destinos de pulsión”, “Introducción al narcisismo” y aquellos que se agrupan en torno de las nuevas conceptualizaciones que aparecieron durante los años 1920 y 1930. Sin embargo, debemos notar que toda la solidez de la doctrina pulsional (sus definiciones precisas y sus articulaciones bien fundadas) se restringe normalmente a la pulsión sexual. Las otras pulsiones (las yoicas o de autoconservación, las de muerte, las de vida...) reciben un tratamiento dispar y no tienen el carácter acabado que tiene el estudio de la pulsión sexual.

Dicho esto, se entiende mejor por qué Freud afirma que el estudio de la pulsión está inconcluso y por qué vuelve, de tiempo en tiempo, a considerar otras pulsiones como la pulsión de agresión (Freud, 1909/1992, p. 112 y Freud, 1920/1992, pp. 51-53), la pulsión de saber (1905/1992, pp. 176-177), las pulsiones orgánicas (1933 [1932]/1992, p. 98) y, entre otros ejemplos aislados, la consideración que hace de la pulsión de apoderamiento en el texto sobre el más allá del principio del placer (1920/1992, pp. 16, 52-53). De hecho, al revisar este último texto, notamos que Freud explora una o varias nociones que no pueden considerarse dentro del

⁸ En el mismo sentido leemos: “El conjunto de la teoría psicoanalítica ha progresado lentamente; pero de todas sus piezas, la doctrina de las pulsiones es aquella donde más trabajosos resultaron los tanteos de avance.” (Freud, 1930 [1929]/1992, p. 113).

esquema de referencias propio de la pulsión sexual. En ese marco encontramos la mención de la pulsión de perfeccionamiento.

Podemos preguntarnos qué sería, específicamente, la pulsión de perfeccionamiento y sobre qué bases Freud desestima su existencia. En el escrito de Freud que nos convoca en este libro, la primera pregunta recibirá un tratamiento muy general, sin mayor fundamentación, pero encontramos que la segunda recibe una respuesta escueta y contundente. Claro, la referencia a la pulsión de perfeccionamiento es accesoria, pero su desestimación se establece a partir de un postulado freudiano que es fundamental.

¿Qué sería la pulsión de perfeccionamiento? El primer obstáculo nos sale al paso enseguida, lo que Freud nombra con esas palabras no nos resulta evidente y, luego, está la cuestión de la traducción a nuestra lengua de la frase en alemán. Esta última no es solamente una cuestión de elegir de un modo más o menos arbitrario una expresión en nuestra lengua para la expresión usada por Freud, ni de discutir los criterios para tal o cual elección, el problema lingüístico no debe eclipsar el problema clínico, a saber, si existe o no una pulsión de perfeccionamiento. De todos modos, la cuestión de la traducción no carece de interés y tiene ya una historia consolidada entre los lectores del maestro vienés. Ténganse en cuenta la conocida discusión respecto de cómo traducir el vocablo alemán *Trieb* (que José Luis Etcheverry traduce como “pulsión”). Es una palabra de uso común en alemán y, por lo tanto, se acompaña de una carga semántica que Freud modeló progresivamente hasta darle un significado específico dentro de la teoría psicoanalítica. No es una cuestión menor, ¿qué es la pulsión, en el sentido que englobe la pulsión sexual y la pulsión de muerte freudianas sin reducirse a ellas? Quien responda a esta pregunta habrá perfeccionado la doctrina freudiana de las pulsiones. El problema se complejiza un poco más al considerar la expresión completa *Trieb zur Vervollkommnung* (pulsión de perfeccionamiento). Basta observar las diferentes traducciones, por ejemplo, al inglés, al francés y al castellano, allí se puede observar que no hay acuerdo respecto de cómo traducir los dos términos nucleares de la expresión. A modo de escolio, podríamos preguntarnos también cuál sería el marco adecuado para entender qué es el “perfeccionamiento”.

Ese perfeccionamiento, ¿qué implicaría? ¿Acaso, aunar todas las fuerzas posibles para ir en pos de un camino que lleve a alcanzar algo perfecto? ¿Implicaría esto que el sujeto alcanzaría de esta manera un estado de perfección? A todo esto debe oponérsele un hecho inaugural y marginal de la clínica psicoanalítica, a saber, que aquello que se alcanza en el plano de la satisfacción, siempre implica un punto de insatisfacción, es decir, que lo que se alcanza es siempre una experiencia de insatisfacción renovada. Dicho de otro modo, lo que se obtiene en la satisfacción de la pulsión, siempre implica un dejo de insatisfacción. ¿Dónde ubicar ahí el perfeccionamiento?

Muchos señalan que la esfera es la forma perfecta, no parece tratarse de esferas o de redondas formas en este caso. Cuando hablamos de satisfacción nos referimos al otro componente que, desde la filosofía antigua, se señala como constituyente de los cuerpos: la materia. Los cuerpos están hechos de forma y de materia. En ese sentido, el psicoanálisis podría retomar la antigua discusión para poner el acento en el hecho (clínicamente constatable) de que en el

registro material siempre existirá algún modo de insatisfacción mientras haya cuerpo. Este aspecto no puede dejar de ser tenido en cuenta dentro del campo del psicoanálisis puesto que si no hay cuerpo material, falta una de las condiciones necesarias para su ejercicio⁹.

Parece que por el camino del significado no hay una salida fácil de este aspecto de la doctrina de las pulsiones. Sin embargo, no abandonamos todavía nuestra reflexión. Queremos entender un poco más de qué se trata la supuesta pulsión de perfeccionamiento. Y no olvidamos la referencia al Fausto que da título a este capítulo: a lo largo de toda la historia del Fausto, la pulsión (obviamente en un sentido no psicoanalítico) es una noción de importancia. Es más, el *trieb* es la piedra angular de la estrategia que arma Mefistófeles –gran conocedor del alma humana– para apoderarse, o al menos extraviar, el alma del Dr. Fausto. Ese *trieb* del que se sirve el Maligno no es otra cosa que el reverso de la insatisfacción que obsesiona a Fausto.

Anotemos que la tragedia de Fausto escrita por Johann Wolfgang von Goethe (publicada en dos partes en 1808 y en 1832) es una referencia literaria de gran relevancia, en general, para toda la cultura germanohablante y, en particular, para Freud. En el escrito sobre el más allá del principio del placer, Freud lee en una escena del Fausto una expresión del empuje de lo pulsional. En el gabinete de estudio de Fausto, luego de la firma del pacto, Mefistófeles reflexiona en solitario sobre la caída de Fausto y, de ese monólogo, Freud extrae la frase: “acicatea, indomeñado, siempre hacia adelante”. Otra traducción propone: “indómito, apremia siempre hacia adelante”. Si ampliamos ese pasaje leemos, “El destino le dio un espíritu/ que, indómito, apremia hacia adelante/ y con esfuerzo precipitado/ supera de un salto/ las alegrías terrenales” (Goethe 2016, p. 131). La otra traducción dice: “Le ha otorgado el destino un espíritu intrépido que avanza sin cesar y cuyas atropelladas ansias saltan por encima de los goces de la tierra” (Goethe, 1808/2004, p. 44). Aquí está la articulación de la pulsión y la insatisfacción: ningún goce de la tierra o ninguna alegría terrenal satisface al Dr. Fausto que se ve llevado por una pulsión más allá de todo placer. Mefistófeles, entonces, dispondrá su artilugio apuntalado en esta pulsión y, sobre todo, sirviéndose de esa aspiración que apremia a Fausto a gozar de otra cosa que está en definitiva más allá del placer.

La cita del Fausto que usa Freud (y que es el título de nuestro capítulo) se encuentra en el capítulo quinto del texto sobre el más allá del principio de placer. A esa altura, lo crucial de la argumentación del texto ya fue desarrollado y Freud da cuenta aquí de la caída del principio que, hasta ese momento teórico, era el principio rector del aparato psíquico. El establecimiento, o la entronización, del principio del placer se puede encontrar desde los primeros escritos de Freud, por ejemplo, en el “Proyecto de psicología”, el “Manuscrito K”, “Las neuropsicosis de defensa”, “La interpretación de los sueños”, “Pulsiones y destinos de pulsión”, entre otros... Parece que hacia 1920, cuando toda la teoría psicoanalítica se reorienta, otra vez, el diablo metió la cola.

⁹ En este punto se podría abrir el largo capítulo sobre lo que es un cuerpo para el psicoanálisis y que no dejaría de considerar qué es la materia en el campo del descubrimiento freudiano.

Dado que no pudimos avanzar casi nada por el lado del significado de la supuesta pulsión de perfeccionamiento, avancemos entonces por el camino de los argumentos que expone Freud para desestimar su existencia.

Todos los fenómenos determinados por la compulsión de repetición, en su aspecto pulsional, se explican en primer lugar por el rasgo conservador de toda pulsión. En segundo lugar vendrá la hipótesis de la pulsión de muerte. Para desestimar la existencia de una pulsión de perfeccionamiento, Freud se apoyará justamente en la tendencia fundamentalmente conservadora de toda pulsión.

Destacamos dos de los caminos por los que Freud llega a la conclusión de que la existencia de una pulsión de perfeccionamiento es, al fin de cuentas, una ilusión. Por un lado, Freud relativiza la noción misma de perfeccionamiento porque los elementos de juicio que un observador puede hacer sobre la naturaleza son siempre parciales o susceptibles de estar teñidos por su subjetividad. Por ejemplo, en el juego repetitivo infantil, cada “nueva repetición parece perfeccionar el dominio procurado” (Freud, 1920/1992, p. 35), sin embargo, el juego solamente parece perfeccionar el dominio porque la repetición no alcanza nunca el dominio total al que supuestamente tiende. Entonces, todo aquello que se observa y juzga como un progreso hacia la perfección nunca desemboca en la perfección en sentido absoluto e incluso, quizá, toda perfección se alcance solamente al precio de una involución o pérdida de perfección en otro aspecto que no es tenido en cuenta al momento de valorar ese progreso. Por otro lado, Freud presenta un argumento mucho más radical, menos relativo a las apreciaciones subjetivas de un observador, que revela lo que en su opinión conservan las pulsiones y que lo usa para desalojar del escenario teórico la pulsión de perfeccionamiento (1920/1992, pp. 35-42).

La interpretación de los fenómenos clínicos que aborda en este texto es que las pulsiones que los determinan tienden a alcanzar un estado anterior. Freud entiende que todo lo vivo muere y se transforma en materia inorgánica, entonces, desprende de esta concepción el siguiente postulado: lo inanimado estuvo allí antes que lo vivo. Sobre la base de este postulado, el psicoanalista vienés puede afirmar que la meta de toda pulsión es regresar a un estado inorgánico en el que los componentes de la materia animada se disgregan perdiendo así una cualidad esencial de lo vivo. Una vez establecido esto, Freud puede proponer una génesis verosímil del surgimiento de la vida y del bregar pulsional por alcanzar el estado inorgánico inicial (1920/1992, p. 38).

Si bien el argumento de Freud plantea en primer lugar que toda pulsión es conservadora, el punto de inflexión debe encontrarse en el postulado de que lo inorgánico estaba primero. Al contrario de lo que afirma Freud, puede muy bien aceptarse la característica conservadora de la pulsión y afirmar que el estado inicial de la vida era el de una perfección de la que se alejó y a la que tiende de modo perseverante. Como dice Spinoza, todo lo que es tiende a perseverar en su ser. Pero Freud no cree en ese escenario, y se trata en efecto de creer o no en un estado inicial de perfección (en el sentido tradicional, sería un estado sublime de elevación moral o intelectual). Freud cree que el estado inicial de todo lo que existe es un estado de desagregación inorgánica. Él cree en la muerte originaria. A partir de aquí podrá explicar los actos morales y los alcances del rendimiento espiritual por la acción de las defensas psíquicas que desalojan las metas

directas de la pulsión. Entendiendo que las pulsiones no se aniquilan mientras haya vida, el constante esfuerzo de desalojo de las pulsiones las mantiene insatisfechas, dinámicas, acicateando indomeñables, siempre hacia adelante hasta que alcancen su meta (1920/1992, p. 38).

Esta creencia de Freud, que sostiene el postulado de un estado inorgánico originario, es una fibra que atraviesa toda su obra. En ese sentido, en diversos textos, se encuentra un número considerable de párrafos explicando por qué la creencia en un estado de perfección originario es una ilusión o, lo que viene a decir lo mismo, por qué el ser humano no tiende a una meta última de perfección. Uno de los textos en los que se despliega con mayor generosidad un análisis de esta cuestión es “El porvenir de una ilusión”, en particular los capítulos III y IV (1927/1992, pp. 1-56). Según el postulado de que en el origen reinaba un estado de desagregación de la materia inorgánica, todo modo de pensar que se vertebró en función de un estado originario de perfecta unidad de lo múltiple es, al fin de cuentas, una creencia motivada en el esfuerzo de cumplir un deseo, dicho de otro modo, es una ilusión. Ella parece surgir del narcisismo, es decir, con posterioridad al inicio del acicateo anárquico de las pulsiones originarias.

“En el origen fue la muerte”, esta sentencia puede aceptarse sin inconvenientes en el contexto evolucionista de la época y teniendo en consideración las querellas con teólogos y metafísicos. El postulado es exactamente lo opuesto de lo que afirman las creencias religiosas de todas las latitudes, sobre todo, las anteriores a la edad moderna: en el principio se estaba en armonía perfecta con el Uno y luego apareció la multiplicidad. Cada religión expone, con variantes particulares, cómo se produjo la multiplicidad. Luego, el espíritu tendería a volver al Uno (alejándose de la materia) o bien, el espíritu (confundido en el velo de Maya¹⁰) se alejaría asintóticamente hasta que la rueda de los tiempos haga una vuelta completa y todo vuelva a empezar. Freud piensa, con regularidad, en el sentido inverso de este modo de pensamiento y su doctrina materialista de las pulsiones no es la excepción. No es raro entonces que se encuentre con lo demoníaco en los confines a donde lo lleva su postulado (1920/1992, p. 21) o, como dirían los monoteístas, encuentra lo satánico.

No podemos dejar de subrayar en este sentido una hipótesis arriesgada de Freud, a saber, “Dios ha muerto”. Él trató este supuesto, en particular, en 1913, en su libro sobre el tótem y el tabú. Resulta sencillo encontrar de qué modo este texto soporta los desarrollos posteriores de “El porvenir de una ilusión”, “El malestar en la cultura”, “¿Por qué la guerra?” y “Moisés y la religión monoteísta”. Este conjunto de escritos parece tener poca relación con la problemática del texto sobre el más allá del principio del placer, sin embargo, pertenecen claramente a un

¹⁰ El velo de Maya es una noción del hinduismo cuya interpretación varía según la doctrina en la que se la encuentre. Aunque hay notables diferencias entre unas y otras, podría aceptarse que hay dos grandes significaciones en su utilización. En general, Maya es la materia y es lo que se percibe, es el mundo fenoménico. El velo de Maya es un entramado de materia que impide la percepción directa de la unidad trascendente. Por un lado, a él se refieren todas las concepciones de la individuación y la singularidad. A su vez, este velo de Maya es el origen de todas las ilusiones que fascinan al ser humano (en particular, es la estofa del objeto del deseo) y es la principal fuente del error en el juicio y en la acción. Varios autores contemporáneos de occidente han reflexionado sobre esta noción. Entre ellos, Jacques Lacan la evocó varias veces, de manera liminar, normalmente en relación con el engaño; la mención más notable es probablemente aquella en la que sitúa al síntoma como un símbolo escrito sobre el velo de Maya (Lacan, 1953 [2009], p. 271).

tronco común. La apuesta de Freud es grande: no sólo limita sus reflexiones a un mundo natural (en el que hay un orden regido por leyes naturales que él va descubriendo) sino que además niega el registro de lo trascendente. Entonces, luego de desmontar los cielos, quedó llano el camino a su antigua afición: la agregación y desagregación de la materia orgánica e inorgánica como causa primera de todos los fenómenos.

Mencionamos que este tipo de materialismo es una veta que se puede rastrear a lo largo de toda la obra de Freud. Desde este punto de vista, encontramos que el “Más allá del principio del placer” es un producto muy perfeccionado de lo esbozado en el “Proyecto de psicología”. A partir de este fondo conceptual, se puede dar otro marco a las hipótesis que van del complejo de Edipo y de castración, pasando por el libro sobre el tótem y el tabú, para desembocar en los ensayos sobre Moisés y el monoteísmo.

En el segundo capítulo de “De guerra y de muerte. Temas de actualidad” dice Freud: “El segundo factor por el cual, yo infiero, nos sentimos así de ajenos en este mundo otrora tan hermoso y familiar es la perturbación en la actitud que hasta ahora habíamos adoptado hacia la muerte” (1915/1992, p. 290). A partir de acá Freud comienza a recorrer un camino dando cuenta de cuál era o es esa actitud ante la muerte y del impacto que tuvo en ella una desilusión acaecida. En la lógica del pensamiento de Freud, la actitud hacia la muerte no puede ser pensada sin tener presente que, en primer término, hay que ubicar algo del orden de la ilusión, es decir, por definición, suponer en su origen y fundamento algo del orden del deseo. No podemos dejar de precisar aquí que nos parece que Freud no se está refiriendo al deseo inconsciente en sentido estricto, sino más bien a un deseo que tiene la forma y ocupa el lugar de un anhelo. Por este sesgo hace su aparición cierta ausencia inaugural.

Es interesante rastrear de qué modo Freud va dando cuenta de una determinada actitud hacia la muerte. A partir de allí se puede encontrar lo que determina el surgimiento de la creencia, de lo religioso y, podemos inferir, de su propia posición ante la vida.

Una observación de Jacques Lacan, en el Seminario XVII del año 1969-1970, echa una luz sobre esta cuestión cuando dice, luego de poner en juego la noción de “efracción”, que:

Lo inanimado. Punto de fuga, punto ideal, punto fuera de plano, pero cuyo sentido capta el análisis estructural. Queda perfectamente indicado en lo que constituye el goce.

Basta con partir el principio de placer, que no es más que el principio de la menor tensión, de la tensión mínima que debe mantenerse para que subsista la vida. Esto demuestra que en sí mismo el goce la desborda y que el principio de placer mantiene el límite en lo que al goce se refiere. (Lacan, 1969-1970/2008, p. 48)

La afirmación “para que subsista la vida” nos parece retomar la referencia a Spinoza que hicimos más arriba (todo lo que es, tiende a perseverar en su ser) pero en articulación con la posición ante la vida que se desprende de la lectura del texto de Freud. La vida tiende a perseverar en su ser, muy bien, pero esa no es la única tendencia eficiente en la existencia del ser

humano: hay un exceso, hay algo que desborda los límites de la tendencia vital, hay un más allá del principio vital del placer y eso se nombra, en el vocabulario de Lacan, con una de las definiciones dadas a la noción de goce. Ese goce se inscribe, al menos parcialmente, como un exceso demoníaco que se revela clínicamente, por ejemplo, en los fenómenos freudianos de la compulsión de repetición.

La posición ante la vida determina también una actitud ante la muerte. El texto de Freud que nos convoca en este tercer número del libro de la cátedra trata, en gran medida, de la muerte. La conceptualización psicoanalítica de la muerte, la actitud psicoanalítica ante la muerte determina cómo trabajar clínicamente en relación con ella. No olvidamos, por ejemplo, que el retorno a Freud propuesto por Lacan dedica un capítulo importante a la función de la muerte en la estructura del inconsciente.

Aclaremos, en “Más allá del principio de placer” se trata de la muerte en el sentido en el que la puede estudiar y tratar el psicoanálisis, es decir, trata de una pulsión –cualificada– de muerte. Volver a lo inanimado sería un punto casi ideal, pero existe otro fenómeno que indefectiblemente irrumpe en la experiencia analítica con total independencia de la cuestión del ideal. Se trata de la efracción en el régimen de la vida de lo irrepresentable, que es la muerte (por ejemplo, Freud, 1915/1992, p. 294). En un momento u otro, se puede experimentar la irrupción sin aviso, como un rayo, de la muerte. O como el relámpago, puede iluminarse un instante eso que está más allá de la vida, claramente más allá del placer, pero de lo que no hay posibilidad alguna de tener la experiencia mientras se viva. Ocurre inesperadamente, aún mientras se espera o aguarda la muerte imaginada, revelando que la muerte real pertenece a otro registro, un registro imposible de ser abarcado por cualquier representación (es decir, imposible de ser simbolizado de un modo acabado).

Fausto, que no teme a la muerte, que nada teme del más allá, al sellar el pacto, se entrega a la vida esperando saciar su insatisfacción, se lanza al vértigo de los placeres (los alegres y los dolorosos), a vivir todo que se le ha sido asignado experimentar a la humanidad, lo más sublime y lo nefando. Mefistófeles, el espíritu que siempre niega –afirmando que todo merece ser destruido–, le proveerá lo pactado y esperará más allá de los lindes de la vida, más allá del principio del placer, para cobrar la deuda. Ahora bien, la muerte, entendida como negación de la vida, adquiere un cariz particular a la luz del pensamiento tardío de Freud. Allí no se trata de simple negación sino de una fuerza eficiente, una positividad que sigue un proceso autónomo, en gran medida independiente de las fuerzas vitales. La dinámica esencial al registro de lo que está más allá del principio del placer, la tracción endemoniada que ejerce sobre el ser humano, obliga a considerar que tiene el carácter de una ruptura renovada a cada instante en la relación con la vida y con el placer que ella pueda entrañar. ¿Significa esto que, en la concepción freudiana, ni siquiera el pasaje a la muerte entendido como la desagregación de la materia (fuente del malestar y del placer) será posible sin una cuota de insatisfacción?

Referencias

- Freud, S. (1905). Tres ensayos de teoría sexual. *Obras completas de Sigmund Freud, Vol. VII* (pp. 109-224). Amorrortu, 1992.
- Freud, S. (1909). Análisis de la fobia de un niño de cinco años. *Obras completas de Sigmund Freud, Vol. X* (pp. 1-118). Amorrortu, 1992.
- Freud, S. (1915). De guerra y muerte. Temas de actualidad. *Obras completas de Sigmund Freud, Vol. XIV* (pp. 273-303). Amorrortu, 1992.
- Freud, S. (1920). Más allá del principio de placer. *Obras completas de Sigmund Freud, Vol. XVIII* (pp. 1-62). Amorrortu, 1992.
- Freud, S. (1927). El porvenir de una ilusión. *Obras completas de Sigmund Freud, Vol. XXI* (pp. 1-55). Amorrortu, 1992.
- Freud, S. (1930 [1929]). El malestar en la cultura. *Obras completas de Sigmund Freud, Vol. XXI* (pp.57-140). Amorrortu, 1992.
- Freud, S. (1933 [1932]). 32ª Conferencia. Angustia y vida pulsional. *Obras completas de Sigmund Freud, Vol. XXII* (pp.75-103). Amorrortu, 1992.
- Goethe, J. W. Von. (1808). *Fausto*. Sol, 2004.
- Goethe, J. W. Von. (1808). *Fausto*. Penguin Clásicos, 2018.
- Lacan, J. (1953). Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. *Escritos 1*. Siglo XXI, 2009.
- Lacan, J. (1969-1970). *El Seminario de Jacques Lacan, Libro 17, El Reverso del psicoanálisis 1969-1970*. Paidós, 2008.
- Spinoza, B. (1677). *Ética demostrada según el orden geométrico*. Editora Nacional, 1980.

CAPÍTULO 4

Sueño, trauma y pulsión: actualidad de la letra freudiana en épocas de pandemia

Juliana Urban y Fabián Miranda

Introducción

En 1900, Sigmund Freud publica el escrito que da inicio al psicoanálisis, *“Die Traumdeutung”*, formulando una teoría acerca del funcionamiento del aparato psíquico y un método terapéutico para tratar las neurosis. El sueño es a partir de este momento considerado un elemento crucial dentro de la experiencia analítica siendo para el autor vienés la vía regia de acceso al inconsciente y, fundamentalmente, un cumplimiento alucinatorio de deseo. Freud establece, no solo el uso clínico de los sueños, sino que también caracteriza al trabajo del sueño como el guardián del dormir. Formaliza el proceso de formación del sueño e intenta delimitar a partir del trabajo de interpretación sus mecanismos de producción.

Veinte años después y en contexto de postguerra, Freud sitúa en *“Más allá del principio de placer”* (1920/1992) los sueños de aquellos soldados que retornan del campo de batalla y que les hacen revivir escenas de terror, provocando el despertar. Esta modalidad del soñar, resultó contradictoria para sus esquemas teóricos previos y junto a otros referentes clínicos (*Fort-da*, repetición en transferencia, sesgo demoníaco del vivenciar) impulsaron al autor a modificar sus primeras hipótesis, creando nuevos conceptos que le permitieron iluminar los obstáculos en su práctica clínica. A su vez, la compulsión a la repetición que Freud vislumbra en estos fenómenos, encierra un punto enigmático que decantará en la conceptualización de un segundo dualismo pulsional (Eros y pulsión de muerte). En estas coordenadas teóricas el autor también utiliza los sueños de las neurosis traumáticas para redefinir de la mano de su modelo teórico de la vesícula lo que el psicoanálisis entiende por trauma. Adelantamos que esta noción habla de lo singular, del caso por caso, y no de una concepción estándar de lo traumático.

El presente escrito se propone indagar acerca de esos sueños que amenazan el dormir, y que hacen a Freud revisar su teoría del sueño a la luz de un nuevo dualismo pulsional, enmarcado en una novedosa versión de lo traumático. Nos detendremos a especificar –orientados por los textos freudianos– el estatuto del displacer propio de los sueños traumáticos, situando en qué se diferencian del displacer que involucra al sueño como cumplimiento de deseo. ¿Qué

movimientos en la teoría presenta Freud respecto al sueño y su vínculo con la pulsión? ¿Qué sucede con el deseo inconsciente luego del giro de los años 20?

Hoy, a poco más de cien años de la formulación del concepto freudiano de la pulsión de muerte, y enmarcados en una época donde lo mortífero acecha producto de la pandemia por COVID-19, nos preguntamos a su vez por la actualidad de la relación entre lo traumático, el sueño y la pulsión.

***Die Traumdeutung*. Primeras elaboraciones freudianas acerca de los sueños**

Freud dedica, en el año 1900, un trabajo entero al estudio de los sueños partiendo de la siguiente premisa: “ellos son susceptibles de una interpretación” (1900a/1992, p. 118). Poniéndolos en serie con las otras formaciones del inconsciente (síntoma, chiste, acto fallido), presenta una teoría y una técnica, la asociación libre, que se establece a partir de allí como la regla fundamental del psicoanálisis.

En el escrito que él mismo considera como el más importante de su obra, delimita la función de los sueños en el análisis y su lugar en la dirección de la cura. Los precisa como “un producto psíquico provisto de sentido al que cabe asignar un puesto determinado dentro del ajetreo anímico de la vigilia” (1900a/1992, p. 29). Para alcanzar dicho sentido Freud da cuenta de un método, el arte de interpretación por parte del analista, pero ubicando como novedad el valor del saber (no sabido) del soñante, a la luz de su conceptualización del inconsciente. Explica además su formación a partir de describir el trabajo de sueño, que se caracteriza por las leyes de condensación y desplazamiento, y por su figurabilidad, la transposición de palabras en imágenes visuales, que representa al sueño como una escena efímera, a diferencia del síntoma que persiste en el tiempo. Estas operaciones, son aquellas que resguardan el dormir, acompañadas por el trabajo de la censura. Se duerme, para Freud, justamente porque se sueña.

Su tesis central, justificada en su primera versión del aparato psíquico dividido en instancias (consciente, preconsciente e inconsciente), asegura que los sueños son un cumplimiento (alucinatorio) de deseo. Freud explica dicho carácter alucinatorio a partir de la regresión, ubicando como pieza clave la excitación proveniente de la instancia inconsciente: el deseo, caracterizado como una fuerza pulsionante.

Sin perder de vista la relación entre el sueño y la pulsión que sostenemos como brújula en este escrito, es preciso señalar que ya en “*Die Traumdeutung*” Freud advierte que no todo el contenido del sueño es interpretable y encuentra un primer límite al desciframiento: el ombligo del sueño. Refiere que “Todo sueño tiene por lo menos un lugar en el cual es insondable, un ombligo por el que se conecta con lo no conocido” (1900a/1992, p. 132). A ese lugar de sombras, como lo llama el autor, podemos pensarlo como un primer acercamiento a la idea que situará años después acerca de la existencia de aquello que no puede nombrarse, lo no ligado.

En el Capítulo VII de “La interpretación de los sueños”, a partir del paradigmático sueño “Padre, ¿entonces no ves que me abraso?” (1900b/1992, p. 504), Freud se detiene por primera vez en los sueños de angustia que ponen en escena una falla del trabajo del sueño en tanto su función como guardián del dormir. En el lecho de su hijo muerto, un hombre sueña al niño con vida, esto provoca su despertar, al mismo tiempo que un fuerte resplandor se produce en la habitación contigua. Sin embargo, a partir de su análisis Freud refiere que “este sueño tampoco escapa a un cumplimiento de deseo” (1900b/1992, p. 505), ya que no contradice al principio de placer a pesar de traer displacer para el durmiente:

En él, el niño se comporta como si estuviera vivo, él mismo da aviso al padre, se llega hasta su cama y le toma de un brazo, como probablemente lo hizo en aquel recuerdo del cual el sueño recogió el primer fragmento del dicho del niño. Y en virtud de ese cumplimiento de deseo, precisamente, prolongó el padre por un momento su dormir. El sueño prevaleció sobre la reflexión de vigilia porque pudo mostrar al niño otra vez con vida. (1900b/1992, p. 505)

En consecuencia, en la 14^o Conferencia titulada “El cumplimiento de deseo”, Freud recupera sus interrogantes acerca de los sueños de angustia, refiriendo que se trata en muchas ocasiones de cumplimientos no disfrazados de deseo, en los cuales no ha actuado la desfiguración onírica. Allí refiere:

El sueño de angustia es, por lo común, un sueño de despertar; solemos interrumpir el dormir antes de que el deseo reprimido del sueño haya impuesto, contra la censura, su cumplimiento pleno. En este caso el sueño ha fracasado en su cometido, pero no por eso se modifica su esencia. (1916/1992, p. 199)

Freud sostiene entonces la compatibilidad de los sueños de angustia con su teoría. Incluso luego del giro de 1920 seguirá sosteniendo que estos sueños no contradicen al cumplimiento de deseo (Freud, 1933/1992). Sin embargo, nuestro autor vuelve a preguntarse acerca de una nueva modalidad de sueños que amenazan el dormir y no son susceptibles a priori de interpretación: los sueños traumáticos.

El despertar de los sueños traumáticos: su relación con la pulsión y el deseo

Si recuperamos lo expuesto por Freud en el más allá del principio de placer, y en la 29^o Conferencia “Revisión sobre la doctrina de los sueños”, podemos arribar a una precisa caracterización de los sueños de las neurosis traumáticas.

En estos fenómenos, se repite durante el dormir la misma experiencia penosa, sin variaciones. El autor remarca que el soñante se despierta con renovado terror, preso de angustia. Afecto

que no estuvo presente como parapeto al momento de vivenciar una experiencia traumática. Otra cualidad de estos sueños es que interrumpen el dormir: la tramitación de aquello displacentero para el aparato psíquico propia del trabajo del sueño, falla. En palabras del autor:

La fijación inconsciente a un trauma parece contarse entre los principales de esos impedimentos de la función del sueño. Al par que el durmiente se ve precisado a soñar porque el relajamiento de la represión permite que se vuelva activa la pulsión aflorante de la fijación traumática, falla la operación de su trabajo del sueño, que preferiría trasmudar las huellas mnémicas del episodio traumático en un cumplimiento de deseo. En tales circunstancias acontece que uno se vuelva insomne, que renuncie a dormir por angustia frente a los fracasos de la función del sueño. Pues bien; la neurosis traumática nos muestra un caso extremo de ello. (1932/1992, p. 28)

Freud intuye que en esta modalidad del soñar no se encuentran operando los grandes artesanos del sueño: la condensación y el desplazamiento, de allí el carácter fijo de las repeticiones que se reviven oníricamente, en estos casos no se pesquisa el aspecto alocado e incoherente de los sueños como cumplimiento de deseo, tampoco la desfiguración onírica. Si retomamos la cita previa, podemos preguntarnos: ¿A qué se refiere el autor con la expresión “pulsión aflorante de la fijación traumática”?

Otra cualidad que Freud agrega en la cita mencionada es que en estos sueños existe un rebajamiento de la represión, o tal vez sea más pertinente decir, una ausencia plena. Este aspecto pulsional se puede leer en el marco del segundo dualismo pulsional, específicamente como la manifestación de la pulsión de muerte en tanto compulsión a la repetición. De allí que ubiquemos el estatuto del displacer de estas repeticiones traumáticas como no sustitutivo, directo, y no operante bajo las coordenadas del principio del placer. Es decir, no estamos hablando del retorno de lo reprimido, ni del placer para una instancia (inconsciente) y displacer para la otra (conciencia). En este sentido, y recuperando el caso de la vida onírica de las neurosis traumáticas, Freud ubica un tiempo previo necesario al sueño como cumplimiento de deseo: “Si existe un «más allá del principio de placer», por obligada consecuencia habrá que admitir que hubo un tiempo anterior también a la tendencia del sueño al cumplimiento de deseo. Esto no contradice la función que adoptará más tarde” (1920/1992, p. 32).

Con esto último, hace referencia a lo fructuosa que puede resultar la compulsión a la repetición, en tanto esa energía no ligada; a través de su insistencia, puede llegar a abrocharse a representaciones y de esa forma comenzar a operar en lo psíquico como energía ligada, es decir, bajo la órbita del principio de placer. Siguiendo a Freud, clínicamente esto puede constatarse cuando se observa una diferencia en las repeticiones que muestra el sueño traumático. Dejamos de hablar entonces, del eterno retorno de lo igual, el sujeto no se despierta preso de angustia, puede continuar su dormir. En este punto, hablamos de una articulación, e interdependencia entre la pulsión de muerte y el principio de placer a modo de forma de tramitación de la energía destructiva sin ligadura. Al respecto, Freud señala en “Esquema de psicoanálisis”:

Todo sueño en tren de formación eleva al yo, con el auxilio de lo inconciente, una demanda de satisfacer una pulsión, si proviene del ello; de solucionar un conflicto, cancelar una duda, establecer un designio, si proviene de un resto de la actividad preconciente en la vida de vigilia. Ahora bien, el yo durmiente está acomodado para retener con firmeza el deseo de dormir, siente esa demanda como una perturbación para eliminarla. Y el yo lo consigue mediante un acto de aparente condescendencia, contraponiendo a la demanda para cancelarla, un cumplimiento de deseo que es inofensivo bajo esas circunstancias. Esta sustitución de la demanda por un cumplimiento de deseo constituye la operación central del trabajo del sueño. (1938/1992, pág. 168)

La forma de tramitar la demanda pulsional del ello es a través del cumplimiento de deseo, una vez que la compulsión de repetición ha dado lugar al principio de placer. La tensión del deseo inconciente y sus manifestaciones continúan siendo para el autor luego del giro, una herramienta conceptual para pensar su clínica, y sus nuevas coordenadas teóricas. De allí que establezca que los sueños ahora más bien son un intento de cumplimiento de deseo.

Aclaremos que el autor no reduce esta modalidad del soñar (que ubicamos más allá del principio de placer) a las neurosis traumáticas o de guerra. Establece que la compulsión de repetición también sucede en los sueños que nos devuelven experiencias penosas del pasado, sin necesidad de haber vivenciado un gran accidente, o evento disruptivo para la conciencia. “Pero los mencionados sueños de los neuróticos traumáticos ya no pueden verse como cumplimiento de deseo; tampoco los sueños que se presentan en los psicoanálisis, y que nos devuelven el recuerdo de los traumas psíquicos de la infancia” (1920/1992, p. 32).

Esta idea, nos acerca a la reformulación que hace Freud (1920/1992) de lo traumático. En su modelo teórico de la vesícula de sustancia viva o del órgano anímico, el autor se propone ejemplificar cómo operaría la compulsión de repetición en el ámbito psíquico. Toma el ejemplo de las neurosis traumáticas y menciona que el órgano anímico puede verse perturbado económicamente si recibe estímulos hiperintensos desde el exterior que perforan su barrera de protección antiestímulos. Ésta última se encarga de filtrar la intensidad de los estímulos que llegan, para que el aparato psíquico pueda funcionar adecuadamente bajo el principio de placer.

Desde este marco, el autor propone definir al trauma como producto de los estímulos externos que rompen esa barrera antiestímulos y que provocan un desborde energético imposible de tramitar en ese momento. Allí le otorga un especial lugar a la tarea próxima de lo psíquico ante esas circunstancias: ligar el excedente de energía libre. El recurso del que el órgano anímico dispondrá para esto, es la compulsión de repetición. Esto es lo que sucede en los sueños traumáticos de las neurosis de guerra, hablamos de una tarea posterior al desborde energético producto de una situación externa disruptiva y también de un tiempo previo al sueño como cumplimiento de deseo, en tanto hace falta, la ligazón de la energía libre.

Sin embargo, el autor no se olvida del componente pulsional, es decir, del trauma interno: más allá de la situación externa que genera un trauma, el autor detalla que frente a los estímulos internos (pulsionales) el aparato anímico está desprotegido, y que estos tendrían el mismo efecto

que aquellos estímulos que logran perforar la protección antiestímulos. Lo traumático resulta entonces, no sólo de los estímulos externos poderosos, sino de la disposición pulsional que destrona el principio de placer, es decir la pulsión de muerte, en tanto energía irreductible totalmente a la palabra y a los efectos apaciguadores de la pulsión de vida. Este costado de la dotación pulsional, encuentra para el autor sus expresiones hacia fuera como pulsión de agresión, e internamente, ya sea a través de la compulsión de repetición o del padecimiento resultante del paradójal funcionamiento del superyó.

Entonces, destacamos que el trauma externo cuenta en tanto cómo impacte y se articule con lo interno: la exigencia pulsional. De allí que podamos pensar que cada persona vivirá de diferente manera distintos hechos, vivencias que desde el sentido común pueden leerse como displacenteras para todos. Freud lo expresa de la siguiente forma en “Inhibición síntoma y angustia” (1926/1992):

En el nexo con la situación traumática, frente a la cual uno está desvalido, coinciden peligro externo e interno, peligro realista y exigencia pulsional. Sea que el yo vivencie en un caso un dolor que no cesa, en otro una estasis de necesidad que no puede hallar satisfacción, la situación económica es, en ambos, la misma, y el desvalimiento motor encuentra su expresión en el desvalimiento psíquico. (1926, pág. 157)

Es desde los aportes freudianos que podemos pensar entonces a lo traumático como singular, propio de cada quien. En tanto que cada persona se enfrenta a sus pulsiones de diferente manera. De todas formas, lo generalizable del trauma, son sus características pensadas desde la teoría: desborde económico no tramitado bajo la órbita del principio de placer, más allá de haber vivenciado una situación externa disruptiva o hiperpotente, como sucede en las neurosis traumáticas descritas por Freud. Es decir, lo traumático inherente al ser humano es la pulsión de muerte y sus efectos, aquello que se ubica más allá del principio de placer.

Algunos sueños traumáticos en el marco de la pandemia por Covid-19

En este último apartado, nos proponemos pensar los principales conceptos trabajados en este escrito a la luz del contexto actual, la pandemia por COVID-19. A cien años de lo planteado por Freud sobre los sueños de las neurosis traumáticas o de guerra, sus conceptualizaciones sobre la compulsión de repetición y el trauma, pueden ser extrapoladas a nuestra época para pensar el contexto de pandemia. En nuestro presente, la pandemia oficia de una situación traumática generalizada que irrumpe en el cotidiano de los distintos sujetos que la vivencian, oficiando de una amenaza para lo psíquico para muchas personas. Las respuestas ante este contexto serán diversas, ya que la situación traumática externa, como vimos con los aportes de Freud, se articula de manera singular con la disposición pulsional de cada quien.

En este sentido Alicia Stolkiner (2001) ha advertido que cuando la realidad y los otros requieren del máximo de atención para garantizar la sobrevivencia, el malestar subjetivo sólo suscita la necesidad de eliminarse o desecharlo para el sujeto poder concentrarse en el afuera amenazador, limitando las posibilidades de elaboración. Elaborar traumas en un contexto traumático crónico (como sucede hoy en día con la pandemia) dificulta la tramitación del malestar a través de la palabra. La autora agrega que hay una fase ineludible del proceso de elaboración y de ligazón que pasa por el diálogo, la concreción de estrategias colectivas y el sostenimiento del lazo social. Esto último ha sido una apuesta desde los equipos de salud mental del sistema de salud público para contrarrestar los efectos de la pandemia.

Sin embargo, el cómo afecte la pandemia a cada sujeto será un terreno singular, propio. Recuperando los aportes freudianos, no podemos hablar unívocamente de un trauma universal por vivir la pandemia o el aislamiento social consecuente. En este sentido, es posible hacer una reducida lectura de cómo la situación amenazante actual invade disruptivamente el ámbito psíquico para algunos sujetos.

La época actual, para los practicantes del psicoanálisis en el hospital, ha implicado en muchos casos la escucha de los relatos de los pacientes que atravesaron internaciones en tiempos de COVID-19, fundamentalmente aquellos que estuvieron en salas de cuidados intensivos. La vida onírica continúa siendo, tal como Freud lo detalló, un escenario privilegiado de intento de elaboración de lo traumático, por lo cual podemos tomar como ejemplos algunos sueños de usuarios que han consultado o fueron derivados dentro del hospital para la atención en salud mental en el mencionado contexto pandémico.

Un paciente, internado en la sala de cirugía general, que se encuentra próximo a una intervención quirúrgica en uno de sus pulmones por secuelas del virus, solicita hablar con un/a psicólogo/a debido a que no puede dormir de noche por temor a seguir soñando una experiencia para él traumática. En la primera entrevista relata un sueño en el cual retorna una escena que presenció durante su tiempo de internación en terapia intensiva. Dicha escena le devuelve la imagen y los gritos de los médicos y enfermeros interviniendo de urgencia a su compañero de habitación durante una agravación del cuadro clínico. El sueño, que representa aquello que vio y oyó el paciente, le provoca el despertar con gran angustia durante las noches. En las entrevistas siguientes, previas a la cirugía, se apunta a propiciar que el paciente pueda relatar dicha escena que ha resultado, *a posteriori*, traumática y ponerla en relación con su historia. En su relato aparece en primer plano la angustia al tratar de apalabrar el propio temor a la muerte propiciado por el contagio del virus en cuestión.

Otra usuaria a punto de recibir el alta luego de haber contraído COVID, expresa que ha comenzado a soñar y despertar con crisis de angustia. Menciona que recupera la imagen de su padre fallecido (hace unos meses por una patología cardíaca) en su cama de internación, llorando y solo, sin recibir ayuda. La paciente relata que pudo verlo muy pocas veces debido a las restricciones hospitalarias y que no ha podido darle lugar a su duelo debido a que no paró de trabajar y cuidar a sus hijos durante la pandemia. En las entrevistas durante su internación se intentó dar lugar a su angustia y acompañar un inicial trabajo de duelo, el cual se hallaba obturado.

Estos pequeños fragmentos clínicos nos permiten ejemplificar como ante aquello no ligado, imposible de decir, se trata de ofrecer la escucha analítica sosteniendo la singularidad del uno por uno, para ponerle letra, la propia de cada quien, al acontecimiento traumático.

Consideraciones finales

En 1920 Freud determina la relación entre el despertar de los sueños y lo no ligado, es decir con aquello que está más allá del sentido: la pulsión de muerte. A partir de los sueños propios de las neurosis traumáticas, ilustra la fijación inconsciente al trauma, ese “eterno retorno de lo igual” propio de la compulsión de repetición, que impide la operación del trabajo del sueño. No se trata entonces de un retorno de lo reprimido, sino de aquello que escapa al funcionamiento del proceso primario, un más allá del principio de placer, que termina con su imperio soberano.

Vislumbrando una excepción a su teoría que señala los sueños como cumplimiento de deseo, los sueños de los soldados que vuelven de la guerra le permiten a Freud repensar lo traumático, sin perder de vista la importancia de sostener la singularidad de cada sujeto. Las coordenadas expuestas por el autor nos permiten ampliar los sueños traumáticos a otras experiencias singulares que escapan a un gran accidente. El contexto amenazante de la pandemia ha propiciado distintos sueños repetitivos que escuchamos en la clínica, los cuales devuelven a los soñantes experiencias displacenteras que convocan a un desborde de angustia en el despertar, pero que no dejan de ser un intento de elaborar lo traumático, tal como señalaba Freud en su texto “Más allá del principio de placer”.

Cien años después del famoso giro de los años 20 podemos leer la letra freudiana bajo las coordenadas de nuestra época, atravesados por una pandemia y por la proximidad real de la muerte. Ante las experiencias potencialmente traumáticas, el psicoanalista, debería propiciar entonces, un lugar y un tiempo, donde surja lo particular frente al agujero del trauma.

Referencias

- Freud, S. (1900a). La interpretación de los sueños (primera parte). *Obras completas de Sigmund Freud, Tomo IV*. Amorrortu, 1992.
- Freud, S. (1900b). La interpretación de los sueños (segunda parte). *Obras completas de Sigmund Freud, Tomo V* (pp. 345-612). Amorrortu, 1992.
- Freud, S. (1916 [1915-16]). Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. 14° Conferencia: El cumplimiento de deseo. *Obras completas de Sigmund Freud, Tomo XV* (pp. 195-208). Amorrortu, 1992.
- Freud, S. (1920). Más allá del principio de placer. *Obras completas de Sigmund Freud, Tomo XVIII* (pp.1-62). Amorrortu, 1992.

- Freud, S. (1926). Inhibición, síntoma y angustia. *Obras completas de Sigmund Freud, Tomo XX* (pp.71-164). Amorrortu, 1992.
- Freud, S. (1933 [1932]). Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. 29° conferencia: Revisión de la doctrina de los sueños. *Obras completas de Sigmund Freud, Tomo XXII* (pp. 7 - 28). Amorrortu, 1992.
- Freud, S. (1940 [1938]). Esquema del psicoanálisis. *Obras completas de Sigmund Freud, Tomo XXIII* (pp.133-203). Amorrortu, 1992.
- Stolkiner, A (2001). Capítulo 4: Subjetividades de época. En *Alicia Stolkiner. Prácticas en Salud Mental*. (pp. 119-132). Noveduc, 2021.

CAPÍTULO 5

La textura clínica de lo no ligado: la cuestión sexual

Natalia A. Cejas

Introducción

En el presente capítulo nos proponemos abrir algunas vías posibles de lectura, respecto a la dimensión sexual en la obra freudiana, a partir de la conceptualización de la pulsión de muerte, alrededor de los años '20. Sin dudas, el primer ordenamiento que se impone al respecto, es el que se organiza con el dualismo pulsional propuesto a partir de "Más allá del principio de placer" (Freud, 1920/2007). Allí, Freud localiza la cuestión sexual dentro del campo de las denominadas 'pulsiones de vida', dejando en una categoría aparte lo no ligado de la pulsión, propio del campo de la pulsión de muerte.

Sin desconocer este ordenamiento biunívoco, con el que podría zanjarse la cuestión, nos proponemos localizar algunos elementos clínicos y conceptuales que, en nuestra opinión, operan ciertos puntos de fuga sobre un terreno que no se deja reducir a una operación clasificatoria. Es decir, nos proponemos tensar la hipótesis de que el establecimiento de lo no ligado de la pulsión añadió textura y profundidad clínica al lugar que la sexualidad tiene en la práctica analítica, y que no (o no sólo) se reduce a algo que queda, en ella, completamente en el campo de lo ligado. En todo caso, quizás podemos decir que hay algunos puntos de juntura que hacen que algo de la sexualidad, el amor y el erotismo, tal como se presentan en la clínica, puedan leerse con la dinámica propia de la pulsión de vida y también hay algo en ellos que hace presente lo no ligado de la pulsión.

Para poner a trabajar esta hipótesis sobre todo nos detendremos en tres puntos: por un lado, nos embarcaremos a explorar los desarrollos en torno a la sexualidad femenina, luego de 1920, y, en conexión con ello, cierta deriva de la pregunta freudiana por lo que se satisface en el campo sexual. Por otro lado, nos detendremos en el lugar de lo ligado y lo no ligado en la reconceptualización de la angustia. Es decir, nos interrogaremos por lo que se satisface en los procesos de *inhibición, síntoma y angustia*.

Se trata de tópicos que quizás nos permitan localizar texturas, relieves, matices, con los que fue coloreada la presencia de lo sexual en la clínica a partir del establecimiento del *más allá* de la pulsión.

Los senderos de Edipo en los años '20 y '30, y el lugar de lo femenino

En 1923 Freud se ve precisado a interpolar cierto *rasgo universal y constelación característica* (Freud, 1923/2007, p.145) para elaborar el concepto *princeps* con el que refundará la tematización de la sexualidad humana, es decir, la pulsión sexual. La constelación fálica tomará así rango de premisa para el estudio de la pulsión sexual y con ella avanzará la lectura de “El sepultamiento del complejo de Edipo” (Freud, 1924/2007) y de “Algunas consecuencias psíquicas de las diferencias anatómicas entre los sexos” (Freud, 1925a/2007). Luego, en los años '30, reflexionará “Sobre la sexualidad femenina” (Freud, 1931/2007) y una de sus últimas conferencias, girará en torno a “La feminidad” (Freud, 1933/2007). Entre los textos de los años veinte y las producciones de los años treinta, parece haber un desplazamiento en el que nos interesa detenernos. Los primeros, están marcados, podríamos decir, por un gesto 'napoleónico' (explícitamente mencionado en 1925/2007). Nos referimos a la inclinación a dejarse guiar por la anatomía, para verificar que la diferencia sexuada se lee por el sesgo del ordenamiento fálico, en el caso de la niña, en términos de envidia de pene.

Sin embargo, también es cierto que en este texto se abre un punto sobre el que girará el desplazamiento que hará en los textos del treinta, derivar la vicisitud de la sexualidad de la niña en torno al lazo con su madre. Así, en 1925, vuelve sobre algo ya supuesto en “Tres ensayos” (Freud, 1905/2007) y es que hay un mismo objeto para el niño y la niña, la madre. Se entrevé, de este modo, que en el caso de la sexualidad femenina, heterosexualmente orientada, debe producirse un cambio respecto al objeto. Freud va a detenerse en el recorrido de la niña, aún no aparece mencionada la relevancia de la dimensión preedípica, sino que va a hacer hincapié en el efecto en términos de 'envidia de pene' que tiene la observación de la diferencia sexual anatómica. Es esta consecuencia de la desmentida, con la que la niña respondería la diferencia sexual, lo que aflojaría los vínculos tiernos con la madre, a partir de responsabilizarla por la falta de pene. Más tarde en la “Conferencia 33” y en el escrito “Sobre la sexualidad femenina” se van a invertir los términos de esta causalidad y es lo que ocurre respecto al lazo con la madre lo que, en todo caso, va a permitir el deslizamiento en la operatoria fálica. Freud parece abandonar el gesto épico y tomar una actitud mucho más cautelosa respecto a las vicisitudes de la experiencia sexual, en particular en lo que refiere a la posición femenina. Tal que propone, dedicar la conferencia 33 al 'enigma' de la feminidad -más que a la feminidad, a secas-. Respecto a esto, se rectifica, tampoco la ciencia anatómica ha podido establecer certidumbres. Es este estatuto de enigma lo que hace que oriente su conferencia en relación a cómo se produce una posición femenina, partir de la disposición bisexual, y no entorno a definir su ser. Y este recorrido propone orientarlo, en relación a cómo se inscriba o se produzca la diferencia sexual.

Luego del encuentro con la diferencia sexual, comienzan a particularizarse los recorridos y, a partir de los textos de los años '30, es la ligazón madre preedípica lo que adquiere una *significatividad gravitante*. Al punto que, el encuentro con la diferencia sexuada pasará por el encuentro con el modo en que la misma ha afectado a la madre. Sólo con el descubrimiento de que la

madre es *castrada*, la niña cederá su querella dirigida a la madre y su desmentida respecto a la castración, para orientarse en las ecuaciones y equivalencias que el falo habilita.

El nudo lógico que hallamos repetido en 1931 y 1933 es el lugar y el desarrollo que se le da a la querella que la hija dirige a la madre. Las vueltas y argumentos que sigue esta demanda apasionada, determinan el lazo preedípico que luego moldeará el lazo con el padre. La obstinada apuesta a la determinación con que, en la reyerta, la niña imputa a la madre su lugar de causa necesaria de la insatisfacción lleva a Freud a reflexionar acerca de la tardísima adquisición que resulta en la vida humana la posibilidad de incorporar la contingencia. El padre parece tomar el relevo, de modo que la insistencia en la postulación de un agente como causa eficiente de la insatisfacción, parece continuar siendo el nudo de la cuestión.

¿Qué motiva esta querella apasionada? Es lugar de la seducción, del agente de la seducción, quién ha puesto en marcha el erotismo de las diferentes zonas erógenas y finalmente se revela no teniendo. En las vueltas de esta disputa, se juega la eventualidad de avenirse a la sustitución fálica y sus ecuaciones habilitantes.

En conclusión, el interés freudiano por avanzar en la exploración de la sexualidad femenina luego de 1920 incluirá una serie de matices respecto a la modalidad femenina de articulación al campo edípico, y por lo tanto al fálico. El desarrollo, así, de lo que podríamos denominar la especificidad femenina del campo fálico, complejizará estas categorías añadiendo ciertas sutilezas. Sutilezas que, en las ocasiones señaladas, entendemos que aportan a una desustancialización de la categoría de falo y a una complejización del estudio psicoanalítico de las dimensiones amorosa y erótica y de lo que se satisface allí.

El enigma del masoquismo

Pero: ¿qué ocurre con la satisfacción en juego? Es acaso allí, en donde encontramos de modo explícito trenzada a la cuestión sexual con lo no ligado, luego del giro de los años '20. Nos referimos a un caso en particular de satisfacción sexual en donde la verificación de un *placer sexual en el displacer*, plantea necesariamente un *problema económico* al momento de dar cuenta de las enigmáticas metas pulsionales que representan el displacer y el dolor (Freud, 1924/2007). En “El problema económico del masoquismo” Freud, se propone despejar esta pregunta, y para esto ordenará tres modos posibles de presentación de la cuestión. Entre ellas, el denominado ‘masoquismo femenino’ le resulta el menor de los enigmas. Se trata de un fantasma masculino, o al menos de una fantasía verificada por Freud en sus pacientes varones. Es decir, lo lee como la interpretación, predominantemente masculina, de la experiencia de satisfacción sexual femenina, que toma la deriva de hacer equivalente ‘femenino’, ‘castrado’, ‘humillado’. La pregunta por la complejidad de la meta pulsional, se trasladará entonces al masoquismo moral y en él, -sobre todo- al erógeno, al que se reconduce.

Este último tiene una íntima vinculación con la denominada pulsión de muerte (o lo no ligado de la pulsión) ya que es reconducido a la más primaria ligadura pulsional que intenta por vía libidinosa volver inocuo este eterno intento de retorno de lo mismo (Freud, 1924/2007).

Es, de hecho, en relación al esclarecimiento del oscuro masoquismo primario, que debemos a Freud una caracterización del dualismo pulsional que consideramos esclarecedora. Nos referimos a aquellos párrafos en los cuales propone no pensar la pulsión de vida y pulsión de muerte como dos tipos pulsionales disyuntos, sino como dos valencias diferentes de la operación pulsional. Dos modos de funcionamiento que pueden presentarse a predominio de uno o de otro modo, es decir ligado o no (Freud, 1924/2007, p. 170). El masoquismo erógeno es, entonces, el modo privilegiado con el que Freud está presentando un posible anudamiento entre lo no ligado de la pulsión y el funcionamiento libidinal. Y, hacia el final del escrito, parece el 'masoquismo moral' el fenómeno por excelencia en el que esto se verifica.

En éste tercer modo en el que puede presentarse esta enigmática meta pulsional, podemos suponer, entonces, una articulación entre lo no ligado de la pulsión y la satisfacción sexual. Sea en el sesgo severo del sadismo del súper yo, o en el masoquismo del yo, puede leerse la intensidad de las mociones libidinales que sostuvieron los lazos edípicos. Luego, el sepultamiento del complejo de Edipo, pondrá en juego la represión y desexualización de las investiduras. La metapsicología de esta operación, añadirá, a partir de 1930, una explicación de cómo se fundamenta allí el sesgo cruel del masoquismo moral (Freud, 1930/2007).

La orientación por la angustia

Detengámonos ahora en la intersección que se produce entre lo sexual y lo no ligado al reconceptualizar el lugar y la función de la angustia. A partir de 1925, tanto síntomas como inhibiciones tomarán su lugar como respuesta al atravesamiento de una experiencia de angustia (Freud, 1925b/2007). Esta última, por su parte, abandonará cierto carácter 'mecánico' que poseía al jugarse como transmutación de libido, y comenzará a quedar subrayada su función orientadora. Reconceptualizada como 'señal de angustia' que pone en marcha a la modalidad defensiva, la delimitación de las coordenadas de una situación de angustia permite cierto efecto de iluminación en la lectura de un caso. Con ella podrán construirse las coordenadas de la *situación de peligro*, y luego, lo que ha operado como *situación traumática*. La lectura de las conexiones asociativas entre ambas, permitiría delimitar la singular posición subjetiva con la que se ha puesto en juego la modalidad de defensa. Es decir, la angustia, luego de su reconceptualización, localiza dentro de la práctica analítica, temporal y lógicamente el modo de respuesta del sujeto.

Por otro lado, su tipología (angustia de castración, angustia ante la conciencia moral o ante el superyó, angustia ante la pérdida de amor del objeto) resume las coordenadas de satisfacción (ligadas y no ligadas) ante las cuales podemos ver al sujeto caer de la escena.

Es decir estás posibles circunstancias parecen tematizar o darle contenido a lo que establecerá como el *núcleo genuino del peligro*, esto es, el aumento de la excitación. Es esta cuestión cuantitativa la que configura el *núcleo* ante el cual puede el sujeto quedar impotente en su elaboración (Freud, 1925b/2007, p. 130).

Así, es la amenaza de perder el punto de ordenamiento posible de la satisfacción (bajo la forma del falo, el amor o la autoridad moral) lo que establece la modalidad de experiencia de angustia y abre el camino al síntoma o a la inhibición. Y en este camino, luego de 1920, el eje fundamental será la función de lo no ligado de la satisfacción y la compulsión a la que da lugar. Nos referimos a la formulación establecida en 1925 cuando en 'Inhibición síntoma y angustia' establezca que el *factor fijador* a la represión es dicha compulsión del ello. Esta hará que cualquier transformación posterior en las situaciones de peligro recién mencionadas, no modifique sin embargo la respuesta defensiva (Freud, 1925b/2007, p. 144). Parece, de este modo, localizar al menos uno de los nudos problemáticos que en la terapéutica de la neurosis articulan el campo erótico y amoroso a lo no ligado de la pulsión.

Abrir para concluir

Recapitulemos: cierto *más acá* del Edipo le permite a Freud pensar especificidades del ordenamiento fálico para lo femenino. La posibilidad de pensar la dualidad de lo ligado y lo no ligado como valencias diferentes en toda satisfacción permite una lectura de satisfacciones que complejizan el modelo económico de la descarga pulsional. La compulsión a la repetición permite elaborar la hipótesis que explica la fijación de una modalidad defensiva y contribuye de este modo a leer la insistencia, muda, de un obstáculo de la cura analítica.

Parece tratarse de diferentes fenómenos clínicos que permiten localizar formalizaciones, en a las cuales Freud se vale o bien del más allá del funcionamiento ligado, o acaso de la condición previa que modaliza su ligadura, en el caso de lo preedípico. En todo caso, nos interesa pensar que hay algo de la elaboración freudiana luego del '20 en lo que hace a diferentes tópicos del campo de la satisfacción, que se complejiza. Es decir, que adquiere diferentes matices y texturas respecto a la complejidad de la satisfacción en juego aún en el campo amoroso, sexual y erótico, que ya no puede -al menos en estas ocasiones- reducirse a la suposición de una función de descarga. De modo que, acaso, al incluirse una modalidad de satisfacción no ligada, algo de la modalidad operatoria ligada también fue reconsiderada.

Se trata, en nuestra opinión, de temas que dan cuenta de diferentes relieves trazados por la pregunta por la satisfacción, a partir de la apertura que supuso el denominado giro de los años 20. En este sentido, estos temas quizás permitan abrir el texto freudiano en lo que hace a la cuestión de la satisfacción y operar allí puntos de fuga, que entusiasmen al lector sobre posibles nuevas lecturas.

Referencias

- Freud, S. (1920). Más allá del principio de placer. *Obras completas de Sigmund Freud, Vol. XVIII* (pp. 1-76). Amorrortu, 2007.
- Freud, S. (1923). La organización genital infantil (Una interpolación en la teoría de la sexualidad). *Obras completas de Sigmund Freud, Vol. XIX* (pp. 141-149). Amorrortu, 2007.
- Freud, S. (1924). El problema económico del masoquismo. *Obras completas de Sigmund Freud, Vol. XIX* (pp. 161- 176). Amorrortu, 2007.
- Freud, S. (1925a). Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos. *Obras completas de Sigmund Freud, Vol. XIX* (pp. 259-276). Amorrortu, 1992.
- Freud, S. (1925). Inhibición, síntoma y angustia. *Obras completas de Sigmund Freud, Vol. XX* (pp.71-164). Amorrortu, 2007.
- Freud, S. (1930). El malestar en la cultura. *Obras completas de Sigmund Freud, Vol. XXI* (pp. 57-140). Amorrortu, 2007.
- Freud, S. (1931). Sobre la sexualidad femenina. *Obras completas de Sigmund Freud, Vol. XXI* (pp. 223-244). Amorrortu, 2007.
- Freud, S. (1933). 33ª Conferencia. La feminidad. *Obras completas de Sigmund Freud, Vol. XXII* (pp. 104-125). Amorrortu, 2007.

CAPÍTULO 6

LO *UNHEIMLICH*: un referente del “Más allá del principio de placer”

Marisa Inés Badr

Me pareció que lo que generalmente llamamos sueño e imaginación podría ser el conocimiento simbólico del hilo misterioso que pasa por nuestra vida, vinculándola en todas sus condiciones, pero que se ha de dar por perdido quien cree haber cobrado con aquel conocimiento la fuerza para romper violentamente el hilo y hacer frente a los poderes tenebrosos que tienen dominio sobre nosotros

José Rafael Hernández Arias, *Prólogo a Los elixires del diablo de E.T.A. Hoffmann*

En 1919, Freud escribe un artículo para la revista *Imago*¹¹ titulado “*Das Unheimliche*” (“Lo siniestro” o “Lo ominoso” según las dos traducciones). Este texto, resulta un referente no sólo para pensar cuestiones en relación a la angustia, sin duda, sino para ubicar allí algunas de las formulaciones que desarrollará en “Más allá del principio de placer” (1920/1995). A pesar de que el autor consideraba a “*Das Unheimliche*” como un texto sin importancia, es notable la relevancia que ha adquirido el mismo para el psicoanálisis. De hecho, será Lacan en el Seminario 10 (1963/2007) quien le dará a lo *unheimliche* un lugar central para el abordaje de la angustia.

En función de que esta palabra fue traducida como “lo siniestro” por López Ballesteros y como “lo ominoso” por Etcheverry, en adelante hablaremos de *das unheimliche* como siniestro, dado que es un término más conocido en nuestro idioma, lo que sin lugar a dudas no invalida las particularidades que implica lo intraducible de la traducción y que de algún modo se imprime en el desarrollo freudiano del texto.

El objetivo de nuestro trabajo no será el abordaje del texto en su totalidad, sino ubicar cómo Freud, a través de su particular modo de indagación, se sirve de distintas experiencias propias, de su clínica y de la creación literaria y sus recursos, para dar cuenta de que el principio del placer resulta insuficiente para explicar el funcionamiento del aparato psíquico. En función de

¹¹ *Imago*, fundada en 1912 por Freud y sus discípulos Hans Sachs y Otto Rank, fue una de las primeras revistas oficiales del movimiento psicoanalítico. Su objetivo consistía en dar a conocer trabajos psicoanalíticos orientados a la reflexión sobre el campo de la cultura. De allí que su título completo fuera: *Imago. Zeitschrift für die Anwendung der Psychoanalyse auf die Geisteswissenschaften* (*Imago. Revista para la aplicación del psicoanálisis a las humanidades*).

ciertos fenómenos que considera van más allá del retorno de lo reprimido, anticipa de alguna manera el inconciente no reprimido y la pulsión de muerte.

Si bien algunas referencias señalan que el texto “*Das Unheimliche*” fue escrito por Freud aún antes de 1919, lo cierto es que por una carta a Ferenczi del 12 de mayo de ese mismo año sabemos que rescata un borrador del mismo, en ocasión de estar escribiendo “Más allá del principio de placer” (1920/1995). ¿Qué lleva a Freud a recuperar ese borrador cuando está inmerso en la escritura de “Más allá del principio de placer”? Intentaremos señalar algunas de las ideas del texto que sin duda se entraman con el giro de los años 20 y que llevan a Freud a recuperar un borrador que anticipaba que el aparato psíquico no estaría regido por el principio de placer.

“*Das Unheimliche*”: algunos señalamientos del texto

En el inicio de su texto, el autor considera que lo siniestro le interesa como un ámbito marginal de la estética en tanto pertenece al plano de lo terrorífico, de lo que genera angustia y horror y refiere a esta “palabra – concepto”, como formando parte de uno de los dominios poco estudiados, tanto por la estética como por el psicoanálisis. No se interesará por lo siniestro como emoción, aclara, ya que con las emociones poco tiene que ver el psicoanálisis, sino por su vínculo con la angustia. Teniendo en cuenta que Sigmund Freud tomó a la angustia, particularmente, como un estado afectivo, como una señal de peligro para el yo, el fenómeno de lo *Unheimlich* lo convocó a investigar la particularidad de este sentimiento en el marco de la emergencia de la angustia. Es como analista entonces, que el autor se interesa por este concepto en función de su proximidad con lo angustiante, y su inquietud particular está en relación a “cuál es ese núcleo, ese sentido esencial y propio que permite discernir, en lo angustioso, algo que además es «siniestro»” (1919/2012, p. 219). Se propone buscar ese núcleo que en lo angustioso hace surgir lo siniestro, y es en esa búsqueda donde lo siniestro aparecerá como el corazón mismo de la angustia, ese punto desde donde la angustia sorprende al yo. Su punto de partida para esta indagación es servirse de dos caminos: uno, pesquisar el significado que el desarrollo de la lengua ha sedimentado en la palabra y otro, agrupar todo aquello que en personas, cosas o impresiones sensoriales despierta en nosotros lo *Unheimlich*, intentando ubicar el peculiar sentimiento de extrañeza que provoca lo siniestro. Nos adelanta en el texto que ambos caminos, que por momentos se fragmentan una y otra vez, lo llevan a un mismo resultado: *das Unheimliche* es una variedad de lo terrorífico que se remontaría a lo familiar desde hace mucho tiempo y a lo que se tiene que agregar *algo*, dice Freud, para que devenga siniestro (p. 220).

Inicia un exhaustivo recorrido entonces, sobre lo siniestro, de alguna manera como respuesta a la lectura del trabajo de Jentsch “Sobre la Psicología de lo *Unheimliche*” (1906) señalando que este autor llega en su indagación sobre lo siniestro, hasta el nexo entre siniestro como = no familiar. Freud no conforme con la ecuación siniestro = no familiar, interroga esta palabra-concepto, promoviendo el equívoco. Se vuelve hacia otros diccionarios, otras lenguas (latín, griego, inglés, francés, español, árabe, hebreo), señalando finalmente que los diccionarios a los que

recurre no aportan nada nuevo, tal vez por el hecho, dirá, “de que *somos extranjeros en esas lenguas*” (p. 221) y que muchas de ellas carecen de una palabra para este particular matiz de lo terrorífico. El camino de los diccionarios no le resultará suficiente a Freud, pero eso no le impide servirse de lo que de allí rescata y avanzar por otras vías.

En relación al alemán encuentra que la palabra *Unheimlich*, es la opuesta de *Heimlich* (íntimo, familiar) e infiere inicialmente que *Unheimlich* resulta terrorífico precisamente porque no es conocido ni familiar. Agrega el carácter negativo del prefijo “un” que lo llevaría a oponer siniestro con familiar y continúa con su indagación. Concluirá más adelante en el texto y como fruto de su experiencia psicoanalítica que en el campo de la neurosis, este prefijo “un” de *Unheimliche* es la marca de la represión.

El recorrido que realiza Freud no parece resultarle suficiente y su insistencia en saber lo conduce a encontrar que el término *Heimlich* no tiene un sentido único, sino que pertenece a dos grupos de representaciones que, sin resultar opuestos, resultan ajenos entre sí: un primer sentido designa algo que es familiar, íntimo y agradable (*Heimlich*); y un segundo sentido, que refiere a lo secreto, clandestino, oculto (*Unheimlich*) y que entre los distintos matices de *Heimlich* hay uno en que coincide con su opuesto *Unheimlich*, así lo *Heimlich* deviene *Unheimlich*. El sentido evoluciona entonces hacia la ambivalencia y termina por coincidir con su contrario, fundiéndose con él. Concluye esta parte de su recorrido con una observación de Schelling por la que se muestra particularmente interesado, donde *Unheimlich* es “todo lo que, estando destinado a permanecer en secreto, en lo oculto, ha salido a la luz” (p. 225). Aparece así no como algo externo, sino como aquello que acecha desde lo íntimo (*Heimlich*), un interior, familiar que no debe salir a la luz, no debe ser visto. Los señalamientos freudianos entre lo familiar y lo siniestro serán el hilo conductor de su trabajo en tanto los límites entre lo íntimo y lo extraño no se presentan como tajantemente separados, se crea de este modo una suerte de banda de Möbius entre lo familiar y lo extraño, entre lo íntimo y lo que no lo es, un espacio en el cual, interior y exterior se presentan en una suerte de continuidad.

El autor se pregunta, además, qué hay de siniestro en la angustia, por qué en algunas ocasiones la angustia toma un carácter siniestro. En esa investigación y con la intención de pesquisar el significado que el desarrollo de la lengua ha ido sedimentando en la palabra *Unheimlich*, realiza un exhaustivo análisis etimológico del término, una comparación del mismo en las diversas lenguas mencionadas anteriormente, sirviéndose de diccionarios y distintas traducciones, algunas de cuyas referencias podemos encontrar en el texto, advirtiendo la dificultad que de alguna manera trasmite el autor, de encontrar palabras que permitan abarcar el sentido único del término. Podemos decir entonces que Freud se encuentra allí con la imposibilidad de que todo sea abordable por la palabra. Lo *Unheimlich* muestra de esta manera, que no todo es abordable por la representación, lo que probablemente lo lleva a plantear la necesidad de diferenciar entre lo siniestro que uno vivencia y lo siniestro que uno meramente se representa, que daría cuenta de que hay algo en el vivenciar que no entraría en el campo de lo representable. Lo *Unheimlich* no sería nada nuevo sino algo que fue familiar a la vida psíquica y que se manifiesta como una presencia sin representación (Klimkiewicz, 2014, p. 39).

En relación al segundo camino que propone el autor para ocuparse del significado de lo siniestro, se sirve de dos referencias de Hoffmann: el cuento “El hombre de la arena” y la novela “Los elixires del diablo”. Su intención es diferenciar lo siniestro del vivenciar de lo siniestro de la ficción. Mientras este último se presenta en forma discursiva, articulada, el primero resulta mucho más rico en tanto aparece en el marco de lo no representable. El autor plantea cierta paradoja como resultado de su investigación y es que “muchas cosas que si ocurrieran en la vida serían ominosas no lo son en la creación literaria, y en esta existen muchas posibilidades de alcanzar efectos ominosos que están ausentes en la vida real” (Freud, 1919/2012, p. 248).

Lo siniestro de la ficción por otro lado, le sirve como punto de partida para pensar en el *efecto* que vía los cuentos literarios consigue dejar al lector en la incertidumbre. Toma de Jentsch lo que llama un artificio infalible para provocar el efecto de lo siniestro, que consiste en provocar en el lector la incertidumbre respecto de si una figura, un personaje, es una persona o un autómatas, real o fantástico. Para Freud la incertidumbre no contribuye a entender el efecto siniestro, en cambio la experiencia psicoanalítica sí. A partir del nexo que establece vía la experiencia psicoanalítica entre la angustia y el complejo de castración, punto por el que se conecta con el campo de la pulsión, reconduce de este modo lo siniestro de *El hombre de la arena* a un factor infantil, dirá que lo que está en juego es el despertar de una antigua angustia infantil, lo que nos permite pensar que nuevamente aparece así aquello que destinado a permanecer oculto sale a la luz.

El carácter de lo siniestro es bien distinto en los dos cuentos; en el primero, del cual presenta un resumen, lo siniestro adhiere directamente al hombre de la arena, es decir a la representación de ser despojado de los ojos. Para Freud existe aquí un nexo respecto del que afirma que la angustia por los ojos es el sustituto de la angustia de castración, y aquello por lo cual reconduce lo *Unheimlich* del hombre de la arena a la angustia del complejo infantil de castración. Agrega además, que en relación a la muñeca viva, Olimpia, no interviene la angustia ya que el niño no ha tenido miedo de ellas, es más, ha deseado que cobren vida, lo que lo lleva a concluir que en la fuente de lo siniestro no interviene una angustia procedente de lo infantil sino un deseo o una creencia infantil que relaciona a un tiempo en que se ha deseado o creído que las muñecas o juguetes tienen vida. Si bien esto le resulta al autor contradictorio considera que tal vez lo ayude a comprender algo más sobre lo *Unheimlich*.

Sobre “Los elixires del diablo”, destaca lo rico y complejo de esta obra. Dado que no presenta resumen, diremos brevemente que se trata de los avatares del virtuoso monje llamado Medardo (no siendo este su verdadero nombre sino uno que adopta cuando decide tomar los hábitos), que ya desde su nacimiento estaba llamado a expiar los pecados de un linaje criminal. Este monje desoyendo las advertencias de un Prior prueba los elixires del diablo, un elixir que el mismo demonio le entregó a San Antonio para su perdición y esto corromperá su alma por la vanidad y la lujuria. Se cruza con su doble, el conde Victorino, en un precipicio, lo arroja al abismo y adopta su identidad. A partir de ese momento trata de huir de su verdadero yo, pero se encuentra con la persecución de un doble fantasmal. Sufre esta persecución de un doble que en ocasiones es corpóreo, pero otras veces parece una parte escindida de la psique de sí mismo. Medardo sigue cometiendo crímenes. En algún momento el protagonista dirá: “Todos los hilos que me habían

unido con determinadas circunstancias de la vida se habían roto y, por lo tanto, no había ya ninguna fuerza que pudiera detenerme” (Hoffmann, 2012, p. 74). Medardo se ve así arrasado por la corriente pulsional.

Freud se servirá de esta novela para preguntarse si los motivos del efecto siniestro derivarían también de fuentes infantiles. Encuentra en este relato la presencia del doble en distintas formas, la aparición de personas idénticas entre sí, sensaciones telepáticas, identificación con otra persona hasta el punto de perder la referencia sobre el propio yo o situar el yo ajeno en el lugar del propio, el permanente retorno de lo igual, la repetición de los mismos rasgos faciales y hasta de los nombres a lo largo de varias generaciones, duplicaciones y permutaciones del yo que remiten a la repetición. Es sin duda en las ideas freudianas de estos puntos, donde podremos ubicar como en la lógica del autor estaba ya entramado lo que lo llevaría a plantear el más allá del principio de placer y una posible respuesta a por qué se le ocurre a Freud recuperar ese borrador.

La cuestión del doble

Sirviéndose de los recursos utilizados por Hoffmann en “Los elixires del diablo”, Freud sitúa otro factor como causante de lo siniestro: la cuestión del doble o el otro yo. Esta cuestión se presenta para el autor en distintas formas: personas consideradas iguales, la trasmisión de procesos anímicos en términos de telepatía, la identificación de una persona con otra de tal manera que se pierda el dominio sobre el propio yo y se coloque al yo ajeno en lugar propio, lo que señala como desdoblamiento del yo, partición del yo, y sustitución del yo.

Freud parte para esta indagación de los trabajos realizados por Otto Rank, quien indaga los vínculos con la propia imagen vista en el espejo y con lo que denomina la sombra, la doctrina del alma y el miedo a la muerte. Entre otras cuestiones, Rank señala que en el hombre existe una necesidad de inmortalizarse y que el doble es en su origen una seguridad contra el sepultamiento del yo, una desmentida enérgica del poder de la muerte.

Freud se está preguntando si también tendría su origen en fuentes infantiles y en esa búsqueda, considera que el carácter de lo siniestro se debe a que el doble es una formación de las épocas primordiales de la constitución del yo, el doble pertenece a épocas psíquicas primitivas superadas. Si bien no le resulta fácil ubicar la participación en esas épocas, plantea que se trata de un retroceso, una regresión a épocas en las que el yo no se había separado del mundo exterior ni del Otro. Sitúa entonces el fenómeno del doble como constitutivo, y aparece así una dimensión de lo siniestro que queda por fuera de la articulación del complejo de castración, y que formará parte de la constitución del yo.

El autor señala que la representación del doble no necesariamente se supera y puede alcanzar un contenido nuevo como una instancia particular, que se opone al resto del yo, una instancia autocrítica, y es susceptible de tratar al resto del yo como si fuera un objeto. Llena la antigua representación del doble con un nuevo contenido y le atribuye todo aquello que aparece ante la autocrítica como perteneciente al viejo narcisismo superado de la época primordial;

no obstante, nada de esto le permite comprender el grado extraordinariamente siniestro que se le adhiere. Freud concluye entonces que “estamos autorizados a agregar que nada de ese contenido podría explicar el empeño defensivo que lo proyecta fuera del yo como algo ajeno” (Freud, 1919/2012, p. 236).

Freud comenta una experiencia propia en función de esta investigación que realiza sobre el doble respecto de lo cual plantea el efecto siniestro que provoca la aparición de ese “otro yo” cuyo surgimiento se remonta “a las épocas psíquicas primitivas y superadas” que tienen relación con los primeros tiempos de vida de un sujeto y su dependencia del otro. La experiencia es la siguiente:

Me encontraba solo en mi camarote cuando un sacudón algo violento del tren hizo que se abriera la puerta del toilette, y apareció ante mí un anciano señor en ropa de cama y que llevaba puesto un gorro de viaje. Supuse que [...] por error se había introducido en el mío; me puse de pie para advertírsele, pero me quedé atónito al darme cuenta de que el intruso era mi propia imagen proyectada en el espejo. (1919/2012, p. 247)

Freud se pregunta allí si “el disgusto no sería un resto de aquella reacción arcaica que siente al doble como algo ominoso” (Freud, 1919/2012, p. 247), y agrego, ¿podría tratarse acaso de lo extrañamente familiar que retorna de lo que se creía superado?

Repetición: del recuerdo a la insistencia de la pulsión

El eterno retorno de lo igual

Otro recurso, fuente del sentimiento de lo siniestro, en el que se adentra el autor, lo constituye sin duda el eterno retorno de lo igual. En relación a este describe algunas experiencias donde articula el factor de la repetición no deliberada con el sentimiento de desvalimiento. Comienza así a transitar un aspecto de la repetición que se aleja de la repetición conceptualizada por él desde los inicios de su obra. La repetición, hasta 1919, estaría al servicio del principio del placer en la búsqueda de alcanzar la satisfacción, resultando una de las características principales del modo de funcionamiento del aparato psíquico, un modo de ligar las excitaciones a representaciones al servicio de la elaboración. Como recordaremos, Freud en 1914 introduce la compulsión de repetición como formando parte del fenómeno en la transferencia, una particular manera de recordar subsidiaria del principio de placer. Dice allí que se trata de que el paciente repite en lugar de recordar, la repetición aparece en acto y hay entonces una sustitución del recordar por el *actuar* (Freud, 1914/2012).

En “Lo siniestro”, el autor menciona entre una serie de experiencias; que una tarde en la que caminaba por calles vacías y desconocidas, queriéndose alejar rápidamente de allí, retorna varias veces al mismo lugar apoderándose de él el sentimiento de lo siniestro. ¿Qué en estas experiencias produce este sentimiento de lo siniestro? Freud dirá: “es solo el factor de la repetición

no deliberada lo que vuelve siniestro algo inofensivo e impone la idea de lo fatal donde solo se habría tratado de casualidad” (p. 237). Aparece aquí un efecto de lo siniestro que no remite a la represión y al retorno de lo reprimido como hasta ahora en la obra freudiana, sino que va más allá vinculando la repetición con este carácter involuntario, displacentero, y de alguna manera contrario a la voluntad del sujeto. Freud introduce así una dimensión de la repetición que no se enmarca como satisfacción sustitutiva. Más allá del retorno de lo reprimido, se presenta una repetición como resto, demoníaca, que no responde al principio de placer y que resultará finalmente una manifestación de la pulsión de muerte. Por esta vía plantea en el texto lo que sin duda se entrama con una de las principales afirmaciones de “Más allá del principio de placer”:

En lo inconsciente anímico, en efecto, se discierne el imperio de una compulsión de repetición que probablemente depende, a su vez, de la naturaleza más íntima de las pulsiones; tiene suficiente poder para doblegar al principio de placer, confiere carácter demoníaco a ciertos aspectos de la vida anímica, se exterioriza todavía con mucha nitidez en las aspiraciones del niño pequeño y gobierna el psicoanálisis de los neuróticos en una parte de su decurso. Todas las elucidaciones anteriores nos hacen esperar que se sienta como ominoso justamente aquello capaz de recordar a esa compulsión interior de repetición. (1919/2012, p. 239)

En “Más allá del principio de placer” (1920/1995) Freud aborda el esforzar en vano de esta repetición, refiriéndose a “la acción de pulsiones que estaban destinadas a conducir a la satisfacción; pero ya en aquel momento no la produjeron, sino que conllevaron únicamente displacer” (1920/1995, p. 21). Las exteriorizaciones de la compulsión de repetición muestran ese carácter pulsional demoníaco. Se presenta como un destino en las personas, “un sesgo demoníaco en su vivenciar; y desde el comienzo el psicoanálisis juzgó que ese destino fatal era autoinducido y estaba determinado *por influjos de la temprana infancia*” (Freud, 1920/1995, p. 21).

Se trata entonces de una insistencia demoníaca en tanto retorno que el sujeto actúa, pero no gobierna, lo siente en cambio como algo ajeno, extraño, siendo en realidad su vivenciar más íntimo; eterno retorno de lo igual, repetición que no se inscribe dentro del gobierno del principio del placer. En términos freudianos “la compulsión a la repetición nos aparece como más originaria, más elemental, más pulsional que el principio del placer que ella destrona” (Freud 1920/1995, p. 23).

Lo reprimido y lo superado en “*Das Unheimliche*”

Es singular lo que aparece en algunas experiencias relatadas por Freud en el texto que convoca: son propias y... ajenas. Es decir, se trata en ellas de una puesta en acto del sujeto cuyos resultados le resultan extraños, ajenos. La inquietante extrañeza que se experimenta al volver al lugar del que se quiere ir o el disgusto de ver alguien en el espejo desconociendo por un instante que esa imagen es la propia, una serie de situaciones que tienen en común el retornar otra vez al mismo lugar, involuntario, dando por resultado un sentimiento de desamparo. Para Freud se trata en estos casos no de que la vivencia sea en sí misma la que despertaría angustia ante lo siniestro, sino de un

asunto que atañe a la realidad material. Esto lo plantea en relación a la distinción que realiza en el capítulo 3 entre lo siniestro de lo vivenciado (lo antiguo familiar) y lo siniestro que uno se representa o lee, es decir de la ficción. En relación al primero, distinguirá: lo vivenciado reprimido, referido a la realidad psíquica y que articula al complejo de castración, de lo vivenciado superado referido a la realidad material y aquí incluye principalmente el fenómeno del doble y la omnipotencia del pensamiento que fundamentalmente caracteriza al narcisismo primario.

Freud necesita diferenciar lo reprimido de lo superado, aunque de manera un tanto confusa ya que por momentos sus comentarios lo llevan a pensar que parecen borrarse los deslindes entre ambos y las creencias primitivas podrían subsumirse en lo reprimido infantil. Destaca que en lo reprimido se trata de la represión de un contenido de representación y del retorno de lo reprimido, de esta manera la naturaleza angustiante de lo siniestro se debe a la represión quedando de este modo articulado al complejo de castración. Subraya entonces que, si bien se trata de la represión de un contenido, no se cancela la creencia en la realidad de ese contenido.

En lo superado, en cambio, no se trata para el autor del retorno de lo reprimido sino de “cuando parecen ser reafirmadas convicciones primitivas *superadas*” (p. 248) quedando esto más del lado, podríamos decir, del desamparo y desvalimiento original.

Entonces, algo se reprime, pero no se cancela. El análisis de lo que va trabajando reconduce al autor a la concepción del mundo animista, tema que había abordado en el capítulo 3 de “Tótem y tabú” (Freud, 1913/2012, p. 79-102). Este mundo animista, se caracteriza por llenar el universo de espíritus humanos y por una sobrestimación narcisista de los procesos anímicos propios. Dirá que se trata de la doctrina de las representaciones de las almas, a quienes se les atribuye la causación de los procesos naturales mediante el supuesto de unas fuerzas físicas impersonales. Se trata para Freud de almas que han devenido autónomas. Refiere que el animismo es también un sistema de pensamiento y allí entre otros menciona la omnipotencia del pensamiento confiéndoles *el carácter de siniestro u ominoso* a la impresión que causarían que estos se corroboren. Cita como ejemplo al hombre de las ratas, que en una oportunidad acude a una cura de aguas cuya mejoría atribuye no a lo clínico sino a la ubicación de su habitación. Un tiempo después el paciente vuelve allí y no puede alojarse en la misma habitación por estar ocupada por un anciano, a quien le desea mentalmente la muerte. Esta acontece al cabo de 14 días, y él establece una conexión entre su pensamiento y el hecho sucedido en la realidad.

Para el autor todos pasaríamos en el desarrollo individual por una fase de este animismo primitivo, que deja huellas en nosotros, y que causa la experiencia de siniestro cuando alguna vivencia toca una de esas huellas o restos: “Lo ominoso cumple la condición de tocar estos restos de actividad animista e incitar su externalización” (p. 240).

Algunos comentarios

Del singular recorrido realizado por algunos puntos del texto freudiano es posible señalar cómo para Freud, el efecto de lo siniestro no se remite meramente a los contenidos del retorno

de lo reprimido, o a la castración, sino que van más allá, un más allá que en el texto sobre lo siniestro se presenta como imposible de ser aprehendido.

Es sin duda inquietante la sensación que causa su lectura, lo perturbador que resulta cómo desde el aparente ordenamiento el autor intenta aprehender lo que aparece como imposible de ser aprehendido. Cuando parece que algo da cuenta del carácter siniestro, algo se presenta como resto, e invita a Freud a continuar investigando.

Así, mientras el retorno de lo reprimido queda articulado con la represión en la lógica de lo interpretable, primera metapsicología freudiana, el eterno retorno de lo igual vía la compulsión de repetición quedará articulado con la pulsión de muerte, siendo esta una tendencia del psiquismo a una repetición mortífera. Si bien el concepto de compulsión a la repetición en el texto de lo siniestro no se encuentra elaborado, es posible leer allí un anuncio que articula esta compulsión con una naturaleza de la pulsión que con su carácter demoníaco tiene poder para doblegar el principio del placer, cuestión que el mismo autor plantea tratará en otro lugar siendo ese lugar “Más allá del principio de placer” (1920/1995). En este texto el autor dará un estatuto particular a las pulsiones de vida y de muerte, especialmente a esta última, cuya principal forma de expresarse estará en su carácter repetitivo, displacentero e involuntario. Freud va a plantear el fenómeno de la repetición, de *la compulsión de repetición*, como más arcaico e irreducible que el principio de placer que destrona.

Lo siniestro resultaría para Freud ese más allá del retorno de lo reprimido, eso que retorna de la pulsión de muerte vía compulsión de repetición en tanto lo imposible de ser ligado a una representación. El texto freudiano refleja ese pasaje del retorno de lo reprimido a la compulsión de repetición que lo *Unheimliche* pone al descubierto, constituyendo así la bisagra misma.

Referencias

- Freud S. (1913). Tótem y tabú. *Obras completas de Sigmund Freud, Vol. XIII* (pp. 1-164). Amorrortu, 2012.
- Freud, S. (1914). Recordar, repetir y reelaborar. *Obras completas de Sigmund Freud, Vol. XII* (pp. 145-148). Amorrortu, 2012.
- Freud, S. (1919). Lo ominoso. *Obras completas de Sigmund Freud, Vol. XVII* (pp. 215-261). Amorrortu, 2012.
- Freud, S. (1920). Más allá del principio de placer. *Obras completas de Sigmund Freud, Vol. XVIII* (pp. 1-62). Amorrortu, 1995.
- Hoffmann, E. T. A. (2012). *Los elixires del diablo*. Valdemar.
- Klimkiewicz, L. (2014). Nota introductoria al capítulo I. En S. Freud, *Das Unheimliche: manuscrito inédito* (pp. 37-39). Mármol-Izquierdo, 2014.

CAPÍTULO 7

Reacción terapéutica negativa y ética freudiana

Luis Volta

Introducción

En este capítulo planteamos discutir un aspecto siempre vigente en los debates del psicoanálisis contemporáneo relativo a la denominada “reacción terapéutica negativa” (*negative therapeutische Reaktion*). Es sabido que con ese nombre Freud designa, en el marco del giro de los años '20, a un obstáculo mayor encontrado en el curso de los tratamientos analíticos. Se trata de un atolladero, ligado simultáneamente al problema del cierre del inconsciente, a la crisis de poder de la interpretación y a la necesidad de establecer un “Más allá del principio de placer” (1920/1998) que permita explicar la fijeza y repetición del síntoma a partir de un modo novedoso de concebir el régimen de la satisfacción pulsional, el *Todestrieb* o pulsión de muerte. La introducción del superyó y del masoquismo primario en la teoría, junto con los desarrollos relativos al carácter, acompañan este movimiento conceptual para ceñir aquello que de la dimensión pulsional resulta refractario al sentido sexual y por lo tanto inmodificable por obra de la intervención analítica en el marco de la transferencia.

Ahora bien, teniendo en cuenta la complejidad de este movimiento en el interior de la teoría nos proponemos interrogar la importancia del historial del “Hombre de los lobos” para la elaboración freudiana de estos problemas: ¿Qué limitaciones desde el punto de vista de la técnica analítica tuvo que enfrentar Freud en la dirección de esta cura? ¿En qué el historial del “Hombre de los lobos” y el lugar que en él ocupa particularmente la reacción terapéutica negativa pueden ser considerados antecedentes clave para comprender la génesis del “Más allá del principio de placer” en 1920? Por otro lado, ¿Se trata sólo de cuestiones ligadas a lo indomeñable del elemento pulsional en sí o existe además una relación demostrable entre la emergencia de la reacción terapéutica negativa y el manejo de la transferencia por parte de Freud en este caso? ¿Cuál es la ética que orienta la intervención freudiana en este caso?

El último gran historial

La invención del historial clínico como género literario especial para volcar por escrito lo que sucede en un psicoanálisis estuvo desde un comienzo ligada a la voluntad freudiana de obtener

efectos de transmisión entre sus lectores y cierta demostración pública acerca de la eficacia terapéutica de la técnica analítica y de su aplicación en diversos terrenos. En efecto, podemos afirmar que durante muchos años se dedicó a publicar historiales como piezas probatorias de sus descubrimientos y avances teóricos. Sin embargo, desde el inicio de su práctica Freud constató que lo que sucede a lo largo de un tratamiento no es un camino lineal en el que los progresos, cambios y modificaciones se suceden con facilidad y sin retrocesos.

Así es que con diversas expresiones intentó nombrar a lo largo de su obra, los distintos obstáculos que mantienen al paciente aferrado a los síntomas de su enfermedad e impiden el restablecimiento añorado. En la *Addenda* de “Inhibición, síntoma y angustia” (1926 [1925]/1992) encontramos un ejemplo tardío en su obra de cómo intentó resumir y jerarquizar la complejidad de las resistencias a la curación, desde las más conocidas y de resolución más sencilla, hasta las más oscuras y fuertes, las denominadas resistencias mayores. Allí es posible constatar con facilidad cómo la oposición entre dialéctica e inercia, entre cambio y repetición es clave para comprender la lógica del funcionamiento de la cura analítica. Si bien por un lado hay factores dinámicos particularmente promovidos por la acción del analista que empujan hacia las transformaciones esperadas y los efectos terapéuticos añadidos, por otro lado hay siempre un factor conservador que tanto desde la defensa como desde la pulsión empuja a la repetición y frena todo intento de inaugurar diferencias.

El célebre historial del “Hombre de los lobos” es paradigmático en este sentido y ocupa un lugar fundamental entre los cinco grandes casos freudianos. Es el último gran relato de un caso publicado por Freud cuatro años después de la finalización del primer tratamiento del paciente, recién en 1918. Después de él, y con excepción del relato breve sobre el caso de “la joven homosexual” (1920/1998), Freud ya no publicó ningún otro gran historial. ¿A qué se debe esto?

Para intentar esbozar una respuesta, quizás debamos tomar en consideración la serie de dificultades que Freud encontró en este tratamiento. En él es posible constatar que sus inquietudes han ido modificándose. Se hacen notar la impotencia terapéutica y la insuficiencia de la revelación interpretativa del sentido de los síntomas para su resolución. Nos encontramos entonces, con un Freud que está cada vez más preocupado por teorizar ese gran conjunto de cambios que en la teoría analítica culminan en lo que hoy conocemos como “el giro de los años ‘20”. Los límites encontrados a la técnica interpretativa parecen entonces replicar en la desaparición del relato de los casos en sus publicaciones. En lugar de elaborar literariamente las asociaciones triunfantes que permiten arribar hasta el fin del síntoma, Freud se ocupa a partir de esos años de otro aspecto del síntoma que se resiste al develamiento de sentidos reprimidos y que está sostenido en otro régimen de lo pulsional. Si además tenemos en cuenta lo que señalará muchos años después en “Construcciones en el análisis” (1937a/2000) sobre la relación entre reacción terapéutica negativa y la elaboración de construcciones (p. 266), quizás podamos también entender por qué en este caso aparece con tanta fuerza la cuestión de la “construcción” para referirse a aquello que ya no adviene como recuerdo en la cura. En este artículo tardío, propondrá la innovación técnica de las construcciones (*Konstruktionen*) a través de las cuales el analista intentará colegir desde indicios indirectos un fragmento de la prehistoria olvidada del paciente.

¿Quién es el protagonista de “De la historia de una neurosis infantil” (1918 [1914]/1992)? Se trata de un paciente joven, llamado Serguei Pankejeff, de origen ruso-ucraniano, que consultó con Freud cuando tenía 23 años, y que estuvo en tratamiento con él durante un lapso de cuatro años. Se presentaron bastantes dificultades a lo largo de la cura. Pero Freud pensaba que los análisis que permiten obtener resultados favorables en poco tiempo no son muy fecundos para el avance de la teoría. Prefería más bien aprender algo de los casos como éste, que ofrecen más dificultades, y que requieren más tiempo (Cf. Freud, 1918 [1914]/1992, p. 11). Sin embargo, y al mismo tiempo, recordemos que estaba advertido de que cuando un caso está destinado de antemano a ser utilizado con fines científicos como una publicación, el éxito corre peligro (Cf. Freud, 1912/2000, p. 114). Freud se valió de este caso como pieza probatoria ante debates internos del psicoanálisis. Veremos que su proceder en este punto tuvo consecuencias a nivel del tratamiento.

Cuando Freud escribe el historial, no se centra demasiado en los aspectos “actuales” del caso, ya sea en las dificultades que este hombre tenía con las mujeres, con el dinero o con sus intestinos que sumadas le impedían sostener una existencia autónoma, sino que fundamentalmente apunta a la reconstrucción de su “neurosis infantil”, tal como lo encontramos indicado desde el título mismo de la publicación. ¿Por qué? Porque a Freud le interesa en este caso poner en evidencia la importancia de varias particularidades de su naturaleza psíquica que si bien el análisis logró detectar no por ello logró modificar como hubiera pretendido: la tenacidad de sus fijaciones libidinales, el desarrollo extraordinario de la ambivalencia, y lo que denomina una constitución arcaica en la que se conservaban unas junto a otras, y en condiciones funcionales, investiduras libidinosas de lo más diversas y contradictorias (Cf. Freud, 1918 [1914]/1992, p. 108). Está claro aquí cómo para Freud el elemento pulsional, la viscosidad de la libido, resultó un obstáculo inmodificable en el intento de domeñamiento pulsional que el tratamiento intentaba.

Digamos que el infantilismo de la sexualidad, los restos infantiles, estaban muy presentes en el caso de este paciente adulto, haciendo obstáculo a los progresos en la cura. Esta importancia acordada al factor sexual infantil le permitía además a Freud reivindicar en esos años una tesis central para el psicoanálisis frente a las desviaciones que su discípulo Jung comenzaba a plantear. Para Freud de ninguna manera la neurosis podría ser concebida como resultado de una actividad imaginativa adulta por medio de la cual se proyectan evasivamente fantasías retrospectivas, sino de que, aunque no advenga jamás como recuerdo, hay un real sexual infantil en juego ligado al problema de la satisfacción pulsional. De hecho, al historial lo conocemos como “El hombre de los lobos” ya que el paciente trae al análisis un sueño fundamental que tuvo a sus 4 años, y que introdujo modificaciones importantes en su desarrollo sexual. Se trata de un sueño de angustia, en el que había unos lobos subidos a un árbol que lo miraban inmovilizados y que lo despierta.

El trabajo asociativo que el paciente llevó a cabo a lo largo de distintos tramos del tratamiento le permitió a Freud colegir y reconstruir toda su neurosis infantil. El análisis revela que se trata de un sueño de castración en el que se despeja el rol asignado al padre como agente de la amenaza. Desde allí construye los detalles más sorprendentes de algo sucedido antes, en un

tiempo primordial. Según Freud, en dicho sueño se reactiva y refunde con efecto póstumo la famosa “escena primordial” que, según conjetura, podría fecharse al 1 ½ año. El sueño sitúa dicha escena retroactivamente en términos de Edipo y castración. Mientras que los lobos lo miran, él observa activamente el *coitus a tergo* de los padres. La gramática pulsional encuentra en la mirada un objeto privilegiado que lo despierta angustiado.

Es de sumo interés tener en cuenta que esta escena, que para muchos críticos no es más que un invento de Freud, nunca fue recordada como tal por el paciente. El paciente jamás la recordó ni la logró formular como un saber consciente articulado en palabras. Sólo contamos con el carácter hipernítido y el sentimiento de realidad de las miradas de los lobos que lo despiertan del sueño como prueba de que está referida a un acontecimiento real. Sin embargo Freud considera que es un supuesto necesario para el ordenamiento y esclarecimiento de la lógica del caso (Cf. Freud, 1918 [1914]/1992, p. 94), puesto que las diferentes corrientes despejadas frente a la amenaza de castración permiten ordenar los sucesos de la historia subjetiva y las discontinuidades de la presentación de los síntomas ya presentes en la infancia (una secuencia que va desde un súbito período díscolo de alteración del carácter, pasando por una fobia, posteriormente la aparición de síntomas obsesivos, hasta llegar a la alucinación de un dedo cortado). Además esta escena posibilita captar ciertas particularidades de su posición pasiva frente al padre, y un tipo peculiar de elección de objeto femenino. Es como la pieza faltante que permite terminar un rompecabezas. De ahí nuestro señalamiento previo acerca de su importancia como antecedente para la elaboración teórica del problema de las “construcciones” en el análisis en 1937.

La “dócil apatía” y reacción terapéutica negativa en el Hombre de los lobos

Ahora bien, ¿acaso este inmenso trabajo interpretativo por parte de Freud en el que desde diversos ángulos intenta poner el acento en el ordenamiento de la satisfacción en torno al padre obtuvo efectos terapéuticos inmediatos a nivel de la resolución de los síntomas del paciente? Para nada. Con total honestidad, y desde las primeras hojas del historial Freud admite que este paciente se atrincheró durante mucho tiempo detrás de una postura inabordable de dócil apatía (*gefügiger Teilnahmslosigkeit*). Esos términos también pueden ser traducidos según López Ballesteros por “indiferente docilidad”. No se trataba de la famosa bella indiferencia de las histéricas que exige una rectificación dialéctica de la posición del sujeto en cuanto la cuota de responsabilidad exigible para el inicio de la cura. Ocurría más bien que este paciente, si bien escuchaba y comprendía, no permitía ninguna aproximación que tuviese efectos sobre las fuerzas pulsionales que gobernaban su comportamiento en las pocas relaciones vitales que todavía le quedaban (Cf. Freud, 1918 [1914]/1992, p. 12). El saber producido en la cura no producía efectos de verdad. Algunos años después, y en honor a este paciente, nombraba a esta dificultad técnica reencontrada en otros casos de pacientes obsesivos como la “táctica rusa” (Cf. Freud, 1920/1998, p. 156). Se trata de una forma particular de la resistencia en la que un paciente durante cierto tiempo

ofrece claros resultados y permite una intelección en profundidad de la causación de los síntomas. Sin embargo, tales progresos en la comprensión de las cosas no trae consigo la más mínima modificación en sus obsesiones e inhibiciones. En este caso, Freud destaca que fue necesaria una prolongada educación (*langen Erziehung*) para moverlo a participar de manera autónoma en el trabajo y que aun cuando se producían avances, rápidamente el paciente los suspendía para evitar más modificaciones. Agrega que el Hombre de los lobos se mantenía cómodamente aferrado a las penurias de su condición de enfermo. En la balanza era mucho mayor su horror a tener finalmente una existencia autónoma (Cf. Freud, 1918 [1914]/1992, p. 12).

Para hacer frente e intentar superar esta forma de la resistencia Freud ideó una maniobra muy arriesgada. La estrategia se descomponía en dos movimientos. En primer lugar, afianzar el despliegue de la transferencia, favoreciendo la ligazón con la persona del analista hasta que fuera suficientemente intensa como para equilibrar fuerzas contra aquellos elementos a combatir. En segundo lugar, le impuso un plazo temporal a la finalización del tratamiento, más allá de los resultados que se hubiesen obtenido. El paciente creyó en la seriedad del propósito freudiano y bajo esta presión cedieron las resistencias, abandonó en gran medida su fijación a la condición de enfermo y emergieron recuerdos que le permitieron a Freud terminar de reconstruir la neurosis infantil. La aplicación del plazo temporal es entonces el reflejo de la creencia freudiana en que era aún posible llenar las lagunas de la memoria y arrancarle a las resistencias las piezas faltantes para generar en el paciente la convicción acerca de lo inconsciente.

Decimos que se trata de una maniobra riesgosa por varias razones. Por un lado, por el exiguo margen que separa un correcto manejo de la transferencia de la mera sugestión. En efecto, los efectos sugestivos no estuvieron ausentes en esta cura. Freud mismo reconoce que mucho de lo sucedido en ese tramo del tratamiento se asemejaba a la lucidez de los estados hipnóticos inducidos (Cf. Freud, 1918 [1914]/1992, p. 13). Además es posible constatar tanto por el segundo análisis con Freud (Cf. Freud, 1918 [1914]/1992, p. 110, nota al pie N° 14 de 1924), como por el tercer tratamiento que llevó a cabo su discípula Ruth Mack Brunswick a raíz de un episodio paranoide en años posteriores que los restos de la transferencia estaban más que presentes en este caso (Cf. Freud, 1937b/2000, p. 221). La enorme dependencia en la que este paciente quedó tomado y fijado en la transferencia con Freud va en un sentido completamente contrario al que Freud mismo consideraba éticamente exigible a un psicoanálisis. De hecho el paciente dijo años después en un reportaje y en primera persona “la transferencia es un asunto peligroso. He confiado mucho en otras personas, y luego uno está verdaderamente entregado, al final. (...) y bien, la transferencia es un arma de doble filo. Por un lado ayuda, por otro lado es una cosa que no está bien. Si yo considero a Freud como un padre y le creo todo, puedo cometer un error” (Obholzer, 1980/1996, pp. 59-63). No deja de llamarnos la atención el hecho de que en un texto escrito el mismo año de la publicación del historial Freud insista en la abstinencia a la que el analista se debe llamar, en el sentido de que no debe imponerle al paciente sus propios ideales, ni educarlo para que se asemeje a la creación esperada (Cf. Freud, (1919 [1918]/1992), p. 160).

Asimismo, la emergencia correlativa de la reacción terapéutica negativa nos brinda un interesante punto de apoyo para nuestra discusión. “El Hombre de los lobos” es quizás el primer

paciente cuyas reacciones de ese tipo fueron patentes. Si las leemos en contraste con la conceptualización que de ellas tiene después de 1920 resulta llamativo que aquí Freud las caracterice como parciales y transitorias, y todavía no teñidas por la coloración más demoníaca que caracterizará a su conceptualización a partir de su ligazón con el superyó en la segunda tópica. La comparación con la que las introduce en el historial es sugerente ya que en ella Freud mismo queda ubicado en serie con un educador que intenta modificar los malos hábitos de un niño.

Mientras comenta el influjo que tuvo en la infancia del paciente la llegada de un preceptor alemán –relevo y sustituto del padre– para el abandono de ciertos síntomas y alteraciones infantiles, nos aclara que “nunca cedía a una incitación sin intentar retener lo desvalorizado”. Así es que cuando este pedagogo intentó disuadirlo de seguir cometiendo crueldades contra animales pequeños, logró que finalmente lo hiciera, pero no sin que antes el niño volviera a entregarse bastante a fondo a la tarea de despedazar gusanos. Allí es donde Freud agrega que “también en el tratamiento analítico se comportaba de igual modo, desarrollando una «reacción negativa» pasajera; tras cada solución terminante, intentaba por breve lapso negar {*negieren*} su efecto mediante un empeoramiento del síntoma solucionado” (Freud, 1918 [1914]/1992, p 65). Señala abiertamente que un efecto tardío de su dependencia de aquel preceptor es que más adelante en su vida siempre prefiriera el elemento alemán (médicos, sanatorios, mujeres) antes que al de su propia patria. Según Freud esto también significó una importante “ventaja” para la transferencia en la cura. Recordemos que el tratamiento se llevó adelante en alemán, la lengua de Freud, y no en ruso.

Como vemos, Freud se limita allí entonces a comparar a la reacción terapéutica negativa con la de un niño que está siendo educado y lucha en rebelión. Al ser castigado por algún motivo por un adulto que pretende imponer un ideal educativo, repite la acción una sola vez más, como deteniendo por propia voluntad su repetición futura y, al mismo tiempo, desafiando la prohibición. Tengamos en cuenta además, la idea que Freud tenía acerca de la educación de los niños. Según él, sólo se ajusta al ideal esperado aquel niño que teme perder el amor de los adultos (Cf. Freud, 1911/2000, pp. 228-229). Esta manera de ver la reacción terapéutica negativa, la reduce a un movimiento desafiante que no deja de estar sostenido en el ideal del otro y en la espera de su amor. A nivel de la transferencia no hace más que perpetuarla, fijando al paciente en el lugar de hijo favorito, en lugar de apuntar a desmontarla. Esta concepción de las cosas se verá posteriormente modificada después de 1920.

Por otro lado, tenemos que tener en cuenta, y más allá de las eventuales discusiones diagnósticas que ha habido en la comunidad analítica, la muy mala evolución posterior del caso. ¿Cuánto de la posición de Freud en la transferencia estuvo entonces en juego en la génesis de la reacción terapéutica negativa? Sin decirlo abiertamente, parece que alguna lección extrajo de este problema. Cuando en el capítulo V de “El yo y el ello” (1923/1998) reformule conceptualmente este fenómeno en términos de necesidad de castigo y sentimiento inconsciente de culpa desechará de manera terminante toda tentación de responder desde el lugar del ideal del yo que la transferencia le asigna y de desempeñar desde allí el papel de redentor, profeta o salvador de almas para el paciente. Allí nos recuerda una vez más que el análisis no está destinado a impedir

las reacciones patológicas, sino a preservar cierto margen de elección para el sujeto, incluso cierta “libertad” para decidir una nueva toma de posición frente a la satisfacción (Cf. Freud, 1923/1998, p. 51). El manejo propuesto es eminentemente ético.

Una discusión ética

En esta revisión que llevamos adelante sobre las relaciones entre el Hombre de los Lobos y los fundamentos clínicos del “Más allá del principio de placer” (1920/1998) en función de la reacción terapéutica negativa nos ha resultado de interés recuperar un párrafo de “Mis recuerdos de Sigmund Freud” (1952/1983), en el que el paciente relata una discusión que sostuvo con él durante el tratamiento acerca del alcance explicativo de la denominada “fuerza del hábito” y su relación con la compulsión de repetición:

Freud no quiso aceptar mi explicación y dijo: «Si una madre preocupada por su hijo que está en alta mar reza todas las tardes por su pronto regreso, ¿cree usted que después de que él vuelva a casa sano y salvo ella va a seguir diciendo la misma oración por la fuerza del hábito?» Comprendí muy bien esa reacción de Freud, porque en esa época en que tan poco se sabía de la verdadera vida instintiva del hombre era mucho lo que se le adjudicaba erróneamente al “hábito”. Más adelante Freud modificó el principio del placer, en cuanto postuló también una compulsión de repetición que no depende del principio del placer. (...) De tal modo llegó Freud a aceptar un instinto de muerte, opuesto al Eros. Se ocupa de esta cuestión en *Más allá del principio de placer*, pero sin hacer referencia al hábito. (Pankejeff, 1952/1983, p. 167)

Evidentemente ni antes, ni después de 1920 Freud consideraba que las cosas se repiten en la vida de las personas tan solo por la fuerza del hábito. ¡Ya desde la Carta 79 enlaza los hábitos con la satisfacción! (Cf. Freud, 1897/1992, p. 314)

Es interesante poner en tensión este pasaje en el que Freud queda rechazando la explicación propuesta, con discusiones posteriores dentro del campo psicoanalítico. En efecto, en su seminario de 1959-1960 dedicado a la ética del psicoanálisis Lacan discute la posición aristotélica clásica a la hora de pensar su aplicación a la clínica psicoanalítica. ¿Podemos servirnos de esa ética cuando constatamos que en un paciente permanece aferrado a la enfermedad y parece no querer su propio bien? ¿Puede la fuerza del hábito funcionar en un sentido constructivo?

Aristóteles consideraba que la condición principal para la felicidad o la virtud es el camino esforzado de la razón. Evitar los excesos y encontrar el justo medio no es un camino sencillo de sostener, sino que debe ser forjado con tiempo. Para ello, además del buen ejemplo y de la educación, es muy importante el hábito, y la práctica, porque la formación de carácter, el *ethos*, se realiza según él a partir del hábito. La excelencia se podría conquistar por medio del entrenamiento y la fuerza de la costumbre. Eso templea el espíritu.

Por el contrario, siguiendo a Freud en su “Más allá del principio de placer”, Lacan toma otra postura. Nos dice que:

(...) la esencia misma del inconsciente se inscribe en otro registro que aquel en el que, en la *Ética*, Aristóteles mismo acentúa con un juego de palabras, *éthos / êthos*. (costumbre y carácter). La ética en Aristóteles es una ciencia del carácter. Formación del carácter, dinámica de los hábitos -más aun acción dirigida a los hábitos, al adiestramiento, a la educación. Deben recorrer esa obra tan ejemplar, aunque más no sea para medir la diferencia de los modos de pensamiento que son los nuestros con los de una de las formas más eminentes de la reflexión ética. (Lacan, 1959-1960/1988 p. 20)

Está claro que para Lacan se trata de situar las diferencias del psicoanálisis respecto de la mirada aristotélica. En griego existe una homonimia entre “hábito” y “ética” que Aristóteles aprovecha y que Lacan separa (1974/2012, p. 564). Tener en cuenta el descentramiento radical del sujeto a nivel de la satisfacción que Freud postula a partir de la introducción de la pulsión de muerte en la teoría implica poder concebir que el sujeto no se pliegue de manera conformista al discurso de lo recto y conveniente, por otras razones que la intemperancia o la mera falta de virtud. Incluir esa otra dimensión de la satisfacción pulsional, supone una advertencia clave para el analista. Lacan dirá que a este último siempre le conviene recordar que:

No solamente lo que se le demanda, el Soberano Bien, él no lo tiene, sin duda, sino que además sabe que no existe. Haber llevado a su término un análisis no es más que haber encontrado ese límite en el que se plantea toda la problemática del deseo. (Lacan, 1959-1960/1988, p. 357)

Nos queda a nosotros pendiente la pregunta de si Freud al momento de atender al “Hombre de los lobos” estaba suficientemente advertido.

Conclusiones

Consideramos que el historial del Hombre de los lobos resulta fundamental para entender los problemas que condujeron a Freud a postular poco tiempo después su “Más allá del principio de placer” (1920/1998). Destacamos la importancia del sueño de los lobos en el historial como antecedente fundamental para aislar la función del despertar angustiado posteriormente retomada en el análisis de los sueños de las neurosis traumáticas. Se trata de un sueño de angustia que despierta al sujeto ante la emergencia sin velo del objeto escópico, la mirada, como objeto pulsional separado de toda posibilidad de elaboración simbólica. Asimismo, los restos no tramitables en la transferencia se hacen patentes en el caso a punto tal de condicionar un reanálisis en 1918 y el surgimiento de un episodio delirante en 1926.

La tesis de un régimen no susceptible de ligazón para la pulsión es completamente coherente con la presencia inmodificable constatada en el análisis del caso de aquel componente constitucional arcaico que lo tiñe, desde una diversidad y fragmentación de sus fijaciones, de una inercia única y se contrapone a los intentos de introducir inversiones dialécticas en la cura por medio de una repetición “dócil y apática”. No por nada terminará años después afirmando que los casos en los que predomina el factor constitucional por sobre el traumático son los de peor pronóstico. Más allá de todo esfuerzo de rememoración, este elemento empuja a la elaboración de construcciones por parte del analista que culminan en la famosa escena primordial.

Pero por otro lado, la ineludible voluntad freudiana de obtener un domeñamiento (*Bändigung*) de las pulsiones (Cf. Freud, 1937b/2000, p. 227) lo empuja en este caso a una caída del principio de abstinencia. En lugar de tomar distancia de los ideales curativos y priorizar el relanzamiento de la singularidad del deseo queda colocado en la transferencia – incluso en contra de sus propias advertencias éticas- como un padre o un educador que pretende regular plenamente la satisfacción. La construcción de la escena primordial funcionó en este punto como un forzamiento en la cura y el analista queda ubicado allí como un sugestionador (Cf. Delgado & Irrazábal, 2011, p. 40). Este manejo de la transferencia por parte de un Freud que se erige por momentos como amo de la verdad no puede soslayarse a la hora de estudiar los resortes que dieron lugar al surgimiento de la reacción terapéutica negativa y a su mantenimiento en este caso.

En consecuencia, coincidimos con Sauvagnat cuando afirma respecto de la reacción terapéutica negativa que,

(...) ante todo hay que apreciar el señalamiento de una causalidad que no se sitúa, a decir verdad, ni del lado del paciente ni del lado del analista, sino más bien en una ectopia respecto a la cual lo más apreciable en Freud es quizá la limpieza con que ha expuesto los problemas terapéuticos que han justificado tal formulación. (2004, p. 304)

El problema de la satisfacción pulsional y la posición ética que asuma el analista en el manejo de la transferencia permanecerán como puntos de discusión internos dentro del campo psicoanalítico. Diversas corrientes postfreudianas (norteamericana, inglesa y francesa) se enfrentarán a la hora de proponer estrategias que permitan salir de este atolladero. Anunciamos simplemente que a fines de los años '50, Jacques Lacan propondrá la categoría de “deseo del analista” (Cf. 1958/2009, p. 586) como un operador capaz de articularlos y renovar así los fundamentos de los progresos en la cura.

Referencias

Delgado, O. L., & Irrazábal, E. (2011). Reacción terapéutica negativa: caída de la regla de abstinencia. *Anuario de Investigaciones*, XVIII, pp.39-42. ISSN: 0329-5885.

- Freud, S. (1897). Carta 79. *Obras completas de Sigmund Freud, Tomo I* (pp. 314-315). Amorrortu, 1992.
- Freud, S. (1911). Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico. *Obras completas de Sigmund Freud, Tomo XI*, (pp. 217-232) Amorrortu, 2000.
- Freud, S. (1912). Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico. *Obras completas de Sigmund Freud, Tomo XI* (pp. 107-120), Amorrortu, 2000.
- Freud, S. (1918 [1914]). De la historia de una neurosis infantil. *Obras completas de Sigmund Freud, Tomo XVII*. Amorrortu, 1992.
- Freud, S. (1919 [1918]). Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica. *Obras completas de Sigmund Freud, Tomo XVII* (pp. 151-164) Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- Freud, S. (1920) Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina. *Obras completas de Sigmund Freud, Tomo XVIII* (pp. 137-164). Amorrortu, 1998.
- Freud, S. (1923). El yo y el ello. *Obras completas de Sigmund Freud, Tomo XIX* (pp. 1-66). Amorrortu, 1998.
- Freud, S. (1926 [1925]). Inhibición, síntoma y Angustia. *Obras completas de Sigmund Freud, Tomo XX* (pp. 61-164). Amorrortu, 1992.
- Freud, S. (1937a). Construcciones en el análisis. *Obras completas de Sigmund Freud, Tomo XXIII* (pp. 255-270). Amorrortu, 2000.
- Freud, S. (1937b). Análisis terminable e interminable. *Obras completas de Sigmund Freud, Tomo XXIII* (pp. 211-270). Amorrortu, 2000.
- Lacan, J. (1958). La dirección de la cura y los principios de su poder. *Escritos 2* (pp. 559-611). Siglo XXI, 2009.
- Lacan, J. (1959-1960). *El Seminario, libro 7: La ética del psicoanálisis*. Paidós, 1988.
- Lacan, J. (1974). Televisión. *Otros escritos* (pp. 535-572). Paidós, 2012.
- Obholzer, K. (1980). *Conversaciones con el Hombre de los Lobos* (traducción de Pablo Arias). Nueva Visión, 1996.
- Pankejeff, S. (1952). Mis recuerdos de Sigmund Freud. En M. Gardiner (Comp.) *El Hombre de los Lobos por el Hombre de los Lobos* (traducción de Marta Guastavino) (pp. 159-177). Nueva Visión, 1983.
- Álvarez, J.M., Esteban, R., & Sauvagnat, F. (2004). *Fundamentos de psicopatología psicoanalítica*. Síntesis.

SEGUNDA PARTE

Otras lecturas

CAPÍTULO 8

La formulación del ello: De Georg Groddeck a Sigmund Freud

Camila Garritano y Rocío Mayorga

Es muy difícil ejercer el psicoanálisis en calidad de solitario; pues se trata de una empresa exquisitamente comunitaria. Y en cualquier caso sería mucho mejor que todos rugiéramos o aulláramos a coro y en armonía, en lugar de que cada cual se limite a gruñir en su rincón.

Freud, *Correspondencia S. Freud- G. Groddeck*.

Introducción

En el presente capítulo nos proponemos destacar la noción introducida por Freud en 1923 como "ello" para designar a una instancia del aparato psíquico a partir de la cual subvertir la formulación misma de inconsciente. En esta ocasión se pondrá el acento en aquello que Freud explicita en "El yo y el ello" (1923/1998) como un reconocimiento al aporte de Georg Groddeck a la conceptualización del mismo. En este sentido, la opacidad de este agradecimiento y el lugar que Groddeck encontró en el campo del psicoanálisis, nos interrogó y nos condujo a establecer sendas relaciones entre ambos autores.

En este punto nos preguntamos ¿cuál es el estatuto del ello en Groddeck y qué líneas de investigación se producen a partir de situar el concepto en su campo de trabajo?, ¿se trata del mismo ello en Groddeck y en Freud a la altura del texto de 1923?

Por nuestra parte, se procura abrir una referencia que parece verse comprimida en el ejercicio de la trasmisión del Programa de Teoría Psicoanalítica, cuando a partir de la tercera parte, *Paradojas del orden*, se pretende retomar en una torsión la primera tópica freudiana. Es decir, aquello que se desprende en el "primer ordenamiento metapsicológico", que en la asignatura se aborda vía "La Interpretación de los sueños" (1900/1992) a partir del capítulo VII *Sobre la Psicología de los procesos oníricos*. Por otro lado, recuperar la hiancia que instaura el intento de *subordinar las pulsiones al Yo* con el texto "Introducción del Narcisismo" (1914a/1992), que asesta el primer gran golpe a lo que se presenta como primer dualismo pulsional.

En el presente capítulo se abordará en primera instancia la formulación del ello por parte de Freud y seguido de ella, el planteo original de Groddeck. Posteriormente nos detendremos en una verdadera interlocución entre ambos autores, retomando su correspondencia, que permitirá

relevar puntos de convergencia y divergencia entre sus conceptualizaciones del ello. Hacia el final se hará lugar a una conjetura en torno a la posición de Groddeck con respecto al padre del psicoanálisis, destacando ciertas particularidades.

El ello de Freud

De acuerdo a lo que es posible reseñar, Freud presenta por primera vez la noción de ello (*das Es*) en 1923, en una obra fundamental a la que deliberadamente titula “El yo y el ello”. Allí forja una novedosa conceptualización del aparato psíquico, a raíz de contemplar los nuevos hallazgos clínicos publicados en 1920, y que luego será popularizada como la segunda tópica freudiana. Las instancias psíquicas quedarán definidas como yo, ello y superyó, donde la segunda de estas cobrará un lugar preponderante a la luz de las revisiones teóricas del concepto de inconsciente, al que fundamentalmente Freud entendía mancomunado a lo reprimido.

Sin embargo, como es usual en Freud, es posible trazar todo un itinerario teórico precedente en relación al origen de estas ideas, en apariencia disruptivas. En lo que respecta a la noción de ello, Freud parece poder saldar ciertos escotomas con los que se encontró en los caminos de la formulación del inconsciente, asentado recién hacia 1900. Esta nueva terminología, le permitiría en principio clarificar y reemplazar ciertos usos problemáticos de las expresiones del mismo, ya que esas inconsistencias cobran mayor fuerza e incomodidad a partir de los desarrollos publicados en el “Más allá del principio de placer” (1920/1992). Allí, al sostener que “sin duda también en el interior del yo, es mucho lo inconsciente” (p. 19), pone a trastabillar la idoneidad de la nominación “inconsciente” para la designación de un sistema, siguiendo el modelo estructural del aparato psíquico. Lo inconsciente parecería traspasar las fronteras de su localización tópica, tanto en su aspecto descriptivo como dinámico. Este dilema terminaría axiológicamente formulado como: “todo reprimido es inconsciente, pero no todo lo inconsciente es, por serlo, reprimido” (1923/1998, p. 19), para finalmente postular la existencia de un inconsciente más abarcativo. En este escenario se asienta la formulación del ello, aunque también, terminológicamente hablando, parece tener una larga historia.

Freud manifiesta haber tomado la noción de ello de Georg Groddeck, a quien cita en su escrito y con quien sostuvo durante un importante período, un fructífero intercambio epistolar en relación a dicha temática. Lo interesante, tal como el título de 1923 lo anticipa, es que Freud presenta al ello como una instancia para su reestructuración topodinámica, y en consecuencia lo precisa con relación al yo y al superyó. De esta manera comienza a delimitarlo en articulación y por oposición a las mismas. Sostiene que al comienzo el individuo es sólo ello, y en efecto el Yo aparece como la proyección de una superficie, parte alterada del ello por la influencia directa del mundo exterior, aunque finalmente no quedarían tajantemente separados. De esta manera los mismos guardan una relación estrecha, en la cual “el yo es el representante de lo que puede llamarse razón y prudencia, en oposición al ello que contiene las pasiones” (Freud, 1923/1998, p.27), siendo este último el reservorio fundamental de las pulsiones de vida y de muerte. Esta articulación se

materializa con el símil del jinete que Freud toma para ilustrar la interdependencia entre ambos, donde el ello queda ubicado como la fuerza que proviene del caballo, y el Yo como el jinete que cree conducirlo. En este marco, Freud sentencia en algún sentido, que “el psicoanálisis es un instrumento destinado a posibilitar al yo la conquista progresiva del ello” (1923/1998, p. 56). A su vez, Freud también señala su vínculo con el superyó; descriptivamente dirá que este último hunde sus raíces en el ello y de allí que adquiriera la capacidad de erigirse como representante del mismo, prestando severidad ante el yo.

El ello de Groddeck

Georg Groddeck (1866-1934) fue un médico alemán, actualmente conocido como el padre de la medicina psicosomática. Al igual que Freud, se mostró muy crítico con la medicina hegemónica de su época y buscó diferenciarse a partir de diversos abordajes y concepciones de la cura. De esta manera montó su propio sanatorio de Baden-Baden, considerando que los trastornos orgánicos tenían determinación psíquica, y en el marco de esta investigación tomó noticia de la obra freudiana. Al inicio Groddeck también se manifestó crítico y distante del psicoanálisis, incluso llegó a autodenominarse como “psicoanalista salvaje” o “hereje”, siguiendo la tradición de su propio padre en el campo de la medicina, mostrándose reacio a los requisitos de formación y participación en instituciones psicoanalíticas. En este aspecto, Groddeck era un “lúdico provocador” (Meraz Arriola, 2009) que no se privaba de declaraciones polémicas que irritaban y escandalizaban a los clásicos adeptos al psicoanálisis.

Pese a esto, lo curioso es que Freud siempre lo nombró y defendió como un genuino analista. Si bien se conocieron personalmente en el congreso de La Haya de 1920, mantuvieron un sostenido intercambio por correspondencia entre 1917 y 1934. Según Jones (1998): “Groddeck fue un hombre que siempre atrajo a Freud a pesar de, o quizás en parte, por sus extravagancias” (p. 189). Sin embargo, su obra no alcanzó gran difusión al interior del campo psicoanalítico.

Si bien se retomará la interlocución entre Freud y Groddeck en nuestro siguiente apartado, quisiéramos dejar indicado que la delimitación o sus consideraciones sobre el ello son anteriores a las incidencias de la transferencia que se instala con Sigmund Freud, de quien Groddeck finalmente se nombrará discípulo.

El *Libro del Ello* de 1923 será el eje de referencia para abordar lo que para el médico alemán representa su noción de Ello. El libro al que nos referimos es la culminación del uso pragmático que realiza del Ello años antes, donde consideraba al mismo presente en cada afección somática de los enfermos a los que dedicadamente atendía en su sanatorio.

La lectura del libro sobre el Ello de Groddeck requiere una incursión en su estilo, su prosa y su propuesta “extravagante”, puesto que está marcado por el ritmo de sus asociaciones y conceptualización del simbolismo. La pasión por interpretar asociativamente es declarada por el autor al momento de impregnar de experiencias de su práctica una articulación que marca el compás de sus propias vivencias y relatos desenfadadamente autorreferenciales. Subirats (1977)

sostiene que: “el pensamiento de Groddeck carece de fuerza y de densidad teórica. Su aportación se agotó en insinuaciones y sugerencias que de algún modo parecían estar condenadas al silencio” (p. 15), y que en este sentido, su presencia en el seno del movimiento psicoanalítico reúne todas las características de una rareza. En sus escritos Groddeck expresa con vaguedad formulaciones abiertas y por momentos ilusorias. Él mismo, lejos de disentir de dichas apreciaciones, anticipa que “lo que suena razonable, o no demasiado extraño, procede del profesor Freud de Viena, y de sus colaboradores; *lo demencial, eso lo considero yo como mi patrimonio espiritual*” (Groddeck, 1923/1981, p. 53). Respecto a este, veremos que Freud en la correspondencia, ha de elevar las consideraciones groddeckianas a la talla de las hazañas de Don Quijote. En la carta del 08/02/1920 Freud responde a la lectura de una de sus novelas manifestando: “En un aspecto me parece observar una semejanza con el modelo inmortal de toda novela humorística, el Don Quijote (...) Sin embargo, usted debe intentar que se publique. Creaciones bien peores se han publicado bajo el signo del análisis” (en Freud & Groddeck, 1977, p.50).

A partir de colegir el uso que el texto permite apreciar de nociones tales como transferencia, inconsciente, complejo de Edipo, castración, es posible advertir un modo de aplicar la singular redefinición a la que estos términos son sometidos en su pluma.

En lo que concierne a la formulación del Ello, el autor lo presenta en principio como una potencia pre y transubjetiva, un impersonal sin nombre de carácter soberano, independiente y omnipotente. En este aspecto, lejos de plantear una articulación entre instancias al modo freudiano, “destruye la constitución soberana del Yo en la medida en que le despoja de todos sus derechos” (Subirats, 1977, p. 16). Al afirmar que “somos vividos por el Ello mientras pensamos que vivimos”, sostiene un encorsetamiento del yo, casi al punto del aniquilamiento del sujeto. Para Groddeck el yo es enteramente pasivo, nada puede hacer contra la fuerza del Ello, que lo rebasa e inunda dejándolo inerte. Subirats sostiene que del pensamiento de Groddeck se puede extraer la idea de que “el ello celebra, pues, la muerte del sujeto trascendental y a su vez se nos anuncia como posibilidad abierta de un nuevo viaje utópico” (1977, p. 27), influenciado por la filosofía nietzscheana y las ideas de Spinoza.

De este modo, el concepto de Ello en Groddeck, se presenta de manera ilimitada, como fuerza que todo lo engendra y todo lo decide. Su conceptualización surge en el marco de sus formulaciones a los fines de subvertir la dicotomía soma-psyque, y en pos de sostener que cualquier afección orgánica, era una genuina manifestación del Ello.

En palabras de Groddeck:

La distinción entre un cuerpo y alma constituyen una cosa, común, que en ellos se encierra un Ello (...) desde un principio he rechazado la separación entre dolencias corporales y anímicas, he tratado al hombre individual en sí, y al Ello que hay en él, he intentado, en fin, hallar un camino que conduzca a lo intransitado e intransitable. (en Freud & Groddeck, 1977, p. 33)

Es dable recordar que el interés sobre la publicación del libro no es un hallazgo en la tradición de la historia del psicoanálisis. Se han abordado los aportes de Georg Groddeck a la medicina y

sus intereses en lo relativo a la reunión de las neurosis con lo orgánico en lo que podría llamarse una tarea verdaderamente “holística”.

Recordaremos que para este capítulo el interés se halla en analizar la profusa relación epistolar que mantuvo con Sigmund Freud desde 1917 hasta su muerte, en 1934.

La interlocución Groddeck-Freud. ¿Fragmento de un análisis?

La correspondencia entre Sigmund Freud y Georg Groddeck comenzó en 1917 y se sostuvo hasta marzo de 1934, meses antes de la muerte de este último. Desde el comienzo del intercambio que mantuvieron estos dos médicos, es posible atender a cierta disposición de Groddeck a analizar sus pasiones, sus rasgos y sus consideraciones acerca de la ciencia, la práctica médica y el psicoanálisis. La modalidad franca y desenfadada que adopta Groddeck parece captar la atención del vienés, quien cortésmente aloja su aspiración a inscribir sus trabajos como “colaboraciones” para la investigación psicoanalítica. Sin embargo, también es cierto que a menudo Freud manifiesta que Groddeck exagera, y en más de una ocasión lo insta a regresar al “camino correcto”. De modo que podemos sostener que, a lo largo de este extenso intercambio, se presentan tanto muestras de admiración, confianza y entendimiento, como críticas sin tapujos, discusiones iracundas y posiciones que por momentos parecieran ser inconmensurables.

Para comenzar esta travesía situaremos algunos pasajes de la primera carta que le escribió Groddeck a Freud, fechada el 27 de mayo de 1917:

Como a lo largo de toda mi vida y pese a mis experiencias contrariadas me había atenido a la fantasía desiderativa de ser creador, me resistí a reconocer que también en esta ocasión solo había asumido y desarrollado de una manera misteriosa ideas ajenas. Una cierta envidia premonitoria me condujo en 1912, a mi ataque. (en Freud & Groddeck, 1977, p. 32)

Con ese “ataque” el autor se refiere a una crítica que formuló sobre el psicoanálisis y que publicó en un libro en 1912. Por la cual, comienza disculpándose con Freud al inicio de esta carta, excusándose de que ese “error imperdonable” fue debido al desconocimiento, pero que luego bien podría hablarse de su conversión hacia el psicoanálisis. De esta manera, le agradece a Freud por sus aportes y reconoce que esa inicial enemistad unilateral, se forjó a partir de la desilusión que le causó encontrar varias de sus ideas inéditas, publicadas y formuladas con anterioridad por alguien más, a quien se le atribuía el título del creador del psicoanálisis. En consecuencia, más adelante en la misma carta, le consulta a Freud lo siguiente:

Tras la lectura de la Contribución a la historia del psicoanálisis se me ha apoderado la duda de si debo contarme entre los psicoanalistas su definición. No desearía considerarme como partidario de un movimiento si por ello he de correr el riesgo de ser rechazado por su cabeza como un intruso que no

pertenece a él, de ahí que le ruegue a usted que preste unos minutos más de atención a mi carta. (p. 33)

Es en este punto que despliega una concepción de corte monista sobre el cuerpo y el alma, introduciendo la noción de Ello:

El cuerpo y el alma constituyen una cosa común, que en ellos se encierra un Ello, una fuerza por la que somos vividos mientras creemos que somos nosotros quienes vivimos.

Desde un principio he rechazado la separación entre dolencias corporales y anímicas, he tratado de tratar al hombre individual en sí, y al Ello que hay en él, he intentado, en fin, hallar un camino que conduzca a lo intransitado e intransitable. Soy consciente de que por lo menos me acercaba fuertemente a los límites de lo místico y que acaso ya me desenvuelvo en su mismo seno. A pesar de todo, los simples hechos me obligan a seguir este camino. (p. 34)

Este fragmento, que es parte del primer acercamiento a Freud, rasga el modo en que Groddeck se posicionó a lo largo del intercambio que mantuvieron por tanto tiempo. Veremos que frente a las aseveraciones acerca de la transferencia, la resistencia y el concepto de inconsciente, la respuesta de Freud dista mucho de la que detenta en “Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico” (1914b/1992), escrito en el que se lo ve abrazar doctrinalmente su lugar de fundador del psicoanálisis. Es dable también resaltar que ya a esta altura, Groddeck menciona y pone en agenda la noción del Ello, eje sustancial que marcará, en gran medida, la continuidad del intercambio.

Desde esa perspectiva, son modestas las condiciones que Freud le traslada a Groddeck, para nombrarlo en las filas de los psicoanalistas. Sin embargo, como respuesta a esta carta inicial, el padre del psicoanálisis manifiesta:

Hace mucho que no he recibido una carta que me haya alegrado e interesado tanto, y que me haya movido a sustituir en mi respuesta la común cordialidad debida a toda persona extraña, por una sinceridad analítica (...) tengo que afirmar que *usted es un espléndido psicoanalista que ha comprendido plenamente el núcleo en cuestión.* (en Freud & Groddeck, 1977, p. 37, cursivas agregadas)

Respecto de la primera teorización sobre el Ello que propone Groddeck, Freud la considera *a priori* como un sinónimo del inconsciente, de esta manera a la altura de 1917 le anuncia que: “Que al icc lo llame Ello no es objeto de menor discrepancia. Permítame usted indicarle que no es preciso ampliar el concepto de icc para abarcar sus experiencias relativas a afecciones orgánicas” (p. 38). Pese a que como vimos, años más tarde será él mismo quien apele a la ampliación del concepto de inconsciente, tendiendo puentes con la novedosa noción del Ello.

Sin embargo, Freud también advierte desde el inicio algunas discrepancias con el planteo groddeckiano, y le expresa la preocupación de que, emparentado con la filosofía, tenga la

inclinación monística de menospreciar las bellas diferencias de la naturaleza en aras de la seductora unidad, de este modo reflexiona: ¿Acaso con ellas nos libramos de las diferencias? (en Freud & Groddeck, 1977, p. 39). Finalmente, pese a reconocer un claro disenso en la postura que se mantiene sobre la relación entre lo físico y lo anímico, lo anima a que publique en la revista *Imago*, considerando que sus aportes pueden ayudar e incluso enriquecer la labor psicoanalítica.

Hasta aquí, los primeros intercambios muestran lo que a lo largo de los años de relación epistolar cada uno sostendrá diferentes concepciones del inconsciente, de la ciencia, y del psicoanálisis. Freud se interesa por Groddeck pero en calidad de “colaborador” del psicoanálisis. Parece entender que su aporte siempre estará ubicado en un sentido perpendicular a las fundamentaciones psicoanalíticas.

En lo que sigue, decidimos mantener la cronología de la correspondencia, para hacer visibles los encuentros y desencuentros de los autores respecto de la teorización del ello, y apreciar el movimiento natural del devenir del intercambio.

Hacia 1921, Freud parece ubicar a Groddeck en un lugar de interlocutor en lo que respecta la teorización del ello y le escribe:

Hablando de cuestiones más serias: comprendo perfectamente que a ud no le baste el Ic y considere imprescindible el Ello. A mí me sucede lo mismo, solo que tengo un talento especial para conformarme con lo fragmentario. Pues el inconsciente no es sino algo fenoménico, una indicación a falta de un conocimiento mejor (...) Con esto, sin embargo, tampoco se resuelve la dificultad. En sus profundidades, el Yo es profundamente inconsciente y confluye con el núcleo de lo repimido. La representación más acertada parece ser, pues, que las articulaciones y separaciones observadas por nosotros no son válidas en sentido relativamente superficial, pero no en lo profundo, para lo cual su Ello sería el término apropiado. (en Freud & Groddeck, 1977, p. 66)

En la misma adjunta un gráfico del esquema que presentará en “El yo y ello”. En esta formulación Freud pareciera anticipar gran parte de lo que sostendrá públicamente en 1923.

En la correspondencia de 1922 podemos apreciar, que luego de todo un intercambio donde Freud acentúa su intención de conmovir la posición autorreferencial de Groddeck, puntuando su extralimitación e invitándolo a la reflexión constante finalmente le replica sin reserva lo siguiente:

Mis divergencias críticas con respecto a ud ya se pusieron de manifiesto al comienzo de nuestra correspondencia. Que no comparto su panpsiquismo, que se extrapola casi hasta el misticismo, sino que por el contrario antes me diría partidario del agnosticismo; que considero que usted despreció demasiado pronto la razón y la ciencia. (en Freud & Groddeck, 1977, p. 84)

De esta forma, por primera vez se lo ve a Freud distanciarse sin cautela de las producciones de Groddeck, la palabra misticismo se repite incesantemente en diversas cartas y la insinuación de la influencia filosófica, de igual modo.

Para 1923, año de publicación de las dos obras centrales de ambos respecto del Ello, ambos intercambian sus felicitaciones y Groddeck agradece a Freud que le hiciera llegar su escrito y que como “padrino de la denominación” (*sic*) se permitirá decir algunas palabras. Para ello utiliza una alegoría:

Yo aparezco como un arado, y usted como un campesino que lo utiliza, para sus propios fines. En una cosa estamos de acuerdo, en remover la tierra. Pero usted quiere sembrar y acaso, sí Dios y el mundo lo permiten, cosechar. El arado sólo quiere remover la tierra y soslayar las piedras que pudieran mellar el filo (...). Se da cuenta también de que el campesino observa atentamente la fértil tierra del Ello que lo rodea. (en Freud & Groddeck, 1977, p. 94)

Con esta alegoría el mismo Groddeck parece reconocer el uso disímil que ambos hicieron del Ello, y respecto de la producción freudiana, manifiesta reconocerse sólo un instrumento.

Resulta interesante señalar que la publicación de los escritos sobre el Ello no puso fin al intercambio y los debates sobre el mismo. Es así que en 1925 Freud vuelve a sentenciar:

Todo lo que provenga de ud me interesa, aun cuando no esté de acuerdo en los detalles. *En su Ello no reconozco como es natural a mi Ello, civilizado, burgués, despojado de misticismo.* Sin embargo, como sabe el mío deriva del suyo. (en Freud & Groddeck, 1977, p. 112, cursivas agregadas)

En esta carta, una vez más Freud reconoce haber adoptado el término ello de Groddeck, si bien lo ha sujeto a profundas modificaciones en las cuales incluso pareciera oponerse a la idea original de su colega.

Tal es así que, para 1927 Freud es más lapidario al sostener que: “Por lo demás me alegra ver que su capacidad figurativa en plena acción después de que usted, en su mitología del Ello, hubiera caído en la disolución de todas las diferencias y en una monotonía insatisfactoria” (p. 116). Con la valoración “mitología del Ello” parece menospreciar las ideas de Groddeck, el cual le responde:

Sé que el *Libro del Ello* no le ha gustado. Lo que nunca he comprendido es por qué lo ha metido en un mismo saco que los libros de Stekel. La expresión “mitología del Ello” no me dice nada, lo mismo puedo considerarla como un halago, que como una réplica. (en Freud & Groddeck, 1977, p. 117)

De igual modo objeta que la monotonía que Freud le señala en su mitología del Ello, es la misma que él encuentra en las producciones psicoanalíticas de los últimos años.

Finalmente, lo reprende por nunca haberse manifestado respecto de la aplicación del psicoanálisis a lo orgánico.

Habiendo situado los fragmentos de solo algunas de las cartas que se intercambiaran Georg Groddeck y Sigmund Freud en el periodo mencionado (1917-1934) nos interesa subrayar lo peculiar de esta relación.

Resulta llamativa la insistencia y lo profuso de las cartas que Groddeck le dirige a Freud. En este sentido, vemos que llega a solicitarle que lo visite en su sanatorio de Baden-Baden junto a su hija Anna en reiteradas ocasiones.

La asimetría entre ambos podría entenderse como la de un discípulo con su maestro, aunque es central recordar que Georg Groddeck es un discípulo que no lee a su maestro por lo que la dimensión de autoridad intelectual que le declara parece estar vinculada a una dimensión transferencial imaginaria. Sus reclamos parecen estar circunscriptos a la atención de Freud entre sus seguidores, aún cuando Groddeck no siguiera la producción de la obra de Freud.

Sin embargo, el interés de Freud por leer a Groddeck lo inviste de una verdadera “sinceridad analítica” que es atractiva y podría explicar lo extendida de esta relación.

¿De qué naturaleza es esta atención que el padre del psicoanálisis le prodiga? Como se menciona más arriba, el estatuto de “colaborador” del psicoanálisis contrasta con el coloquio sobre asuntos estrictamente conceptuales.

Comentarios finales

Retomando los interrogantes iniciales, podemos concluir que el estatuto del Ello en Groddeck es totalizante y universal. Con el mismo, el autor apela a nominar impersonalmente a una fuerza que todo lo engendra y, por ende, que da fundamento a todo orden tanto psíquico o somático, recordando su concepción monista. Su conceptualización teórica roza los bordes de la filosofía y, retomando a Freud, del misticismo.

A partir de lo recorrido podemos sostener que el ello de Freud y el Ello que postula Groddeck no son conceptos equivalentes y por tanto sólo tienen en común el nombre. Si bien sobre esta nominación converge el interés de cada uno, Freud toma la designación (de ahí el reconocimiento) pero la reformula, restringiendo su conceptualización, a tal punto que ambas nociones parecen excluirse entre sí. Mientras que el ello de Freud es una de las instancias de la nueva tópica y su valor reside en la relación dinámica con las otras, el Ello de Groddeck es más amplio y parece operar solitariamente a partir de su omnipotencia.

Sin embargo, también es dable destacar la inspiración que Freud encuentra en tal nominación, para ampliar y complejizar la noción de inconsciente. Es lícito conjeturar que a raíz de algunos interrogantes y postulados de Groddeck, Freud haya podido dar forma y ampliar su teoría.

Finalmente resulta oportuno señalar que el hallazgo de la correspondencia de Freud con Groddeck testimonia una vez más el intercambio que el padre del psicoanálisis mantuvo con distintas figuras de su época, con la intención de debatir ideas, someter a juicio sus indagaciones

y llevar a cabo una práctica investigativa situada y con otros. Tal como lo señala el fragmento que elegimos como epígrafe de este capítulo, retomando la correspondencia entre los autores trabajados: “Es muy difícil ejercer el psicoanálisis en calidad de solitario; pues se trata de una empresa exquisitamente comunitaria” (en Freud & Groddeck, 1977, p.118).

Referencias

- Freud, S. (1900). La interpretación de los sueños (segunda parte). *Obras completas de Sigmund Freud, Tomo V* (pp. 345-612). Amorrortu, 1992.
- Freud, S. (1914a). Introducción del narcisismo. *Obras completas de Sigmund Freud, Tomo XIV* (pp. 65-104). Amorrortu, 1992.
- Freud, S. (1914b). Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. *Obras completas de Sigmund Freud, Tomo XIV* (pp. 1-64). Amorrortu, 1992.
- Freud, S. (1920). Más Allá del Principio del Placer. *Obras completas de Sigmund Freud, Tomo XVIII* (pp. 1-62). Amorrortu, 1992.
- Freud, S. (1923). El yo y el ello. *Obras completas de Sigmund Freud, Tomo XIX* (pp. 1-66). Amorrortu, 1998.
- Freud, S. & Groddeck, G. (1977). *Sigmund Freud, Georg Groddeck. Correspondencia (1917-1934)*. Anagrama.
- Groddeck, G. (1923). *El libro del Ello. Cartas psicoanalíticas a una amiga*. Taurus, 1981.
- Jones, E. (1998). *Vida y Obra de Sigmund Freud - Tomo III*. Anagrama.
- Meraz Arriola, G. (20 de septiembre de 2009). El Libro del Ello, de Georg Groddeck. *La biblioteca del psicoanalista y su escritorio*. <http://bibliotecadelpsicoanalista.blogspot.com/2009/09/entre-los-psicoanalistas-georg-groddeck.html>
- Murillo, M. (2014). Georg Groddeck transferencia y resistencia en psicoanálisis. *Revista Universitaria de Psicoanálisis*, 14, 215-231. <https://www.academica.org/manuelmurillo/25>
- Subirats, E. (1977). Prólogo. *Sigmund Freud, Georg Groddeck. Correspondencia (1917-1934)*. Anagrama.

CAPÍTULO 9

La transmisión del psicoanálisis en la universidad

Amalia de la Merced Passerini

Dificultades de la transmisión

Apostar a la transmisión del psicoanálisis en la universidad es en cierta medida sostener la posición freudiana de no retroceder ante el obstáculo, posición que permite calificar al psicoanálisis como una “práctica de la dificultad” (Baños & Steinberg, 2012). Sin dudas suponer una introducción al discurso del psicoanálisis en el escenario de la institución universitaria, presenta toda una serie de dificultades.

Como punto de partida es posible mencionar, la ruptura epistemológica con el *buen sentido*. Será necesario desandar conceptos del sentido común, pero también enfrentar la vulgarización de los términos psicoanalíticos derivada de su uso extendido en nuestro país. Todo ello representa un indiscutible obstáculo epistemológico (Bachelard, 1974). En su biografía de Freud, Jones afirma que las concepciones de la teoría psicoanalítica, “penetraron en el pensamiento popular, aunque con frecuencia de forma grosera y a veces falseada” (Jones, 1953/1970, p. 5). En Argentina, quien se acerca por primera vez a la lectura de la obra freudiana, probablemente haya escuchado antes algunas nociones y tenga ciertas ideas sobre el psicoanálisis. Es que el psicoanálisis no solo se ha desarrollado en nuestro país como una práctica del ámbito clínico, sino que ha llegado a ser un elemento cultural de inmensa penetración.

Otra dificultad que enfrentamos a la hora de comenzar nuestra tarea con los estudiantes radica en el lugar especial del saber ligado a la definición de inconsciente. Desde los comienzos Freud planteó que debía vencer en sus pacientes las resistencias de asociación, porque allí, en esa ignorancia, se ocultaba un saber. Ya se avizoraba la paradójica definición de inconsciente como *saber no sabido*.

Claramente, en el marco del discurso universitario, donde se espera la transmisión de las ideas de la ciencia, es todo un problema un planteo de este tipo. Esto trae como consecuencia una tensión difícil de sostener y cierta incomodidad para quienes encarnen el lugar de docentes. El psicoanálisis, entra sin dudas en tensión con la lógica de la institución universitaria con sus ciclos, plazos y exámenes, sin embargo, en los recodos de las aulas de la universidad puede encontrar de algún modo su lugar, en los límites. Como expresara Carlos Escars en una entrevista

(...) no le hace bien al psicoanálisis, digamos, ser la palabra oficial de la Facultad. Me parece que la palabra oficial de la Facultad tiene que ser otra, y el psicoanálisis debe estar allí molestando, digamos. Sin saber muy bien dónde ubicarlo, pero como en cierta tensión en relación con el discurso oficial. (en Azcona y Soria, 2015, p. 106).

Ahora bien, esto no significa que no sea posible hacer un *trabajo de lectura* que aborde el edificio teórico del psicoanálisis con sus nociones fundamentales y sus giros conceptuales. Tal vez sea útil la distinción entre el *saber textual* del inconsciente, con el que se trabaja en el dispositivo analítico y el *saber referencial*, que permite poner en juego categorías teóricas de análisis (Passerini, 2018). El primero se refiere a aquello a lo que se espera acceder, vía interpretación, en el marco del dispositivo analítico y el segundo, justamente al edificio teórico, al andamiaje de nociones que lo sostienen. Nuestra propuesta de lectura se orienta hacia el saber referencial, aunque ¿podría evocarse también algo de la textualidad del inconsciente?

Si exploramos por una parte la idea del alumno como *lector supuesto*, a quien se dirige el Programa, y por otra nuestro lugar como docentes, se hace necesario aclarar que lo que llamamos Planificación de la enseñanza, no garantiza que se produzca algo de la transmisión del psicoanálisis. La enseñanza se planifica y a partir de ello pretendemos hacer lugar a una transmisión que podría acontecer. Se trata de una posición puesta en juego. La posición del docente, al dar una clase, al responder una pregunta o incluso al escribir, puede ir desde la vertiente más imaginaria del sentido, que convoca fascinación y lleva al prestigio personal, hasta otra que apunte a bordear, a insinuar, a evocar algo que se podría pensar como transmisión (Paola, 2020). El horizonte de nuestro trabajo apunta a esta segunda posición. Desde allí, insistimos, la transmisión podrá darse o no, es un excedente. Un camino para ello, es sostener la lógica del no todo desde el lugar de enseñantes. En psicoanálisis no todo podrá ser explicado o comprendido.

Replicar el gesto de descubrimiento

Podría decirse que apostamos a replicar en la enseñanza el *gesto de descubrimiento* efectuado por el fundador del psicoanálisis (Assoun, 2006), con sus impasses y retroacciones, con sus pasos fecundos y sus resistencias. Recuperar la vigencia e incluso la novedad de la letra freudiana en tanto letra viva. Allí reside nuestra apuesta.

La figura de Freud como un conquistador¹², topándose con obstáculos clínicos y esforzándose por teorizarlos, podría situarse como un hilo que une los pasos en la propuesta de

¹² La figura de Freud como conquistador está presente en la carta del 1° de febrero 1900 dirigida a Fliess, en la que se define del siguiente modo "no soy ni un hombre de ciencia, ni un observador, ni un experimentador, ni un pensador. Soy nada más que un temperamento de conquistador, un aventurero, si lo quieres traducido, con la curiosidad, la osadía y la tenacidad de un tal" (en Caparrós, 1997, p. 430).

lectura de la obra. Esto nos lleva a aquella definición lacaniana que dice que el analista debe ser *al menos dos*, uno para causar efectos y otro que a esos efectos los teoriza (Lacan, 1974-1975 s/f). En este sentido, ubicamos una nueva dificultad. Es que el término “teoría” que forma parte de “Teoría Psicoanalítica”, nombre de nuestra asignatura, resulta problemático. El psicoanálisis no encaja en la definición de una teoría como es el caso de las otras disciplinas. No estamos ante una teoría que luego se llevaría a la práctica. Por esa razón nos alejamos de todo intento aplicacionista.

Pensar en el gesto de descubrimiento, nos recuerda además que Freud solía comparar la tarea de psicoanalista con la del arqueólogo. El arqueólogo al reconstruir a partir de huellas y restos encontrados en las ruinas, procede de la misma manera que el psicoanalista quien “extrae sus conclusiones a partir de unos jirones de recuerdo, unas asociaciones y unas exteriorizaciones activas del analizado” (Freud, 1937/1992, p. 261).

Hacemos propia la decisión de presentar en la modalidad de enseñanza el carácter ensayístico de la producción en psicoanálisis, algo bastante complejo en el marco de la Universidad. La propuesta de trabajo de lectura, invita a los estudiantes a recorrer los hallazgos y los desvíos del itinerario freudiano en la construcción de las nociones teóricas. Esto implica todo un esfuerzo de reflexión muy valioso para la formación, una lectura crítica que nos recuerda que “Freud escribió para lectores que desean obtener conocimiento al precio del estudio y no para aquellos que se acercan en busca de diversión, información rápida, o simplemente para llenar una hora de inactividad” (Sachs, 1944/2020, p. 100). Desafío importante en tiempos de inmediatez, donde la pausa que el ejercicio de lectura implica, será necesaria.

Cuando nombramos al psicoanálisis como *letra viva*, apuntamos a la idea de que no se trata de una obra entera, terminada, que habría que asimilar como objeto de contemplación. Justamente la invitación a la lectura crítica de los textos, incita al planteo de cuestionamientos, al encuentro con sus contradicciones. Asimismo, la continua referencia a nuestra propia práctica clínica muestra a las nociones como instrumentos para el abordaje de casos, permite demostrar la eficacia de esa letra ante presentaciones clínicas actuales, cuyas vestiduras epocales son diferentes a aquellas con las que Freud se encontró.

Freud Profesor

Durante el otoño de 1918, ante cierta agitación de los estudiantes de Budapest, quienes reclamaban que el psicoanálisis se incluyera en el plan de estudios de medicina, Freud escribió el breve trabajo “¿Debe enseñarse el psicoanálisis en la universidad?” (Freud, 1918/1994) Un siglo después el interrogante conserva su valor ¿Cuál sería la contribución objetiva del psicoanálisis a la formación?

Hoy en día debe afirmarse que la vigencia de la teoría psicoanalítica, no sólo se constata en la eficacia de sus postulados para el trabajo en el ámbito clínico. El uso de sus categorías conceptuales se extiende como herramienta de lectura útil ante fenómenos de distinta índole:

institucionales, sociales y políticos. Asimismo, pueden señalarse sus variadas implicancias en contextos laborales, forenses y educacionales, entre otros. Además, la obra de Freud funda toda una tradición teórica que una serie de autores han continuado. Estudiar las *fuentes primarias* de la disciplina inaugura el acceso a ese campo. Por otra parte, las interlocuciones, discusiones y aportes, entre el psicoanálisis y otros campos de saber, ponen de relevancia su pertinencia en la formación de los alumnos de las carreras de Psicología.

Sin embargo, además de las dificultades ya señaladas, es necesario tener en cuenta cierta peculiaridad que enfrenta toda propuesta de enseñanza del psicoanálisis en cualquier contexto. Aun cuando el horizonte sea que el estudiante aprenda nociones fundamentales, siempre estará presente la advertencia acerca de que “la práctica sigue siendo inasimilable para la formación estrictamente universitaria” (Assoun, 2006, p. 16). Es que la experiencia analítica es intransferible. Freud se ocupa en aclarar, que la situación analítica no es compatible con la presencia de terceros como oyentes (Freud, 1926). Para hacer frente a este obstáculo y tomando distancia de prácticas como la mostración de enfermos, características de la psiquiatría, Freud elaboró sus historiales clínicos, *Krankengeschichte*. Esa forma de compartir los materiales de sus analizantes ha dado mucho que hablar.

A Freud le llamaba la atención, le resultaba singular, que sus historiales clínicos fueran leídos como si fueran breves novelas (Freud, 1895/1992, p. 174). Freud tenía su modo particular de escribir, su estilo. Muchos años después, en 1930 éste hizo que fuera galardonado con el premio Goethe de literatura de la ciudad de Frankfurt. En efecto, muchos afirman, como Carlos Prina, que “Las transferencias de Freud se orientaron más a la pluma que al escalpelo” (2020, p. VI). En 1912, Otto Rank y Hanns Sachs, cuya formación no médica los ubicaba en la posición de legos practicantes del psicoanálisis, crean la famosa revista *Imago*. Freud publicaría allí trabajos de un tinte diferente, alejado de los textos más teóricos, pero a la vez preciosos como “El motivo de la elección del cofre” (Freud, 1913/1992), “El Moisés de Miguel Ángel” (Freud, 1914/1992) y “Lo ominoso” (Freud, 1919/1992). Aunque nunca dejó de lado la rigurosidad en sus trabajos, estos escritos como otros, dan cuenta de su relación con la palabra, del modo de presentar lo que tenía para decir, en definitiva, de su estilo propio.

Volviendo a los historiales, ellos han sido construidos a partir del relato de un caso con la particularidad de que abundan en los detalles. Los historiales relatan lo acontecido en un análisis, pero esa transcripción no está regida por los tiempos cronológicos en que sucedieron los acontecimientos o aparecieron los síntomas, sino por la lógica de la construcción de cada caso. Algunos dichos del paciente serán privilegiados en función del trabajo realizado en el marco del dispositivo analítico. Estos materiales clínicos se convierten en importantes herramientas a la hora de transmitir, por ejemplo, la interpretación de un sueño o la lectura de un síntoma. En nuestra tarea de enseñantes nos serviremos de fragmentos especialmente seleccionados de los historiales freudianos y también, como ya mencionamos, de aquello que nuestra propia práctica brinda para la transmisión.

Ahora bien ¿qué decir de la figura de Freud profesor?, ¿cuáles eran sus rasgos distintivos a la hora de transmitir?

Freud estaba interesado en la divulgación del psicoanálisis, en el crecimiento del movimiento psicoanalítico. Su enseñanza se llevó adelante en distintos escenarios. Su pertenencia a la universidad fue “periférica” (Freud, 1933/1992, p. 5), como él mismo la nombra, ya que no tenía a su cargo el dictado regular de clases. De cualquier modo, profirió series de conferencias en diferentes momentos. En la Universidad de Viena, como docente adscripto en 1885 y a partir de 1902 cuando fue nombrado *Professor Extraordinarius* (Profesor asociado). Aunque no existen registros de esas primeras conferencias, algunos de los asistentes relatan lo que allí sucedía. Las conferencias eran en el auditorio de la Clínica Psiquiátrica del Hospital General, los sábados por la noche “un horario inusual que probablemente no atrajera una gran audiencia” (Sachs, 1944/2020, p. 41). El pequeño grupo de asistentes no desalentaba a Freud, quien disertaba en una atmósfera íntima para ese círculo de seguidores que comenzaba a formarse con él y que gestaría muy pronto la primera institución psicoanalítica. De los pasos de Freud en la universidad, destacamos que el psicoanálisis no formaba parte del contenido curricular en la formación. En la actualidad, ciertamente el psicoanálisis circula en las aulas de la universidad y forma parte de los programas, en especial en nuestro país donde la teoría psicoanalítica ha tenido una enorme recepción, pero esto no fue así en aquel tiempo ni lo es hoy en otros lugares.

En cuanto a Freud como disertante en esas conferencias, se afirma que “no asumió el rol de un profeta que anuncia los misterios que le fueron revelados. El tono prevalente era el de una simple conversación, con frecuencia intercalado con comentarios irónicos e ingeniosos” (p. 44). El estilo de Freud no era vehemente, presentaba con firmeza sus hallazgos, pero no tenía la necesidad de mostrarlos de modo enfático.

En la biografía escrita por Sachs se describe el modo en que se ordenaban esas disertaciones:

El efecto sorprendente de sus conferencias se basaba en un contraste peculiar. Con la mayor precisión, presentaba todos los hechos necesarios y diseccionaba todos los principios básicos, incluso aquellos que uno podría dar por sentados. Luego, sobre una base firme, exponía sus conclusiones cautelosamente; antes de dar el siguiente paso, examinaba todas las posibles objeciones, formulándolas claramente y explicándolas en profundidad, de modo que cuando avanzaba en una dirección inesperada parecía la forma más natural en que se podía proceder.” (Sachs, 1944/2020, p. 48)

Esto nos recuerda mucho al modo de argumentar freudiano en sus textos. Solemos encontrar que en primera instancia realiza la exposición clara de las ideas centrales con todos sus matices y luego da lugar a las objeciones que podrían hacersele. Las objeciones en algunos trabajos llegan a aparecer encarnadas en interlocutores creados por Freud, como por ejemplo en “El porvenir de una ilusión” (Freud, 1927/1992), donde dialoga con un oponente imaginario que objeta sus enunciados. Otra cuestión a destacar es la honestidad intelectual que hace que aclare cuando un argumento no es completo o una tesis es provisoria y los deje en suspenso hasta ser retomados con posterioridad.

En 1902 comenzaron a llevarse adelante las famosas Reuniones de los miércoles, en las que participaba al comienzo el grupo reducido de quienes se formaban con Freud. Se realizaron inicialmente en el domicilio de Freud y luego en el *Doktorem Collegium*.

En los comentarios sobre esas reuniones y en las Actas que se conservan de ellas, encontramos nuevamente pistas sobre el estilo de transmisión freudiano. Allí Freud no dictaba conferencias, sino que los miembros, y él mismo, presentaban temas en los que estaban trabajando, se leían escritos y comentaban ideas que estaban en proceso de publicación. Luego estas ideas eran debatidas y todos opinaban, aunque la opinión de Freud era la más valorada.

En un marco más formal, dictadas en un contexto de plena divulgación del psicoanálisis, podría decirse que las “Conferencias de introducción al psicoanálisis” (Freud, 1916-17/1991) nos acercan a la figura de Freud profesor. Dirigidas a un público lego en la materia, nos muestran una faceta diferente de la que encontramos en textos más duros, como los trabajos de la metapsicología. Strachey explica que, aunque las conferencias fueran preparadas de manera minuciosa, Freud las pronunciaba directamente, no las leía. Por otra parte “Hay acuerdo general acerca de su técnica de conferenciante: nunca era retórico y su tono era el de una conversación tranquila e incluso íntima” (Strachey, 1991, p. 6). Asimismo, “la conferencia, como método de exponer sus opiniones, le atraía, pero sólo bajo una condición: él tenía que mantener un contacto vívido con su auditorio” (p. 6) aunque éste en algunas oportunidades no fuera real sino supuesto. En 1932 Freud concibió la producción de otra serie de conferencias, las “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis” (Freud, 1933/1992). Cabe destacar que estas no fueron pensadas para ser proferidas ante el público, dado que la salud de Freud no lo permitía.

En estas referencias puede verse cómo el estilo de Freud se sumerge en la “práctica del comentario” (Lacan, 1954/2009) tan propia de la enseñanza del psicoanálisis. En esta práctica, la apuesta consiste en explorar los matices de un texto, buscar sus resonancias y sus límites. Ello solo puede producirse desde la *transferencia de trabajo*, en el lazo con otros.

Freud no tenía como horizonte comunicar sus hallazgos de manera autoritaria o dogmática, sino que esperaba que, quienes participaban del diálogo establecido, coligieran, encontraran ellos mismos el sentido de lo que deseaba transmitir. Por nuestra parte, invitar a leer a Freud es invitar también a detenerse, cada vez, en las fisuras de los textos, en los interrogantes que suscitan los argumentos de los que no podemos desentendernos. Y aquí volvemos a la cuestión de la posición desde la cual esta invitación es realizada.

Deseo del enseñante

La invitación a leer a Freud, el encuentro con las obras fundamentales, con el lenguaje de los sueños, con el surgimiento del deseo y también con las encrucijadas del más allá de la interpretación, resulta todo un reto. Aunque insistimos en señalar que cuando se trata de psicoanálisis, aquello que se transmite no es solo un contenido. Hay algo que se juega, como decíamos anteriormente, a partir de la posición de quien habita el lugar de enseñante. Es valiosa la idea de

“deseo del enseñante” que Lacan presenta justamente mientras aborda la cuestión de objeto causa de deseo. Destacamos la idea de que ese enseñante, es “alguien que también resultaría aprehendiente ante su enseñanza” (Fernández, 2020, p. 35). La experiencia de acercarnos a la lectura desde esta posición, más allá de las veces en que hayamos recorrido un texto, propicia encontrarse ante la sorpresa de un hallazgo nuevo, de un giro que dispara una reflexión. Pues bien, desde ese lugar es que alguien puede transmitir en actos, algo de la dimensión del enigma, en el marco de una transferencia de trabajo, en este caso con los estudiantes.

Quien ocupa el lugar de enseñante, podrá presentar los impasses que suscita la lectura de un texto en particular, pero procurará devolver la centralidad al texto mismo promoviendo la aparición de interrogantes. Se trata de “mantener el espíritu de transferencia al texto y no al maestro. El efecto de transferencia se produce en forma ineludible e implacable. Por ende, el comentario posee un valor transferencial” (López, 2004, p. 2).

Lacan recurre a la figura de quien crea un collage, y advierte a los enseñantes que “Si hicieran su collage preocupándose menos de que todo encajara, de un modo menos temperado, tendrían alguna oportunidad de alcanzar el mismo resultado al que apunta el collage, o sea, evocar la falta” (Lacan, 1962-63/2006, p. 188). De este modo, evocar la falta es una clave de acceso para acercarse a la posición del enseñante del psicoanálisis. No todos los interrogantes serán respondidos y eso permite que en el recorrido singular de cada uno la búsqueda se relance hacia otras lecturas posteriores. Si algo de esto sucede, nuestra tarea estará cumplida.

Referencias

- Assoun, P-L. (2006). *Figuras del psicoanálisis*. Buenos Aires. Prometeo.
- Azcona, M. y Soria, L. (2015). “El psicoanálisis en la Universidad, entre la enseñanza y la investigación: entrevista a Carlos Escars”. *Revista de Epistemología, Metodología y Ética del Psicoanálisis*, 1(1), 100-120. Recuperado de www.revistas.unlp.edu.ar/palabras
- Baños, L. y Steinberg, I. (2012). *Dificultades de la práctica del psicoanálisis*. Homo Sapiens.
- Bachelard, G. (1974). *La formación del espíritu científico. Contribución al psicoanálisis del conocimiento objetivo*. Siglo XXI.
- Caparrós, N. (1997). *Correspondencia de Sigmund Freud. Tomo II (1886-1908)*. Biblioteca Nueva.
- Fernández, H. (2020). *Para un psicoanálisis profano*. Archivida.
- Freud, S. (1895). Estudios sobre la histeria. *Obras completas de Sigmund Freud, Tomo II*. Amorrortu, 1992.
- Freud, S. (1913). El motivo de la elección del cofre. *Obras completas de Sigmund Freud, Tomo XII* (pp. 303-318). Amorrortu, 1992.
- Freud, S. (1914). El Moisés de Miguel Ángel. *Obras completas de Sigmund Freud, Tomo XIII* (pp. 213-242). Amorrortu, 1992.
- Freud, S. (1916-1917). Conferencias de introducción al psicoanálisis (Partes I y II). *Obras completas de Sigmund Freud, Tomo XV*. Amorrortu, 1991.

- Freud, S. (1918). ¿Debe enseñarse el psicoanálisis en la universidad? *Obras completas de Sigmund Freud, Tomo XVII* (pp. 165-172). Amorrortu, 1994.
- Freud, S. (1919). Lo ominoso. *Obras completas de Sigmund Freud, Tomo XVII* (pp. 215-252). Amorrortu, 1992.
- Freud, S. (1926). ¿Pueden los legos ejercer el análisis? Diálogos con un juez imparcial. *Obras completas de Sigmund Freud, Tomo XX* (pp. 165-234). Amorrortu, 1992.
- Freud, S. (1927). El porvenir de una ilusión. *Obras completas de Sigmund Freud, Tomo XXI* (pp. 1-56). Amorrortu, 1992.
- Freud, S. (1933). Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. *Obras completas de Sigmund Freud, Tomo XXII* (pp. 1-168). Amorrortu, 1992.
- Freud, S. (1937). Construcciones en análisis. *Obras completas de Sigmund Freud, Tomo XXIII* (pp. 255-270). Amorrortu, 1992.
- Jones, E. (1953). *Vida y obra de Sigmund Freud. Tomo I*. Anagrama, 1970.
- Lacan, J. (1954). Respuesta al comentario de Jean Hyppolite sobre la *Verneinung*. *Escritos 1* (pp. 363-378). Siglo XXI, 2009.
- Lacan, J. (1962-1963). *El Seminario, Libro 10: La angustia*. Paidós, 2006.
- Lacan, J. (1974-1975). *Seminario 22, 1974-1975 R.S.I.* (traducción de Ricardo Rodríguez Ponte). Inédito.
- López, R. (2004). Para no olvidar el comentario de texto. *Revista Affectio Societatis*, 4 (7), 1-8. <https://revistas.udea.edu.co/index.php/affectiosocietatis/article/view/5375>
- Paola, C. (2020). *Freud literario. Entre la imposibilidad y la ficción*. Ediciones del Dock.
- Passerini, A. (2018). *El cuerpo en la experiencia virtual desde una perspectiva psicoanalítica*. (Tesis doctoral, Universidad Nacional de La Plata). Repositorio Institucional Sedici – Universidad Nacional de La Plata. <https://doi.org/10.35537/10915/70957>
- Prina, C. (2020). Prólogo. En H. Sachs, *Freud maestro y amigo* (pp. I-XVII). Nube negra.
- Sachs, H. (1944/2020). *Freud maestro y amigo*. Nube Negra.
- Strachey, J. (1991). Conferencias de Introducción al psicoanálisis. (Partes I y II). Introducción. *Obras completas de Sigmund Freud, Tomo XV* (pp. 3-8). Amorrortu, 1991.

CAPÍTULO 10

Profanar la ilusión: resonancia libidinal en la estructura adolescente

Paula Tarodo

Introducción¹³

Este ensayo se inspira en un trabajo de investigación interdisciplinaria¹⁴ y se propone compartir la exploración sobre una noción que fuera presentada por Freud en un texto titulado “El porvenir de una ilusión”, texto que data de 1927. Material publicado a principios del siglo pasado que se inscribe en el giro de los años '20 y consideramos que guarda especial vigencia para el abordaje de problemáticas actuales. La afirmación sobre la vigencia de un material –o giro teórico– alcanza una solidez peculiar cuando se pone en acto, camino que elegimos transitar y nos condujo a ocuparnos de articulaciones posibles con la estructura adolescente.

El recorrido se inicia con la recuperación de ideas de fuerza en torno a la noción de ilusión y continúa con su problematización en base a referencias que han resultado fértiles para el estudio de la adolescencia. Con este horizonte pondremos a jugar la noción de ilusión con la de ideal, fantaseo diurno y otras referencias que abren los pliegues del espinoso campo que atañe a los lazos sociales.

Concepción analítica de ilusión: andamios de la posición freudiana

Freud publica en período entre guerras “El porvenir de una ilusión” (1927/1992), texto en el que se propone recorrer la dimensión inconsciente y pulsional del “patrimonio anímico de la

¹³ Una versión preliminar del escrito fue presentada en el XIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica profesional en psicología (UBA, 2021) y contó con la especial colaboración de la Lic. Paula Lagunas y la estudiante Daniela Rosa.

¹⁴ Se trata del Proyecto de Investigación interdisciplinario titulado “Efectos de la desigualdad social en la construcción de la subjetividad de adolescentes” (PPID, 2019-2022/H053) con sede en el IdIHCS (UNLP-Conicet) dirigido por la Esp. Adriana Denegri.

cultura”. Se detiene en el papel que desempeñan las representaciones religiosas y presta cuerpo al título sirviéndose de la imagen de la ciencia. Un primer acercamiento al material podría conducir a inscribirlo en el movimiento histórico y cultural definido como modernidad, quizá encontremos algo de ese movimiento en el escrito, pero se aplanaría su fertilidad si lo reducimos a ello. Intentaremos seguir a Freud en su recorrido y nos orientaremos por algunos interrogantes: ¿Cuáles son las implicancias de la ilusión en la economía libidinal?, ¿la ciencia y la religión proponen modos disyuntivos de ilusionar?

La creencia religiosa es situada en clave de ilusión, sus representaciones portarían una arista alienante que operaría de modo controversial sobre la pulsión: por un lado conminaría a su renuncia, de allí su aporte a la cultura; por el otro, se prestaría con facilidad a fundar lógicas segregativas¹⁵. Estas representaciones¹⁶ formarían parte del patrimonio cultural heredado, se anclan en la fe de los individuos y su cuestionamiento estaría vedado. Serían indemostrables e irrefutables (fusión de su doble condimento: creencia e ilusión) y derivarían de deseos humanos. Las ilusiones, bajo constelación religiosa, desempeñarían un papel en la constitución del sujeto y la cultura¹⁷ por su alcance en el ordenamiento de la pulsión.

El texto deja leer su movimiento en el corazón de la discusión con un supuesto Pastor¹⁸. Se señala que las “representaciones religiosas” son las predominantes en la cultura, se pone de relieve su arista de necesidad y –a la par– se presenta otro modo de ilusionar que implicaría un cambio en la posición del sujeto:

Quizá quien no padece de neurosis tampoco necesita de intoxicación alguna para aturdirse. Evidentemente, el hombre se encontrará así en una difícil situación: tendrá que confesarse su total desvalimiento, su timidez dentro de la fábrica del universo; dejará de ser el centro de la creación, el objeto de los tiernos cuidados de una providencia bondadosa (...) ¿pero no es verdad que el infantilismo está destinado a ser superado? El hombre no puede permanecer enteramente niño; a la postre tiene que lanzarse fuera, a la “vida hostil”. Puede llamarse a esto “educación para la realidad”; ¿necesito revelarle, todavía, que el único propósito de mi escrito es llamar la atención sobre la necesidad de este progreso? (Freud, 1927/1992, p. 48)

¹⁵ En tal sentido, nos resultan ilustrativas las palabras de Freud “una religión, aunque se llame la religión del amor, no puede dejar de ser dura y sin amor hacia quienes no pertenecen a ella. En el fondo, cada religión es de amor por todos aquellos a quienes abraza, y está pronta a la crueldad y la intolerancia hacia quienes no son sus miembros” (1921/1992, p. 94).

¹⁶ Dentro de ellas, adquiere un valor especial la Providencia divina (Dios/Padre) sobre la que Freud ofrece un análisis en profundidad.

¹⁷ Una formulación de orientación lacaniana que podría entrar en resonancia con esta idea sería “sin discurso Amo no hay inconsciente”.

¹⁸ La discusión no habría sido tan ficticia, estaría relacionada con un efectivo intercambio con un pastor suizo de la escuela de Zúrich interesado en el psicoanálisis, se trataría de Oskar Pfister.

El autor continúa en esa dirección luego de presentar una pregunta: “¿De qué valdría el espejismo de ser dueño de una gran propiedad agraria en la Luna, de cuyos frutos nadie ha visto nada aún?” La referencia se desarrolla sirviéndose de la imagen de un campesino honrado que perdiendo sus esperanzas en el “más allá” trabaja “su parcela en esta tierra para nutrirse (...) Entonces podrá decir junto con uno de nuestros compañeros de incredulidad ‘dejemos los cielos a ángeles y a gorriones’” (p. 49).

Notamos que el texto no desestima el valor que porta la ilusión en la vida anímica, se abre a presentar dos modos de ilusionar que implicarían un cambio en la posición del sujeto: de la posición infantil que cree en la providencia divina, a la “vida hostil” que empuja al cultivo de la “parcela en la tierra”. Movimiento que para Freud supone el pasaje de la ilusión sostenida en las representaciones religiosas –cuya estructura y estructuración es compatible con la imagen de la religión–, a lo que entendemos como ilusión profana –cuya estructura y estructuración se presenta compatible con la figura de la ciencia–.

Las ilusiones profanas conjugarían elementos que a primera vista parecen contradictorios: creencia sostenida por incrédulos. En ellas no importaría el castigo, no serían incorregibles o incuestionables, no mutilarían la capacidad de pensar ni tendrían carácter delirante. Se trataría de ilusiones permeables a componer un porvenir sin garantías, con efectos en los actos de los incrédulos. Nos preguntamos ¿se abren a un movimiento vívido signado por ilusión-desilusión?

También nos interesa poner de relieve la temporalidad que concierne a la ilusión: parece engarzar el futuro con el presente. En el caso del incrédulo permitiría sobrellevar la “vida hostil” junto a “compañeros de incredulidad”. Ahora bien, los compañeros de incredulidad ¿se amalgaman de acuerdo a la estructura de una masa?¹⁹

Freud, antes de adentrarse en la ilusión, había publicado “Psicología de las masas y análisis del yo” (1921/1992). Allí presenta la estructura de la masa a partir de dos referencias: la Iglesia y el Ejército. Si tomamos su planteo de 1927 podemos preguntarnos si lo dicho en torno a las “representaciones religiosas” es pasible de entrar en diálogo con su planteo anterior referido a las masas. De suponer una respuesta afirmativa podemos preguntarnos si la figura que se introduce con “compañeros de incredulidad” conlleva una novedad para pensar a los “individuos agrupados”.²⁰

Antes de continuar nos detendremos en algunas problematizaciones sobre lo expuesto:

¹⁹ Delimitamos cierta alusión explícita a la temática en un escrito de 1921 titulado “Psicología de las masas y análisis del yo”, allí sostiene “la masa está sujeta al poder verdaderamente mágico de las palabras (...) nunca conocieron sed de verdad. Piden ilusiones a las que no pueden renunciar. Lo irreal siempre prevalece sobre lo real, lo irreal siempre las influye casi con la misma fuerza que lo real” (Freud, 1921/1992, p.75).

²⁰ En su texto de 1921 también supo abordar la distinción entre multitud y masa, la diferencia radica en el papel del ideal. Advertidos de esta distinción la figura “compañeros de incredulidad” nos interpela: ¿supone la introducción de una novedad?

Ilusión e ideal

Ilusión ¿resulta equivalente a ideal? Al parecer, ambas nociones portan una arista individual y social, involucran el registro del sentido y podrían relanzar la actividad anímica a una temporalidad distinta a la presente. Ambas guardan solidaridad con la posición del sujeto en lo simbólico (Lacan, 1953-1954/2009; 1974-1975/s.f.) y podrían generar un territorio fértil para el cultivo de pulsión de muerte.

A modo de conjetura podríamos trazar alguna diferencia, del lado del ideal Freud localiza aquello que le falta al yo y se presenta como vía para recobrar la falta en ser. Movimiento que se erige por la pérdida de posición de “*his majesty the baby*” (Freud, 1914/1992), base de la apertura a diferentes equívocos tales como los que se plasman en la conformación de una masa y de tantos otros que se configuran por la vía amorosa²¹. En torno a la ilusión Freud (1921/1992, 1927/1992) nos presenta un modo de poner velo a lo real (Lacan, 1953-1954/2009; 1959-1960/1992; 1964/2009; 1974-1975/s.f.), enlaza al sujeto con otros e inscribe la temporalidad del porvenir individual y colectivo. Se trataría de un “tesoro de representaciones” que se gestaría en la cultura en torno a su punto de imposibilidad. Reconduce a un intento (siempre fallido) de apaciguar lo hostil y mortífero en el sujeto y sobre las figuras del semejante (cultura). Parece prestarse para alojar lazos sociales y uno de sus modos no parece homologarse con facilidad a la estructura de la masa.

El punto fallido de la ilusión: controversias y paradojas

Para recorrer este punto nos serviremos de dos referencias, una presente en “Psicología de las masas y análisis del yo” (1921/1992) y otra en “El malestar en la cultura” (1930/1992).

La primera referencia es: “El sentimiento social descansa, pues, en el cambio de un sentimiento primero hostil en una ligazón de cuño positivo, de la índole de la identificación (...) dicho cambio parece consumarse bajo el influjo de una ligazón tierna común con una persona situada fuera de la masa” (Freud, 1921/1992, p. 115). Leemos allí el papel de la cultura y el valor que adquiere en tanto apaciguadora de lo hostil. En ese tejido textual se hace explícita la diferencia con posiciones como las de Trotter (partidarios de la idea de un “instinto gregario” en el ser humano), Freud propone una “superestructura anímica” allí donde el registro biológico deja un vacío. Vacío que nunca se colma e implica un movimiento constitutivo que funda la vida anímica y la cultura así como la ficción de un porvenir.

En línea con esta idea, los preceptos culturales son localizados por Freud como formaciones reactivas frente a tendencias “originarias” hostiles y lo ilustra con “el clamor” en beneficio de la

²¹ Lacan (1972-1973/2012) ubica al amor por fuera de la estructura narcisista, vía por la que concibe un lazo posible entre sujetos en base a lo que no se tiene ni se es. Referencia de interés para continuar profundizando en la temática.

“justicia social” e “igualdad”. Este clamor encontraría su poderío en el intento de hacer operante para “otros” aquello que cada quien se deniega (renuncia).

Notamos que la noción de pulsión cobra especial protagonismo. La ilusión existe porque hay cultura, se presenta como un componente esencial de la vida anímica y se erige frente a lo que “no hay” en la naturaleza humana.

La segunda referencia es introducida con el propósito de adentrarnos en la dimensión fallida de la cultura en su intento de “apaciguar lo hostil”, punto de imposibilidad que también concierne a la ilusión. Freud sostiene que la figura del semejante puede constituirse en “una tentación para satisfacer en él la agresión, explotar su fuerza de trabajo sin resarcirlo, usarlo sexualmente sin su consentimiento, desposeerlo de su patrimonio, humillarlo, infligirle dolores, martirizarlo y asesinarlo” (1930/1992, p. 108). Los semejantes podrían incluirse en tales series, pero también podrían constituirse en soportes identificatorios que conduzcan a lazos amorosos de “meta inhibida” o a decursos sublimatorios apaciguantes.

En fundador del psicoanálisis no vacila en afirmar que la cultura no cesa de fracasar en el intento de regular la pulsión y con ello, en regular la hostilidad presente en el ser humano. Aspectos controversiales que encuentran su fundamento inconsciente en la satisfacción de la pulsión y en sus características.

Ilusión, fantaseo y porvenir: resonancias en la estructura adolescente

Como hemos señalado en la introducción, visitar la noción de ilusión responde –en parte– a ciertos interrogantes que han sido fruto de poner la mirada en la estructura adolescente. En lo que sigue pondremos a jugar la noción de ilusión en este campo orientados por dos cuestiones. De un lado, para analizar su valor en términos constitutivos toda vez que entendemos a la estructura adolescente en el marco de una temporalidad lógica asociada a ello. Del otro, para abrir los pliegues de los avatares clínicos de nuestro tiempo vinculados con: las fallas en la introducción de rodeos –y tiempo de espera– en la satisfacción pulsional, padecimiento que suele ponerse en palabras bajo la falta de sentido a la existencia y dificultades para establecer y sostenerse en lazos sociales.

Avanzaremos sin ahorrarnos nuevas problematizaciones, en las líneas que siguen lo haremos en torno a la noción de fantaseo (fantaseo diurno).

Resulta evidente que las nociones de ilusión y fantaseo responden a dos momentos diferentes del recorrido freudiano. También sabemos que se trata de un recorrido que –luego de 1900– no se aviene a una lectura compatible con la lógica del progreso, lógica que invitaría a leer los últimos escritos como los más completos o a introducir una racionalidad en torno al saber que no es propia del psicoanálisis. Sin embargo, estando advertidos de las distintas constelaciones textuales nos preguntamos: ¿La ilusión podría entrar en correspondencia con el sueño diurno? Freud (1908 [1907]/1992; 1916-1917/1992) sitúa el fantaseo en la neurosis como efecto de un

cambio en la posición libidinal: el adulto cesa de jugar y pasa a fantasear. ¿Cuáles son las implicancias de ese movimiento? ¿Supone una renuncia a la ganancia de placer? el fundador del psicoanálisis no vacila en afirmar que no podemos renunciar a nada, sólo se trata de permutas. El jugar supondría una puesta en escena de los deseos infantiles a diferencia del fantaseo que se cultiva en el terreno de la intimidad (dado que los neuróticos “se avergüenzan de sus fantasías”). El sueño diurno se presenta como un tratamiento posible de la insatisfacción y, desde el punto de vista tópico, concierne al proceso secundario pero su motor es inconsciente.

Orientados por nuestro recorrido entendemos que la estructura adolescente (Stevens, 2001) se corresponde con un movimiento libidinal (sostenido por la estructura edípica) que implica el encuentro con la insatisfacción estructural y en el que entran a tejerse con mayor ahínco las satisfacciones sustitutivas. Se pasaría por esa zona de transición “del juego al fantaseo”. Aparece una nueva temporalidad solidaria del abandono de la posición infantil: pasado, presente y futuro tendrían oportunidad de engarzarse por el deseo. Se ofrece la oportunidad de producir un texto que se sirva de alguna “ocasión presente para proyectarse un cuadro del futuro siguiendo el modelo del pasado” (1908 [1907]/1992, p. 131). Al respecto nos preguntamos: la vida causada por el deseo ¿supondría algo más que ficciones y/o ilusiones? No sólo nos inclinamos por una respuesta afirmativa, sino que estimamos la necesidad de tales actividades “del alma” para que el mismo se despliegue.

La ilusión, al igual que el fantaseo, parece presentarse como compensatoria de lo que “no hay” en la naturaleza humana. Articula diferentes registros de la temporalidad y parece prestarse a componer un porvenir que tendría una relación con la prueba de realidad distinta a la producción delirante. El motor es inconsciente y compromete con significatividad al proceso secundario. La ilusión –bajo ciertas formas– parece incitar a la realización de actos y a la producción de lazos sociales. Freud se aventura en imaginar un modo de ilusionar distinto al infantil, remite al intento de componer un porvenir con efectos vivificantes, permeable al cultivo de satisfacciones sustitutivas en “la parcela en la tierra”. A diferencia del fantaseo –que supone una ganancia de placer singular que no se aviene a la serie–, la ilusión parece proponer un recorrido que se sirve del equívoco del “nosotros” para componer un porvenir sostenido entre varios –compañeros de incredulidad–.

A modo de cierre

En esta oportunidad pusimos a rodar el escrito dentro de un libro inspirado en el giro de los años '20 en la obra de Freud que no esquiva la pregunta por su vigencia. Tal como señalamos al inicio, nuestro recorrido se inscribe en una investigación interdisciplinaria y –agregamos– se nutre de nuestra labor como psicólogos y analistas en diferentes dispositivos de intervención. En este acto de escritura presentamos un abordaje incipiente sobre la noción de ilusión que se presenta permeable al análisis sobre su vigencia.

La ilusión es situada como patrimonio anímico de la cultura, con efectos en el campo del sentido y en el decurso pulsional. Su motor es el deseo inconsciente y no ahorra controversias ni paradojas. De acuerdo a sus emblemas y al modo en que se entrama en la economía libidinal de cada quien, podría encarnar imperativos de diferente índole. Es posible de sostenerse entre varios y podría presentarse bajo dos modalidades que implican -al menos- dos posiciones en los sujetos. Prestan texto para localizar al sujeto en una escena, crear la ficción del “nosotros” –y figuras de alteridad– con resonancias en la composición de un porvenir.

Hemos delimitado dos modos de ilusionar, uno se asocia con las representaciones religiosas, otro con las ilusiones profanas. Las figuras “religión” y “ciencia” se nos presentan con carácter contingente en formulación freudiana, su fertilidad radica en las implicancias para pensar la vida anímica y las posiciones libidinales que les conciernen. Como todo intento de categorización en psicoanálisis, no guarda pretensión de encontrar formas puras.

La complejidad del entramado conceptual nos ubica en el umbral de la dimensión ética. Las ilusiones están concernidas por el registro del sentido y portarían efectos en los actos de los individuos. Tampoco parecen entrar de modo exclusivo en el campo de la realización individual.²² El psicoanálisis, en vastos enunciados, deja entrever los riesgos que traería aparejado el uso de una categoría como la que nos ocupa. Por lo tanto, se trata de una indagación incipiente que invita a la formalización de una posición ética advertida del vector sugestivo y de los inevitables efectos controversiales y paradojales.

La fertilidad de la categoría no pasa por invitar a “implantar” ideales ni por ofrecer muletas imaginarias que taponen la falta. Más bien se aproxima a la gesta de una apuesta –sin garantías– que abra a figuraciones de deseo que sepan servirse del equívoco del “nosotros” y presten lugar a lo que no hace serie, repare en el semejante y en salidas que apuesten al lazo social.²³

Es dable aclarar que las conjeturas desplegadas dejan abierto el campo a la exploración sobre la desilusión, especialmente sobre el papel que podría desempeñar en el movimiento que envuelve a las ilusiones profanas. Aspecto que no fuera desatendido por Freud y del que nos ocuparemos en trabajos futuros.

Para finalizar deseamos señalar que cuando se incluye en consideraciones teóricas o clínicas la dimensión de anhelo con aristas colectivas, por lo general, se suele eclipsar su potencia vivificante toda vez que se lo suelda con la estructura de la masa. En nuestro caso no esperamos sostener al psicoanálisis como cosmovisión, ni presentar su saber por la vía del discurso Amo (Lacan, 1969-1970/2012). Se trata de ofrecer una pregunta signada por el agujero de saber para

²² Freud no esquivo este campo de problemas, presenta una fuerte expresión luego de detenerse en el papel de algunos individuos sobre la opresión de otros a los que –además– se les quita gran parte de “los bienes que generan con su trabajo”. Sostiene: “Una cultura que deja insatisfechos a un número tan grande de sus miembros y los empuja a la revuelta no tiene perspectivas de conservarse de manera duradera ni lo merece” (Freud, 1927/1992, p. 12).

²³ Aspecto que no resulta menor, Freud lo trabaja al presentar la “discusión” con el Pastor y expresa que el enfrentamiento es sólo “provisional” y no inconciliable dado que las ilusiones (en su versión religiosa o profana) conservarían las mismas metas: el amor entre los seres humanos y la limitación del padecimiento. Agregamos que ambas también estarían atravesadas por la dimensión paradójica.

–desde allí– hacer jugar su arista de verdad. Intentamos ofrecer una discusión para abrir el juego de una noción y hacer uso de ella en dispositivos abiertos a invenciones *por venir*.

Referencias

- Freud, S. (1908 [1907]). El creador literario y el fantaseo. *Obras completas de Sigmund Freud*. Vol. IX (pp. 123-136). Amorrortu, 1992.
- Freud, S. (1914). Introducción del Narcisismo. *Obras completas de Sigmund Freud*. Vol. XIV (pp. 65-98). Amorrortu, 1992.
- Freud, S. (1916-1917). 23 conferencia: Los caminos de formación de síntoma. *Obras completas de Sigmund Freud* Vol. XVI (pp. 326-343). Amorrortu, 1992.
- Freud, S. (1921). Psicología de las masas y análisis del yo. *Obras completas de Sigmund Freud*. Vol. XVIII (pp. 63-136). Amorrortu, 1992.
- Freud, S. (1927). El porvenir de una ilusión. *Obras completas de Sigmund Freud*. Vol. XXI (pp. 1-56). Amorrortu, 1992.
- Freud, S. (1930). El malestar en la cultura. *Obras completas de Sigmund Freud*. Vol. XXI (pp. 57-140). Amorrortu, 1992.
- Lacan, J. (1953-1954). *El Seminario, libro 1: Los escritos técnicos de Freud*. Paidós. 2009.
- Lacan, J. (1959-1960). *El Seminario, libro 7: La ética del psicoanálisis*. Paidós. 1992.
- Lacan, J. (1964) *El Seminario, libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Paidós. 2009.
- Lacan, J. (1969-1970). *El Seminario, libro 17: El reverso del psicoanálisis*. Paidós. 2012.
- Lacan, J. (1972-1973). *El Seminario, libro 20: Aún*. Paidós. 2012.
- Lacan, J. (1974-75). *El Seminario, libro 22: R.S.I.* Versión inédita, traducción Ricardo Rodríguez Ponte.
- Stevens, A. (2001). *La clínica de la infancia y la adolescencia*. Babel.

Autores

Coordinadores

de Casas, Claudia Elena

Es Licenciada en psicología (FaHCE-UNLP). Se desempeña como Profesora Adjunta Ordinaria a cargo de la Cátedra Teoría Psicoanalítica perteneciente a las carreras de Licenciatura en psicología y Profesorado en psicología (FaPsi-UNLP) Ha participado en proyectos de investigación y extensión y ha escrito numerosos trabajos sobre su especialidad.

Entre sus publicaciones, se cuentan capítulos en los volúmenes anteriores de la colección Libros de cátedra: *Problemáticas del psicoanálisis. Actualidad de los atolladeros freudianos* (2015) y *Problemáticas del psicoanálisis 2. Vigencia de la letra freudiana* (2019), en el segundo de los cuales también se ha desempeñado como coordinadora

Actualmente se desempeña como Secretaria Académica (FaPsi-UNLP).

Soria, Lucía

Licenciada y Profesora en psicología por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Docente-investigadora, ayudante diplomada en la cátedra de Teoría Psicoanalítica de la Facultad de Psicología, UNLP. Entre los trabajos que ha publicado, se cuentan capítulos en dos volúmenes de la colección Libros de cátedra: *Problemáticas del psicoanálisis. Actualidad de los atolladeros freudianos* (2015) y *Problemáticas del psicoanálisis 2. Vigencia de la letra freudiana* (2019), en el segundo de los cuales se ha desempeñado además como coordinadora. Ha participado en proyectos de investigación y extensión acreditados por la UNLP vinculados a la temática del psicoanálisis. Integrante del Laboratorio de Historia de la Psicología, perteneciente a la Facultad de Psicología (UNLP).

Weretilneck, Marcelo

Psicoanalista. Licenciado en Psicología por la Universidad Nacional de La Plata. Ayudante diplomado ordinario en la Cátedra de Teoría Psicoanalítica U.N.L.P. Coordinador de *Problemáticas del psicoanálisis 2. Vigencia de la letra freudiana* (2019).

Autores

Badr, Marisa Inés

Psicoanalista, Licenciada en psicología por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Docente de la cátedra de Teoría Psicoanalítica, Facultad de Psicología, UNLP. Realiza actividades de transmisión del psicoanálisis con las residencias de psiquiatría del Hospital San Martín de La Plata. Autora de “Una lectura sobre la diferencia sexual y la época”, publicado en la Revista de Psicología de la UNLP (2020), y los capítulos “Más allá del principio de placer...la pulsión de muerte” en el libro de cátedra *Problemáticas del Psicoanálisis* (2015) y “Primeras aproximaciones al concepto de sublimación en la obra de Freud” en el libro de cátedra *Problemáticas del psicoanálisis 2* (2019). Miembro en proyectos de investigación de la Facultad de Psicología de la UNLP, “Modalidades contemporáneas de la sexualidad humana”, “Cuerpo, época y presentaciones sintomáticas actuales”.

Birch, Christian Roy

Licenciado en Psicología, Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Especialista en Clínica Psicoanalítica de Adultos, UNLP. Master 1 y Master 2 en Psicoanálisis, Universidad de París 8, Francia. Doctor en Psicoanálisis de la Universidad de París 8, Francia. Ayudante diplomado en las cátedras de Teoría Psicoanalítica y de Epistemología y Metodología de la Investigación Psicológica, UNLP. Entre los diversos artículos y capítulos de libros escritos se cuentan los textos incluidos en los dos libros sobre las problemáticas del psicoanálisis que se publicaron en esta colección (2015, 2019). Además de la actividad universitaria, en la actualidad, brinda atención clínica en consultorio.

Cejas, Natalia A.

Licenciada en Psicología, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata (FaHCE-UNLP). Ayudante diplomado ordinario en la cátedra Teoría Psicoanalítica. Jefa de Sala de Salud Mental, Hospital Provincial Especializado en Toxicología y Salud Mental ‘Reencuentro’. Entre sus publicaciones se destacan: “Fijación de la defensa y alteración del yo” en *Problemáticas del Psicoanálisis 2: Vigencia de la letra freudiana* (2019) publicado por EDULP; “Captura y producción de un torbellino” y “Usos de la declinación paterna: El semblante y la escritura” en *Declinaciones del padre. Lecturas psicoanalíticas de la época* (2015), publicado por Letra Viva. Miembro de proyectos de investigación vinculados al ámbito de la clínica psicoanalítica. Ex residente y jefa de residentes PRIM Berisso.

Garritano, Camila

Licenciada y Profesora en psicología por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Fue adscripta alumna y adscripta graduada de la Cátedra de Teoría Psicoanalítica durante los años 2017-2021. Actualmente se desempeña como ayudante diplomado en dicha cátedra. A su vez, fue

participante de un proyecto de investigación sobre debates epistemológicos y metodológicos en torno a la construcción de conocimiento en psicoanálisis (PPID/H050) en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE-UNLP).

Mayorga, Rocío Soledad

Licenciada en psicología de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Ayudante diplomado ordinario de la cátedra de Teoría Psicoanalítica de la UNLP. Psicóloga de planta del Hospital “Dr. Alejandro Korn”. Autora de “La metapsicología freudiana como invención de una nueva psicología” (2019), “Usos del plural. Su función en un caso” (2015) y “Concepciones de la función paterna y sus variaciones” (2015). Integrante del proyecto “Violencias Segregativas. Efectos de la evaporación del padre”, UNLP. Doctoranda de Facultad de Psicología, UNLP.

Miranda, Fabián

Licenciado y Profesor en psicología, egresado de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Es ayudante diplomado en las cátedras Teoría Psicoanalítica y Psicología Evolutiva I, en la Facultad de Psicología, UNLP. Realizó una residencia PRIM (Programa de Residencias Integradas Multidisciplinarias) en psicología en el Hospital Zonal General de Agudos “Mi Pueblo” de Florencio Varela (2017-2021). En la actualidad se desempeña como psicólogo de planta en el Hospital Zonal Especializado “Dr. Noel Sbarra” de la ciudad de La Plata. Participa de un proyecto de investigación sobre la temática desigualdad social y su efecto en construcción de la subjetividad de adolescentes, en el Instituto de investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales perteneciente a la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (IdIHCS-FaHCE), de la UNLP.

Passerini, Amalia

Doctora y Licenciada en psicología por la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Jefa de Trabajos Prácticos de la cátedra Teoría Psicoanalítica y docente de posgrado de la misma casa de estudios. Psicoanalista. Autora del libro “El cuerpo en la experiencia virtual” (2021) y coautora de los libros *Problemáticas del psicoanálisis. Actualidad de los atolladeros freudianos* (2015) y *Problemáticas del psicoanálisis 2. Vigencia de la letra freudiana* (2019). Ha participado y codirigido proyectos de investigación acreditados por la UNLP sobre temas de interés para el psicoanálisis contemporáneo vinculados a las problemáticas de la declinación del padre, el síntoma social, las modalidades de la sexualidad y la segregación. Integra actualmente un programa de extensión sobre el vínculos y usos de tecnologías digitales en la UNLP.

Pérez, Javier Mariano

Es Licenciado en psicología por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Docente de la cátedra de Teoría Psicoanalítica (UNLP). Psicoanalista. Ex residente y ex jefe de residentes de Psicología del Hospital Rossi de La Plata. Realiza distintas actividades de transmisión del

psicoanálisis con las residencias de psiquiatría del Hospital Rossi y del Hospital San Martín de La Plata. Autor de “Una lectura sobre la diferencia sexual y la época”, publicado en la Revista de Psicología de la UNLP (2020); y el capítulo “Pulsión de muerte y superyó: lecturas sobre el ‘Más allá...’ en Freud” en el libro de cátedra *Problemáticas del psicoanálisis 2* (2019). Ha sido miembro en proyectos de investigación de la Facultad de Psicología de la UNLP sobre modalidades contemporáneas de la sexualidad humana; cuerpo, época y presentaciones sintomáticas actuales; y variedades y variaciones del humor en la psicosis.

Tarodo, Paula

Licenciada y Profesora en psicología, egresada de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata (FaHCE-UNLP). Ayudante diplomado de la asignatura Teoría Psicoanalítica, Facultad de Psicología (UNLP). Investigadora del Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS-UNLP/Conicet). Es autora de varios trabajos, entre los que se cuentan capítulos en los libros de cátedra *Problemáticas del Psicoanálisis 1 y 2* (2015, 2019).

Urban, Juliana

Licenciada y Profesora en psicología, por la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Ayudante diplomado de la cátedra de Teoría psicoanalítica, UNLP. Psicóloga de planta en el servicio de Salud Mental en *Hospital* Interzonal Especializado de Agudos y Crónicos “San Juan de Dios” de La Plata. Autora del Capítulo “La muerte en la obra de Sigmund Freud”, del libro *Problemáticas de Psicoanálisis 2 Vigencia de la letra freudiana* (2019). Ha participado en proyectos de investigación acerca de desarrollos actuales en psicoanálisis, UNLP. Obtuvo el premio “Joaquín V. González” otorgado a los 10 mejores promedios de las carreras de la Facultad de Psicología, UNLP.

Volta, Luis

Es psicoanalista. Lic. y Prof. en psicología (UNLP). Esp. en Psicología Clínica de Adultos (Col. De Psic. de la Pcia. de Bs. As.) Mgt. en Psicopatología y campos clínicos (Université Rennes II). Doctorando en Psicología (UNLP). Docente de grado (Prof. Adjunto Ordinario de la cátedra Teoría Psicoanalítica de la UNLP y Prof. Titular de Psicopatología de la UCALP) y posgrado (Especialización en Clínica Psicoanalítica con Adultos – UNLP); Investigador (Cat III) en proyectos acreditados desde el año 2002 de la Facultad de Psicología UNLP con publicación de artículos, capítulos de libros y actas de congresos de la especialidad. Actualmente es director del proyecto investigación: “Clínica de la Reacción Terapéutica Negativa: resortes, estructura y ética” (UNLP). Jefe del Servicio de Salud Mental del HIGA Prof. Dr. R. Rossi, La Plata.

Casas, Claudia Elena de

Problemáticas del Psicoanálisis 3 : a cien años de Más allá del principio de placer /
Claudia Elena de Casas ; Marcelo Weretilneck ; Marisa Badr ; Coordinación general de
Claudia Elena de Casas ; Lucía Soria ; Marcelo Weretilneck. - 1a ed - La Plata : EDULP ;
EDULP, 2024.

Libro digital, PDF - (Libros de cátedra)

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-631-6568-21-2

1. Psicoanálisis. I. Weretilneck, Marcelo. II. Badr, Marisa. III. Soria, Lucía, coord. IV. Título.
CDD 150.195

Diseño de tapa: Dirección de Comunicación Visual de la UNLP

Universidad Nacional de La Plata – Editorial de la Universidad de La Plata
48 N.º 551-599 / La Plata B1900AMX / Buenos Aires, Argentina
+54 221 644 7150
edulp.editorial@gmail.com
www.editorial.unlp.edu.ar

Edulp integra la Red de Editoriales Universitarias Nacionales (REUN)

Primera edición, 2024
ISBN 978-631-6568-21-2
© 2024 - Edulp

S
sociales


Edulp
EDITORIAL DE LA UNLP



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA